

Varios Autores
Feliz cumpleaños...
erótico



La sonrisa vertical



Los cumpleaños son días de celebración, fechas excepcionales en que todo parece estar permitido; se reciben regalos que se desean certeros, afloran sentimientos e impulsos insospechados, se crean expectativas, se propicia el desenfreno y se ajustan cuentas con el pasado. Este volumen explora de manera magistral, en el contexto de los cumpleaños y en tonos muy variados, cuanto incumbe al erotismo: desde las más diversas obsesiones y apetencias, hasta la iniciación y los descubrimientos que ésta comporta, pasando por prácticas eróticas poco convencionales, sin olvidar analizar el papel que en el sexo desempeñan la imaginación, la clandestinidad o lo prohibido.



AA. VV.

Feliz cumpleaños... erótico

La sonrisa vertical 142

ePub r1.0

ugesan64 07.10.14

Título original: *Feliz cumpleaños... erótico*

AA. VV., 2011

Albert Andreu

Juan Bonilla

Abilio Estévez

Brenda Lozano

Carlos Marzal

Elena Medel

Eduardo Mendicutti

Clara Navales

Sergio Olguín

Antonio Orejudo

Rafael Reig

Editor digital: ugesan64

ePub base r1.1



Junto a la piscina

Elena Medel

Yo creo que las muchachas bonitas deben divertirse.

Katherine Mansfield

Se les llama emparedados: lo aclara Estrella al tirar la corteza a la basura. Esta mañana ha comprado pan de molde, huevos para la mayonesa; también ha exprimido un limón, añadido aceite y una pizca de sal, y ha batido la mezcla que se extiende —una punta de cuchillo, sólo, para que el resultado no empache y supere, jugoso, el paso de las horas— por una de las caras. Luego ha abierto y escurrido varias latas de atún, se ha librado del aceite, desagüe abajo; ha extendido la conserva sobre una rebanada con una cucharilla de café, y lo ha cerrado con otra. El mismo cuchillo de la mayonesa lo utiliza para dividir el emparedado en dos triángulos: se arrepiente de no haberlo enjuagado —un toque de gula y saliva, nada más—, y se consuela pensando en las grietas de las yemas de sus dedos tras frotar la vajilla, su fuerza y el estropajo, adiós a los virus que custodian a la niña. Igual que la receta, el toque final lo heredó de su madre, y de su abuela, y de las otras mujeres llamadas Estrella o Julia que les antecedieron: coloca un trapo húmedo sobre el que deposita los emparedados uno a uno, con mimo, y tapa la miga con otra camiseta vieja, limpia y rota; una de fútbol de Manuel, todavía las últimas letras de su nombre pese a los lavados. Y guarda la fuente en la nevera hasta la tarde, cuando Julita y ella crucen la avenida para obsequiar a los niños de la piscina con el

sabor de las Montero.

Julita y ella, tras corregirla mientras impedía que rebañase el vaso de la batidora, cruzan la avenida: se les llama emparedados y no sándwiches, porque un sándwich lleva jamón y lleva queso, luego su contenido lo bautiza de manera distinta. Julita se pinta las uñas de rosa y ya guarda la ropa sucia en el cesto sin que nadie deba recordárselo, así que lo justo es que llame a las cosas por su nombre. Abandonan el bloque de pisos sin patio interior y se zambullen en el edificio de enfrente, en el jardincito al que se accede nada más olvidar el vestíbulo, en la piscinita con madres y sin socorrista. Las familias del barrio se dividen en niños morenos todo el año y niños que no saben nadar; en el término medio bracea Julita, que es niña de asfalto con amigos de jardín, y aprovecha que Jonathan se sienta junto a ella en clase, y cada tarde cruza la avenida para cambiar de mundo.

—Pero qué tonta, mujer —agradece la madre de Jonathan—. No hacía falta, he encargado en la pastelería que me lo apañasen todo, la tarta y los bocatas... Yo es que la cocina ni la he estrenado, año y medio aquí y un poquito de microondas como mucho.

Hoy Jonathan cumple años, y hoy Estrella de una mano agarra a Julita —su regalo en la bolsa— y de la otra ofrece un paño mojado y una pila de bimbo y mayonesa y atún. Estrella improvisa meriendas infantiles y cenas para adultos —una ensalada de col lombarda con naranja, un pastel de cuatro tortillas diferentes—, hornea ella misma el panettone navideño, y rebaja el tono o la sequedad de una barra de labios que le regalaron y no le convence. Por eso ha pensado en la madre de Jonathan, por eso untó durante toda la mañana emparedados para unos niños a los que no conoce, y por eso cruza también ella la avenida —bikini bajo el vestido de tirantes— fuente y Julita de la mano.

La madre de Jonathan zaranda las manos al hablar; mientras, Estrella piensa en las tres sortijas que reposan en la jabonera de su cuarto de baño, allá lejos, en la acera de las pieles blanquísimas, para evitar que el sol le produzca burbujitas en la piel o los extravíe al sumergirse en la piscina. Anillos, no lo piensa Estrella, iguales que las páginas del diccionario: una significa doce meses de

noviazgo, otra su matrimonio, la más nueva el nacimiento de Julita. Silvia luce uno en cada dedo, se ha pintado de naranja las uñas cortísimas, Estrella se pregunta cómo la oscuridad de sus brazos y su cara. Piensa en horas al sol y añade zanahorias en el desayuno, antepasados en un lejano sistema galáctico. Desde la hamaca de plástico blanco Silvia grita a su hijo cada vez que se asoma un nuevo invitado: no lo recibe, sino que tintinea la plata en sus muñecas, de su cuello pende una cinta estampada de leopardo, de ella cuelga un teléfono móvil, las manos de Silvia y sus anillos y pulseras contra él. Calcula Estrella que a ambas las separan no menos de diez años, en edad y manejo del horno y la vitrocerámica.

—Madrugar, atenderles, qué tortura. Dibujar las invitaciones para hoy, bueno, comprar la cartulina. Buscarle los regalos...

—No lo sé, a mí me gusta. Quisiera tener alguno más pronto, para que Julita no sea muy mayor cuando nazca.

—¿Cuántos tiene la tuya?

—Siete, como el tuyo. Van a la misma clase.

—No les hago mucho caso. Vienen y se bañan y yo la mitad de los días no bajo o me quedo aquí dormida. Ya son mayorcitos, ¿no?

Silvia ha organizado una fiesta de cumpleaños sin globos ni juegos: una tarta con descuido al sol, una bandeja en la que apenas resisten un par de chapatas. Los niños beben a morro de una botella de agua, y Estrella no distingue platos de plástico ni tenedorcitos para la merienda. Bajo la hamaca libre guarece la fuente de emparedados; para que las franjas de plástico no le dejen marca en las piernas extiende la toalla azul, a sus pies dobla la toalla rosa de su hija. Se quita el vestido, y se tumba junto a Silvia.

Y Silvia fuma. Estrella observa el humo de sus dedos y el ruido de sus manos, la facilidad con la que enciende un cigarro y lo olvida en la boca y lo rescata cuando la ceniza ya se tuerce y derrama sobre el vientre, y le ensucia de las costillas a la braga, y lo apura hasta encender otro, y olvidársele de nuevo, y moverlo a la vez que le pregunta algo o consulta la hora en el teléfono, y devolverlo a sus labios, a un lado, en un descuido, y no saber que está ahí, y sentirlo al mancharse el vientre y derramársele de las costillas a la braga. Silvia fuma y zaranda las manos, le ofrece una calada, Estrella responde que no porque ni en su adolescencia probó el tabaco, y

además los niños tan cerca, en la piscina, y además los emparedados bajo ella, unas veces a la altura del cigarro, otras a salvo de la mano de Silvia. Estrella la observa de reojo, luego recostada en la hamaca y fijándose en el vello moreno que se adivina en torno al ombligo, descendiendo, fijándose en el pecho generoso y caído, y la imagina caminando por casa descalza, sin sujetador, anillos y pulseras y el mechero en una mano y en la otra el paquete de tabaco. Estrella repara también en sus labios finos, en sus dientes caros, en sus cejas pobladas y los tres o cuatro pelos entre una y otra, que Silvia no se molesta en depilar. La mujer abre los ojos, gira la cabeza.

La escena la ocupan una piscina, los niños que chapotean en ella y los niños que se lanzan a ella; la completan una tarta en su caja ahora a la sombra, y la bandeja de los bocadillos, y tres botellas de agua vacías, y dos mujeres en dos hamacas de plástico blanco. Estrella se arrepiente de no haber preparado una granizada de limón, menos laboriosa que los emparedados: habrían bastado varios limones, mucho azúcar y agua mineral, un gesto de licuadora y otro rato de congelador, listo. Al no utilizar cuchillos ni latas con las que cortarse, Julita le habría ayudado. También lo aprendió de su madre, la granizada, el rato juntas, la añoranza cuando la niña está en el colegio y no en el sofá. No le costaría nada, piensa Estrella, acercarse al supermercado e improvisarla mientras Silvia propone un juego para entretener a los niños; sin embargo ahí descansa, en una tumbona junto a la de la otra madre, cabeza a la sombra y pies al sol.

En el planeta de Silvia las mujeres no temen a la suma de joyas y sol y daños cutáneos; tampoco perjudica a los niños el humo del tabaco, y ni siquiera buscan en internet recetas para disfrazar una berenjena. La alienígena explica que los maridos —en su planeta— pagan cada mes una asistenta, y abren cuentas en el bar de abajo para que sus esposas, de piel nunca verde, con dos ojos igual que Estrella y las otras madres del colegio, almuercen allí cuando deseen. Silvia, le cuenta, no tira de supermercado: hojea la carta, permite que el niño devore hamburguesas día sí y día también. En el planeta de Silvia las mujeres se broncean más que las terrícolas, y

dormitan entre niños con la voz ronca y tranquila, porque no existen el colesterol ni los resbalones.

—Yo luego. Voy a darles emparedados a los niños.

—¿Emparedados? ¿Han hecho algo malo?

Los ojos de Estrella se cierran y los párpados señalan brechas, codos fuera de sitio; peleas en el agua que comienzan salpicándose y terminan con la nuca de Julita incrustada en un peldaño, todo lo que no permite que Estrella se relaje. Le fascinan muchas cosas de Silvia: por qué tantos anillos, cómo la paz infinita que aísla sus ronquidos entre charla y charla. Estrella observa: el bronceador acumulado en las rodillas, en su cara un paréntesis que se abre, y en su cara la boca, y en su cara un paréntesis cerrándose. Espacio para qué: conocerá Silvia el riesgo de la salmonelosis, cómo actuar en una pelea infantil.

Estrella sonríe, mientras, y explica la receta de los emparedados, los siglos de los siglos en que la madre enfriaba con mayonesa el pan y lo abrigaba entre paños mojados. Se incorpora, rescata la bandeja y pregunta si alguno tiene hambre: varios niños se le acercan, mordisquean los emparedados, sin sacudirse las migas se lanzan al agua. Silvia observa, se ajusta la parte de arriba del bikini; repite que no le gusta cocinar, que le falta entusiasmo. Su suegra, confiesa, le regaló una thermomix por la boda.

—Vamos a bañarnos, ¿no?

Silvia propone, Estrella duda. Jonathan y dos niños juegan con un balón cerca de las hamacas, Julita y una niña ocupan el espacio junto a la escalera, otros dos niños se tiran y nadan, se lanzan y bucean. Uno de ellos, el del bañador largo, hace el pino y emerge siempre rogando aire, con la boca muy abierta, agua en sus pulmones a cada nueva resurrección. Cloro y pipí: Estrella quiere alertarle, pero calla. Se acerca a la piscina y, apoyada en la baranda, moja los dedos de un pie. Satisfecha con la temperatura, desciende poco a poco; tres movimientos y se planta en el extremo. La presencia de la mujer incomoda a los niños, que retroceden hasta una de las esquinas para originar olas de su tamaño. Julita y la otra niña aprovechan la ausencia de Estrella y se sientan en la hamaca, entre ellas la bandeja de emparedados, en su regazo una

constelación de migas. Jonathan y el resto se acercan al pastel de cumpleaños, en su caja y en el suelo.

—Se está muy bien aquí.

Lo confiesa Estrella mientras la madre de Jonathan baja en dos saltos, se hunde en el agua y regresa con el pelo mojado. Silvia nada; de un lado a otro, hacia Estrella, alejándose. Estrella recoge sus piernas y flota, salta agarrada al bordillo, recuerda los ejercicios acuáticos de un consultorio sobre nutrición y salud. En la habitación de la plancha acumula fichas de las revistas viejas: caduca la programación de la tele, revisa qué le interesa conservar y ordena las recetas de cocina, los consejos de belleza, con separados de plástico. Subraya las palabras clave con lápices de colores: suelen coincidir «ligero» y «dietético», «efecto adelgazante» y «luminosidad». A Estrella le preocupan el rollito de grasa en el estómago y las ojeras, los llantos con los que Julita —siete años ya, clases de ballet los martes y jueves por la tarde— la desvela cada noche.

En uno de los largos de Silvia, los dos cuerpos chocan: contra Estrella quieta, ejercitando glúteos, se topa Silvia. El primer roce no incomoda a Estrella, rápido y seco, aunque sí el siguiente, la punta de los dedos de Silvia chocando con su ingle. Estrella se acerca a la pared para evitar el contacto, pero Silvia la roza de nuevo, ahora los pies contra la nalga. Nota el tirón de los anillos en la braga, las pulseras arañando el muslo, cuando sale a la superficie a Estrella le llama la atención el sujetador sin aros ni relleno. Silvia agota su camino, cuerda y tela, y Estrella se le acerca.

—Oye, ¿te molesto?

—¿Cómo?

—Que si te molesto. Si estás nadando igual te viene mejor que me salga. Luego ya me meto yo, y así vigilo a los niños.

—Todavía eres joven y muy guapa, Estrella. Déjate de recetas de cocina. Las chicas como tú tenéis que pasarlo bien.

Un golpe perverso cae sobre el botón de la risa de Silvia, y se oye el jaleo de muchas manos. A Estrella le asustan sus ojos enrojecidos por la química, y la costumbre de Silvia de nadar en torno a ella, y el empeño en el tropiezo. Se anima a taparse la nariz para mojarse la cabeza; no arena ni sombrillas, sino la hora de

soplar las velas y marcharse con Julita. Se agarra a la escalera; Silvia toca su hombro, Estrella se derrumba y se sumerge y renace y comenta algo sobre el tiempo, qué calor, la hora, tendrán hambre. Los dos nadadores abandonaron la piscina antes de que Silvia se zambullera, y ahora pasean al sol para secarse, envueltos en sus toallas. Charlan con Jonathan y los otros dos niños, la pelota abandonada junto a las hamacas, las niñas estirando la pierna para tocarla con sus sandalias.

El consejo le suena a Estrella de espaldas: un camino de gotas entre la piscina y la hamaca. Silvia le imita, y a su paso Julita y la otra niña se incorporan al grupo de impacientes. Ahora inmóvil, horizontal sobre la hamaca, Estrella se fija en el cielo; los edificios marcan rayitas de sol y de sombra en el sucio, los niños que buscaron la sombra ahora tragan el sol dulce junto a la piscina.

Para esta noche el calendario anunciaba luna nueva. Estrella supone ruido de grillos, bocas de riego varias manzanas allá: abre la puerta de casa y se dirige al cuarto de baño, y se despoja del vestido y el bikini, y se cubre con el albornoz. Llena el bidé de agua, y arroja un puñadito de detergente; hunde primero las bragas en la espuma, después el sujetador, por último el bañador de la niña. Frota. Ha olvidado la fuente en la piscina, no sabe si con algún emparedado que amanecerá seco, directo a la basura; ha olvidado la merienda deslavazada, la madre desarmando la tarta y entregando las porciones a los niños, sus uñas mojadas de chocolate, la invitación a tirarse a la piscina para limpiarse la nata de los labios. Estrella frota mientras escucha no manos ni humo, sino a Julita trastear con la caja de galletas; mañana, si la niña regresa para bañarse con Jonathan y jugar con los demás niños, deberá pedir a Silvia que se la devuelva. Ha olvidado la conversación y ha olvidado, incluso, la forma en que Silvia analizaba su rutina para fortalecer las rodillas o la manera en que el pezón se adivinaba bajo la parte de arriba del traje de baño. Estrella se repite que debe apuntar la tarea de Julita para que no se le olvide. Frota. Todo está en calma.

Míralo en Google

Eduardo Mendicutti

A mi amigo Suso

Perfumado, dulce, chispeante. Así le gustaba al hermano Tobías.

El hermano Tobías cantaba coplas por los pasillos del colegio, y Fede me preguntó, cuando se lo conté, si nadie le decía nada por ir, en tiempos de Franco, hecho una Lola Flores entre clase y clase, o camino del recreo, o del comedor, o incluso de la capilla, porque para el hermano Tobías un pasillo, llevase a donde llevase, era un tablao y no perdía ocasión para dar rienda suelta, aunque fuera por lo bajini, a su arte y su temperamento. Yo le contesté a Fede que sí, que hasta el hermano Anselmo, el director del colegio, decía que el hermano Tobías era una castañuela.

—Ay, pena, penita, pena, pena de mi corazón, que me corre por la venas con la fuerza de un ciclón —eso cantaba el hermano Tobías, es verdad que nunca a grito pelado, como lo cantaba Lola Flores, sino en voz bajita, pero con mucho salero, y sin desmelenarse, entre otras cosas porque el hermano Tobías era bastante calvo, pero sí que lo canturreaba siempre con un pellizco retrechero por todo el cuerpo, y un contenido revoloteo de manos, y hasta con su poquito de meneo de sotana que le dejaba al descubierto los calcetines y unas canillas pálidas como Greta Garbo cuando hizo de tísica, y yo, siempre que le veía aquellas canillas al hermano Tobías, le comentaba a Rendón y a Medinilla que a lo mejor no llevaba pantalones debajo del hábito. Al final, aquel día

de su cumpleaños, descubrimos que sí que los llevaba, pero cortísimos y con los bajos deshilachados, como si les hubiera dado un tijeretazo por las buenas, para poder zapatear un poco y con mayor facilidad.

Fede, ya digo, no daba crédito cuando se lo conté, pero a partir de entonces, a la hora de ponernos a celebrar todos mis cumpleaños y todos los suyos, mientras me llama mi vida y mi golfo y mi cielo y mi guarro y mi amor y mi pena, penita, pena, pena de mi corazón, siempre acaba diciendo, levantando la mano como si alzara una copa rebosante de Moët Chandon: «¡Por el hermano Tobías!».

—Ya sé lo que le vamos a regalar al hermano Tobías por su cumpleaños —nos dijo Rendón a Medinilla y a mí, en el recreo, una semana antes de que cumpliese cuarenta años, que a nosotros nos parecía una barbaridad, aquel hermano de la enseñanza cristiana tan flamenco y que nos daba clase de dibujo, de religión y de formación del espíritu nacional.

—Un perfume —dijo Medinilla, que nunca decía colonia, sino perfume, porque por lo visto su madre aseguraba que eso era lo fino y lo cosmopolita.

—Bueno, oler sí que huele —dijo Rendón y, como si ya estuviéramos los tres en el secreto, nos guiñó un ojo con aquella guasa tan graciosa y tan golfa que él gastaba.

Estábamos en quinto de bachillerato, aunque Rendón tenía un año más que Medinilla y que yo, porque se había encasquillado en la reválida de cuarto y tuvo que dedicarle un curso entero a repasar las matemáticas, hasta que consiguió aprobar la reválida, por los pelos, en tercera convocatoria.

—La clase le va a regalar una especie de cartel para que lo ponga en su celda —advertí yo—. Lo sé porque el encargado de prepararlo es Sandoval, a mí me ha pedido un verso para ponerlo en el centro, y alrededor de mi verso, según él, irán recortables, *collages* y otras manualidades.

Yo era el mejor de la clase, con diferencia, en redacción, y Sandoval, el mejor en manualidades y en adornos. Rendón decía que Sandoval —que desde que se había aprendido la palabra *collage* no paraba de soltarla— iba para decorador o para mariquita, o para las dos cosas a la vez. Rendón, que todo lo que tenía de zoquete lo

tenía de guapo y de fortachón, sólo era bueno en gimnasia y, sobre todo, en kárate y en yudo.

—¿Y tú le has dicho que sí? —me preguntó Rendón, con aquella cara que él ponía para advertirme de que cuidado con traicionarle o con llevarle la contraria.

—Claro que no —mentí.

—Tú dile que se deje de versos —me ordenó Rendón—, dile que a ti no te sale la inspiración cuando piensas en el hermano Tobías, que ponga en el cartel eso de ay, pena, penita, pena, pena de mi corazón. Seguro que el hermano Tobías se pone contentísimo.

Eso era algo que a mí me llamaba mucho la atención, que el hermano Tobías canturrease ay, pena, penita, pena, pena de mi corazón, que me corre por las venas con la fuerza de un ciclón, y que siempre lo hiciera con una sonrisa de oreja a oreja y con una cara de felicidad y de gusto que no pegaba nada con aquella letra tan desgarradora. A Fede, en cambio, eso no tuve que explicárselo, lo entendió desde el principio la mar de bien.

—Voy a mear —dijo de pronto Rendón, mirando hacia la escalera que subía al primer piso, donde estaban las aulas de cuarto, quinto y sexto de bachillerato. Al pie de la escalera, el hermano Tobías, que vigilaba el recreo, no nos perdía de vista a Rendón, a Medinilla y a mí.

—Voy contigo —dije yo, y entonces me di cuenta de que también tenía ganas de orinar.

Los urinarios estaban junto a la escalera, y cuando pasamos por delante del hermano Tobías yo bajé la vista como una novicia pura y recatada. El urinario no era más que una pared alicatada hasta el techo, sin separaciones, con un canalillo en el suelo, y más valía no ponerse demasiado cerca del que meaba a tu lado porque podía salpicarte. Mear junto a Rendón era un peligro, porque lo hacía siempre con la fuerza de un caballo, como él mismo se encargaba de proclamar en cuanto se le presentaba la ocasión, y el chorro se estrellaba como un géiser horizontal contra el alicatado y, si Rendón quería, podía dejar como una sopa hasta al que se pusiera en la otra punta del urinario. Yo me puse pegado a la pared, lo bastante cerca de Rendón como para verle bien, y lo bastante lejos como para que no me dejara como una sopa si él tenía un poco de

cuidado. Rendón se sacó aquel obús del cien, como él decía, que le colgaba entre las piernas y se lo estuvo toqueteando hasta dejárselo morcillón, y a mí me extrañó que, si tantas ganas tenía de mear, pudiera aguantarse tanto. Yo no pude aguantarme, aunque me moría de ganas de mear al mismo tiempo que él, mientras le miraba y él me miraba a mí, y eso que mi obús no era ni del cincuenta, pero Rendón decía que era muy simpático y muy apañado. El obús de Rendón era grueso, grande y oscuro, y lo controlaba como un domador de fieras.

Se oyó la puerta de los urinarios y Rendón, sin apartar la vista del alicatado, susurró:

—Ahí está.

Yo volví la cabeza y vi al hermano Tobías, que sólo tenía ojos para Rendón. Se puso a su lado. Se levantó la sotana hasta la cintura. Se sacó un obús del diez, como mucho. Intentó animarlo, dándole golpecitos con la uña, para mear un poquito, aunque sólo fuera para disimular. Estaba nervioso. Miró de reojo el obús de Rendón. Suspiró. Volvió a mirarle el obús a Rendón, ya sin ningún disimulo. Volvió a suspirar. Y entonces, sí. Entonces Rendón se puso a mear como un caballo, contra el alicatado, pero dirigiendo el chorro de modo que salpicara al hermano Tobías, y el hermano Tobías empezó a jadear, a temblar, a gemir, a ponerse como una sopa, a morderse los labios de gusto, a abrir la boca como si se asfixiara, a canturrear ay pena, penita, pena de mi corazón, con una sonrisa de oreja a oreja, con la voz medio gripada, con los ojos en blanco, con el obús tieso y duro como una gamba rancia y revenida, con las rodillas cada vez más dobladas y la cara cada vez más roja, como si fuera a desmayarse, con la mano derecha extendida como si quisiera agarrarse a algo, pero Rendón no le dejó que le agarrara el obús, Rendón se puso a mearle directamente en la mano, y entonces el hermano Tobías empezó sin ningún control a desvariar, a hiperventilar, a doblarse por la cintura, a descuajaringarse, a salmodiar entre jadeos ay pena, penita, pena, y a soltar por la gamba mejunje de coco, como decía Rendón.

Allí lo dejamos. En cuanto llegamos al patio, Rendón me dijo que estaba a punto de reventar del gusto, que a ver si el hermano Tobías se daba prisa en salir de los urinarios para que nosotros

pudiéramos volver, tranquilitos, y hacernos allí una paja de las de maniobras de la Legión, que era una cosa que él decía siempre cuando quería exagerar, y yo le dije que sí, y él entonces me susurró al oído, enigmático, que aquello no había sido más que el aperitivo.

Fede, cuando se lo conté, hace sólo cinco años, tampoco se podía creer que el hermano Tobías aceptara ir, tan campante, el día de su cumpleaños, a la antigua panadería del padre de Rendón.

—Hermano, allí tenemos un regalo para usted —le dijo Rendón, muy zalamero.

—Tendrá que ser después de las seis —dijo el hermano Tobías, poniendo ojitos traviesos, como le decía él a Rendón cuando estaba convencido de haberle pillado a punto de hacer alguna trastada.

A las seis terminaban las clases y también a mí me dejó de piedra que el hermano Tobías no pusiera ninguna pega a reunirse con nosotros en aquel semisótano medio cochambroso, como decía mi madre, que llevaba cerrado por lo menos tres años, desde que el padre de Rendón abrió La Bandeja de Plata, una confitería de mucho postín. La cafetería estaba muy bien puesta y muy bien surtida, y hasta había veladores para que las señoras pudiesen merendar, aunque mi madre se negaba no sólo a merendar allí, sino a comprar los dulces y la bollería de la casa, que según todo el mundo era exquisita, pero es que a mi madre no se le iba de la cabeza lo cochino que parecía el semisótano donde, aunque costara entenderlo, el padre de Rendón había hecho tanto dinerito.

—A las siete —le dijo Rendón.

—A las seis y media —casi suplicó el hermano Tobías—. A las siete tenemos la comunidad la lectura espiritual.

A las seis y diez estábamos en el semisótano Rendón y yo, porque al final se nos rajó Medinilla, que era un cobardica, y eso que Rendón ni siquiera a nosotros había querido contarnos el regalo que le tenía preparado al hermano Tobías, pero Medinilla dijo que no se fiaba, y Rendón le obligó a prometer por la salud de su madre que no se chivaría, pasara lo que pasara. A mí Rendón no tenía que obligarme a jurar nada, él sabía que conmigo podía contar incondicionalmente.

El semisótano estaba en la misma casa en la que vivían los

Rendón, y había que entrar por la casapuerta. El portón sólo lo cerraban de noche y, junto a la cancela que daba al patio y que sí estaba siempre cerrada, había otra puerta muy endeble y que abría hacia afuera, porque daba directamente a tres escalones criminales y, a poco que te descuidases al bajarlos, lo mínimo que podías hacerte era una luxación de tobillo. Dentro todo estaba lleno de polvo y no había más luz que la de una bombilla que colgaba del techo, porque Rendón me dijo que las contraventanas del ventanuco que quedaba a ras de acera estaban atrancadas y que, además, nadie debía vernos ni oírnos.

—Parte del regalo del hermano Tobías está ahí —me dijo Rendón, y me señaló la alacena donde su padre guardaba las cestas y los escobones y la fregona, cuando aquello era la panadería—. La otra parte, vendrá luego.

—Estoy nervioso y me estoy meando —me quejé yo.

—Pues aquí no hay váter —me dijo él—, así que vas a tener que aguantarte.

Entonces me di cuenta de que de veras tenía unas ganas tremendas de orinar, y eso que lo había dicho, más que nada, por si Rendón se sacaba el obús del cien y me decía pues hala, vamos a mear aquí mismo, aunque tampoco él tuviese ganas. La verdad es que el bolsillo izquierdo del pantalón lo tenía Rendón muy abultado.

—Enséñamelo —le pedí.

—¿El qué?

—El regalo del hermano Tobías.

—Ni hablar. Hasta que él no llegue, naranjas de la china. Creí que querías que te enseñase el obús.

—También —dije yo, con aquella risita pánfila que me salía cuando me pillaban a punto de hacer alguna travesura.

Rendón me dio un golpe de kárate en el hombro y casi me lo disloca, y luego, de un salto, se sentó en el mostrador de madera, sin quitarle antes el polvo ni nada. Me hizo una señal para que yo hiciera lo mismo, y a mí me costó encaramarme y me puse perdido el jersey y el pantalón.

—Lo siento, picha —me dijo, y no supe si se disculpaba por no enseñarme el obús, o por el golpe de kárate, o por lo sucio que

estaba todo—. Ahora lo que nos toca es esperar.

Poco rato. Rendón se había puesto a silbar el himno de la Legión y no le dio tiempo a terminarlo. Sonaron unos golpecitos en la puerta y era el hermano Tobías, con su sonrisa de oreja a oreja, canturreando ay, pena, penita, pena, pena de mi corazón, con su revoloteo de manos y de sotana, un poco más suelto y más exagerado que cuando cantaba por los pasillos del colegio, y bajó los escalones con el garbo de una artista de varietés.

—He podido escaparme un poco antes —dijo—, pero a las siete menos diez tengo que volver. Qué luz más triste, por Dios. ¿Dónde está ese regalo?

Se veía a la legua que estaba impaciente. Rendón echó el pestillo de la puerta y luego señaló la alacena.

—Ahí —dijo.

—¿Champán? —preguntó, cascabelero, el hermano Tobías.

—Caliente, caliente —dijo Rendón—. Pero tiene que cerrar los ojos.

El hermano Tobías cerró enseguida los ojos, pero no del todo, así que Rendón le dijo que no valía hacer trampas, y me ordenó a mí:

—Tápale los ojos con las manos, y cuando yo abra la alacena y diga ¡ya!, deja que los abra.

—¿Y por qué no me tapas los ojos tú? —el hermano Tobías ya estaba desatado.

—Vale —dijo Rendón, y me miró como él sabía hacerlo para advertirme de que no era buena idea que le llevase la contraria—. Tú abre la alacena, y yo me ocupo también de decir ¡ya!

Rendón se puso a la espalda del hermano Tobías, le tapó los ojos con las manos, y vi cómo le restregaba el mendrugo por el culete, porque los dos eran igual de altos. A mí me entraron ganas de llorar de celos.

Para disimular, y porque no podía hacer otra cosa, me acerqué a la alacena. Esperé a que Rendón me diera permiso para abrirla. La abrí. Me quedé mudo. Y Rendón gritó ¡ya!, y le quitó al hermano Tobías las manos de los ojos, y lo que vio el hermano Tobías también le dejó sin habla.

En la alacena había un traje de flamenca.

—Es bonito, ¿eh? —dijo Rendón, y me di cuenta de que tenía al

hermano Tobías agarrado por los brazos, por si le entraba la tentación de salir corriendo.

—Precioso —dijo el hermano Tobías, sonriendo de una manera rara.

Era un traje de flamenca rojo y con lunares celestes, y con tiras bordadas en los volantes.

—Esto sí que es un regalo, ¿eh?, y no esa cursilada de cartel que le ha regalado la clase —Rendón parecía un legionario en orden de combate—. Es de mi hermana. Lo he cogido del armario donde mi madre lo guarda hasta que llegue la feria, nadie se ha dado cuenta. Hermano Tobías, seguro que le queda como un guante. Póngaselo.

—Huy, huy, huy... —dijo el hermano Tobías, nerviosito perdido.

—¡Póngaselo! —gritó Rendón, sacando aquella voz y aquel tono de cabo de la Legión.

—Huy, huy, huy... —repitió el hermano Tobías, y a mí me quedó la duda de si no se lo quería poner, o si estaba deseando ponérselo.

Por si acaso, Rendón le asestó al hermano Tobías un golpe de kárate en la base del cuello y lo dejó medio doblado.

—Quítese la sotana y póngaselo.

—Vale, vale... Ay, pena, penita, pena, pena de mi corazón...

—Ayúdale a quitarse la sotana y a ponerse el traje de flamenca —me ordenó Rendón, y yo hice lo que pude. El hermano Tobías temblaba como un perro mojado.

—Me está chico —dijo el pobre.

—Quítese también los pantalones —Rendón daba paseítos cortos por el semisótano, con las manos a la espalda, como los sargentos crueles en las películas de cuarteles y de guerra.

El hermano Tobías se quitó los pantalones y daba risa verle con aquellos calzoncillos hasta las rodillas y que parecían de esparto, y aquellas canillas de tísico. El traje de flamenca le quedaba tan raquítrico que, además de risa, daba lástima.

—¡Cante! —le ordenó Rendón.

El hermano Tobías tragó saliva.

—¡Le he dicho que cante!

—Ay, pena, penita, pena, pena de mi corazón, que me corre por las venas con la fuerza de un ciclón... —cantó, con la lengua medio

trastabillada, el hermano Tobías.

Rendón se lanzó sobre él como un legionario, le hizo una llave de yudo, lo inmovilizó, sacó una cuerda que llevaba en el bolsillo izquierdo del pantalón, me pidió que le ayudase, lo maniatamos, y luego, de un empujón, lo tiró contra la pared, y el hermano Tobías fue resbalando hasta quedarse sentado y engurruñado en el suelo.

—Qué ganas me han entrado de mear —dijo Rendón.

Me miró. Yo no iba a llevarle la contraria. Me preguntó:

—¿Tú no estabas meándote?

Rendón se sacó el obús del cien. Yo me saqué el obús del cincuenta; bueno, del cuarenta. El hermano Tobías abrió los ojos como si estuviera viendo a la Virgen de Lourdes. Rendón le apuntó a la cara. Yo le apunté a las piernas. Y empezó el diluvio. Dorado, perfumado, dulce, chispeante. Y el hermano Tobías se puso a jadear, a gemir, se mordía los labios de gusto, abría la boca como si se fuera a asfixiar, y volvió a canturrear, pero ya con mucha emoción, ay, pena, penita, pena, pena de mi corazón, que me corre por las venas con la fuerza de un ciclón, y de pronto empezó a temblar como si le estuvieran dando latigazos en la barriga, temblaba con aquella sonrisa de oreja a oreja, con aquella cara de felicidad que a mí me parecía que no pegaba nada con aquella letra tan desgarradora.

—¡Me corro! —dijo Rendón, estirando todo el cuerpo, cuando terminó de mear.

—¡Me corro! —dije yo, tambaleándome.

—¡Me corro! —dijo, jadeando, el hermano Tobías.

Allí lo dejamos, hecho una sopa. Una sopa con mejunje de coco, como dijo Rendón.

—Eso se llama urofilia —me dijo Fede, con la mano en mi muslo y con una risita como la de Rendón cuando estaba seguro de que yo no iba a llevarle la contraria—. Míralo en Google.

Era el día de mi cumpleaños, a la hora de la siesta. Estábamos en el sofá del salón, prestándole ya atención a medias al culebrón mexicano que daban por la tele. Yo acababa de contarle lo del hermano Tobías.

—Está buenísimo Luis Alfonso —dije, un poco nervioso, porque

Fede había sonreído como un golfo al decirme que aquello se llamaba urofilia, y porque en aquel momento el protagonista del culebrón se había quitado la camisa por tercera vez en el capítulo del día, para enseñar la musculatura.

—Déjate de Luis Alfonso —me regañó Fede, con esa guasa tan graciosa que tanto me recuerda a la de Rendón— y júrame que lo que me has contado pasó de verdad.

—Te lo juro.

Fede y yo llevamos juntos doce años, pero en todas las parejas hay secretos. Le había contado aquello sin ningún motivo especial, o a lo mejor sí que había motivo, porque yo siempre he tenido mucha intuición, bastaba fijarse en cómo él me estaba sonriendo.

—Lo que no acabo de comprender es que no pasara nada, que no os echasen del colegio o que al hermano Tobías no lo expulsasen de la congregación —me susurró al oído, muy despacito, mientras empezaba a desabrocharme la camisa.

La verdad es que yo me había temido lo peor, pero nunca supimos cuándo y cómo consiguió escaparse el hermano Tobías del semisótano, ni cómo volvió al colegio, ni qué habría contado, ni si llegó a chivarse de quiénes le habían hecho aquello. Creo que no, porque a Rendón y a mí, que nos conjuramos para no contarle nada a Medinilla, aunque él rabiaba por saberlo, nadie nos dijo nada ni nos castigó.

Como si ahora me estuviera contando en voz muy baja algo estrictamente confidencial, como si aguantase la respiración mientras me acariciaba el pecho, Fede me dijo:

—Me gusta mucho que estés mojadito en sudor.

No hacía mucho calor, porque yo cumplo años en marzo, pero una vez me di cuenta de que siempre me entra un poco de fiebre en cuanto empiezan a acariciarme el pecho. Fede me lo acaricia muy bien, como si siguiera desnudándome después de haberme desnudado.

—Es un capricho —su voz sonaba como si saliera de debajo de los cojines del sofá—. Un capricho de sibaritas.

—¿Qué es un capricho de sibaritas? —ahora el que parecía que estaba empezando a ahogarse era yo.

—Se llama también lluvia dorada —me lo dijo en un murmullo,

con los labios pegados a mi oreja.

—Lo miraré en Google —boqueé.

Siguió desabrochándose la camisa, cambió de postura, quedó sentado de lado y pasó una pierna por encima de mis piernas. Con su obús, que es casi del cien, me rozaba la cadera, y con su muslo rozaba mi obús.

—Hay otros caprichos buenísimos para regalos de cumpleaños, mi amor —yo ya sentía que me estaba hablando como si su voz se arrastrase sigilosamente dentro de mi oído, caldeándome el tímpano con aquellas palabras que, antes de decírmelas, parecía que las hubiera tenido un buen rato calentándolas al sol.

—¿Qué caprichos?

La voz se me había quedado enredada en la lengua y yo comprendo que así no es fácil que le entiendan a uno.

—¿Cómo dices, mi amor?

Hice un esfuerzo merecedor de un beso de tornillo:

—Digo que qué otros caprichos.

Fede se rió con una risa bajita y pastosa, en mi oído, y así siguió riéndose luego en mi barbilla, en mi cuello, en mi nuez de Adán, en los huecos de las clavículas, en el pecho, en las tetillas, en el vientre, en el ombligo, y me desabrochaba el cinturón, y me bajaba la cremallera de la bragueta, y entre risita y risita amortiguada y pastosa me iba susurrando:

—Coprofilia, alveofilia, electrofilia, meritofilia, narratofilia, punzofilia, somnofilia... Parafilias. Míralo en Google.

Como para mirar algo en Google estaba yo en aquel momento. Empezaba ya a jadear, a temblar, a gemir, a morderme los labios de gusto, a abrir la boca como si me asfixiara, como el hermano Tobías mientras se subía la sotana y Rendón le salpicaba en los urinarios, y me temblaban las rodillas, que menos mal que estaba tumbado en el sofá, mientras Luis Alfonso enseñaba la musculatura de nuevo en el culebrón y Fede, ya medio incorporado y ya sin muchos miramientos, me quitaba del todo la camisa con la mano izquierda, y con la mano derecha me bajaba a tirones y al mismo tiempo los calzoncillos y los pantalones, y yo, para ayudarle, tenía que hacer contorsiones y seguía jadeando, temblando, gimiendo, mordiéndome los labios, abriendo la boca hasta que me dolía

cuando me quedaba sin respiración, y extendí las dos manos como si estuviera hundiéndome y tuviese que agarrarme a algo, pero Fede no me dejó que le agarrara el obús, Fede me ordenó, como un cabo de la Legión:

—¡Quietecito! Y quítate los zapatos. Y los calcetines.

Como eran mocasines, me quité los zapatos sin tener que agacharme, con cada pie me quité el zapato del otro pie, pero así no podía quitarme los calcetines, y entonces Fede me agarró del cuello y me obligó a inclinarme y se puso a reír otra vez, con aquella risita bajita y pastosa, en mi cuello, y luego en mis hombros, y en mi espalda, y en los michelines, y donde empieza la rajita del serón de los bombones, como decía Medinilla cuando quería hacerse el gracioso, y en ese momento a mí me entró un escalofrío de gusto y me saqué los calcetines y los pantalones todo a la vez, como si ardieran, y Fede volvió a ordenarme:

—¡Quieto!

Fede se levantó. Fede tiene quince años menos que yo y mide casi dos metros y está cachas y hace pesas todos los días y puede levantarme en brazos como si levantara a un bebé o a una modelo anoréxica.

Me cogió en brazos. Y yo ya empecé a desvariar un poco y a preguntarle, como si fuera tonto, que qué estaba haciendo, que adónde me llevaba, y él me dijo:

—Estoy meándome. Espero que me dé tiempo a meterte en la bañera.

Le dio tiempo, pero de chiripa. Me dejó caer dentro de la bañera sin demasiada delicadeza, las cosas como son, y luego me ordenó que le mirase, que no me moviese, que me iba a poner como una sopa, y se sacó el obús, y yo cerré los ojos porque me apuntó primero a la cara, como le hizo Rendón al hermano Tobías en el semisótano, y empezó a diluviar.

—Ufff... —dijo Fede.

Y yo, jadeando, temblando, gimiendo, mordiéndome los labios, abriendo la boca como si me fuera a asfixiar, como el hermano Tobías, mientras diluviaba aquel diluvio dorado, perfumado, dulce, chispeante, me puse a cantar:

—Ay, pena, penita, pena, pena de mi corazón, que me corre por

las venas con la fuerza de un ciclón...

Y Fede, mientras me ponía como una sopa, me decía:

—Mi vida, mi golfo, mi cielo, mi guarro, mi amor, mi pena, penita, pena...

Y cuando terminó de empaparme, respiró hondo, se dobló un poco por la cintura, y dijo:

—¡Me corro! —como dijo Rendón.

Y yo dije:

—¡Me corro! —como dijo el hermano Tobías.

Y luego Fede, jadeando, temblando, levantó la mano derecha, como si alzara una copa, y brindó:

—¡Por el hermano Tobías!

Siempre acabamos brindando por él. Todos los cumpleaños. Cuando estoy ya hecho una sopa con mejunje de coco. Porque Fede, en mi cumpleaños, siempre me regala ese capricho dorado, perfumado, dulce, chispeante. El capricho que al hermano Tobías tanto le gustaba.

Nunca es fácil acertar con los regalos

Carlos Marzal

Ágata siempre había sido partidaria de los hombres mayores, pero más por mayores que por hombres. Profesó desde siempre la superstición de que en la edad no sólo existía un misterio, sino también una fuente innata de disfrute y sabiduría. Durante los años del colegio había sucumbido al universal platónico de estar enamorada de sus profesores favoritos, con la particularidad de que, sin ser una extraordinaria estudiante, le gustaban todas las asignaturas, y todos los profesores fueron el objeto de su favoritismo. Descubrió que podía estar enamorada simultánea y sucesivamente: de todos los profesores al mismo tiempo, pero de cada uno en particular a la hora de su clase. El corazón, como aprendió muy pronto, resultaba una casa de acogida, un balneario por el que desfilaban, a su capricho, huéspedes que llegaban desde lugares insólitos. Unos estaban de paso y se marchaban al poco tiempo, pero otros —quién se lo habría dicho— se quedaban para siempre en el lugar que ella les asignaba en su memoria y en su aurícula derecha, que era el salón reservado para los elegidos.

La tarde de su cumpleaños había quedado con Ortuño, el más antiguo de sus amantes, a la intempestiva hora de las siete, cuando él podía abandonar su despacho en la correduría de seguros y acudir a uno de sus hoteles de costumbre, el Valencia Palace, en el Paseo de la Alameda, número 2. El Palace le encantaba y resultaba perfecto, porque era uno de esos hoteles con mucho tráfico de huéspedes, viajeros y visitantes, en los que cualquiera puede entrar

por la puerta, dirigirse a los ascensores y subir a una habitación sin que nadie le pregunte adónde va. Aunque ella sospechaba que los empleados del hotel eran clarividentes y podían hacer un arqueo imperceptible de lo que sucedía a su alrededor, nadie le había preguntado jamás si estaba hospedada en el Palace. Allí se imaginaba siempre como en su propia casa y como una intrusa a la vez, y esa sensación la encontraba excitante. La clandestinidad significó durante toda su vida uno de los ingredientes que despertaban su entusiasmo. Desde muy pequeña le había gustado participar en asuntos cuya existencia resultaba conveniente que los demás ignorasen.

Ortuño le enviaba un mensaje a su móvil a lo largo del día, con el nombre del hotel y el número de la habitación reservada, ella respondía con un Ok y, un rato después de la hora convenida —según la ciencia exacta de sus retrasos—, llamaba a la puerta con el repiqueteo de uñas que la anunciaba.

Ágata cumplía veinticuatro años: demasiados en su opinión. A esa edad, algunos de sus artistas favoritos no sólo se habían dado a conocer, sino que estaban de vuelta de casi todas las veleidades del mundo, según creía. Eran millonarios, famosos y podían permitirse todo género de gestos extravagantes, una condición a la que aspiraba no sólo en secreto, sino cada vez que conversaba con amigos y conocidos. Si una artista contemporánea no se ha hecho rica antes de los veinticinco practicando lo que le sale del coño, que coja el caballete y se marche al campo, a pintar del natural, solía decir en las inauguraciones de los antiguos compañeros en la Escuela de Bellas Artes, y en las cenas posteriores a las inauguraciones de los antiguos compañeros, ya bastante borracha. Veinticuatro años, casi la ancianidad. Veinticuatro años: a punto de cargar con la caja de óleos, la paleta, el caballete y el lienzo, y marcharse a immortalizar amaneceres en la sierra, o escenas urbanas de la Gran Vía. Vaya plan. Qué mierda confitada de destino.

Ortuño, si no se descontaba años en uno de sus frecuentes actos de coquetería, tenía sesenta y tres, aunque nadie lo hubiese dicho. Estás muy bien conservado —le decía Ágata a menudo—; yo no te echaría más de sesenta y dos y medio. Siempre lo había llamado por su apellido, Ortuño, y no por su nombre, Jaime, porque a su manera

sentía un gran respeto por algunas tradiciones. Por ejemplo, la de acatar ese apellido de familia, que en su aventura biográfica se remontaba a la prehistoria del parvulario.

Marisa Ortuño había sido su amiga inseparable desde primero de preescolar hasta segundo de bachillerato, y el hecho de haber empezado a tirarse a su padre cuando Ágata tenía diecisiete años no iba a arruinar un ritual que venía de tan lejos. Las dos, cuanto más amigas se hicieron, cuanto más se estrechó su intimidad, más se llamaban por el apellido: Ortuño y Bozanova. Compañeras en la lista de clase. Compañeras de pupitre. Compañeras de habitación en las excursiones al extranjero. Compañeras en las clases de tenis. Compañeras de confidencias. Tan compañeras que a los quince años, en el lavabo del colegio, se sorprendieron ambas besándose en la boca y acariciándose por debajo de la falda.

Por aquel entonces, Ágata ya tenía clara la diferencia entre los conceptos de lo general y lo particular. Sabía que le gustaban los chicos en general y en particular alguna chica. Marisa Ortuño, su compañera por antonomasia, muy en particular. Esas apetencias con respecto a lo variado, desde aquel día fundacional en el lavabo del colegio, las mantuvo de forma esporádica. Por lo común, acostarse con alguna mujer de tarde en tarde la libraba del cansancio de haberse acostado con demasiados hombres en más noches de las debidas.

Cuando empezó a tirarse al padre de Marisa, Ágata se sintió culpable de traición. Por lo menos durante los cinco primeros minutos. Sus remordimientos eran de naturaleza narrativa: nunca le podría contar a quien siempre le contaba todo la aventura más excitante que le había sucedido. Pero sobre esa relación jamás había albergado dudas: era de índole secreta. Una cosa era confesar amoríos con algún profesor y entrar en detalles de sus intercambios de cama, y otra muy distinta decirle a una amiga del alma y del cuerpo que se estaba follando a su padre con frecuencia. Al marido de su madre. Al padre de su hermano pequeño. A papaíto. Papaíto se supone que no folla, ni siquiera con mamá, porque nadie (al menos mientras está en sus cabales) concibe que sus papis hagan eso. Se sobreentiende que uno ha nacido por partenogénesis, y no por esas cochinadas corporales.

Cierta lejana mañana de agosto, en el chalet de los Ortuño, en Portacoeli, mientras Ágata pasaba uno de tantos fines de semana en casa de su amiga, aprovechó que Marisa, su hermano y su madre habían ido a comprar provisiones al supermercado, antes de que ella se levantara de la cama, para pasearse en bragas y sujetador por delante de Jaime Ortuño, que leía el periódico tumbado en una hamaca, junto al agua inmóvil de la piscina. Se desperezó delante de él, le dijo buenos días, le arrebató el ejemplar del *Abc*, lo dobló en cuatro partes, le quitó las gafas con delicadeza y le dio en la boca un beso largo, un beso experimentado cuyos efectos conocía en los hombres mayores: una mezcla de terror repentino y súbita erección dolorosa. Cuando la sopesó por encima del bañador, se dijo que nunca hubiese imaginado que el padre de Marisa la tuviese así de grande. Papaíto la tenía de mulo, con un tacto de acero cromado. Desde entonces fueron inventando sobre la marcha sus rutinas de amantes.

Antes de aquel hombre adulto habían existido otros. Varios profesores del colegio, un par de monitores de tenis, amigos de conocidos y conocidos de amigos, un camarero irlandés de la residencia londinense en la que estudiaron Marisa y ella durante un verano promiscuo (porque hubo además un chófer de autobús, un guía de la ciudad, un jugador de rugby que entrenaba cada tarde con su equipo en

Regent's

Park, y un turista japonés que se detuvo más de la cuenta a sus espaldas mientras ella contemplaba en la National Gallery un Turner tormentoso). Por aquella época —Ágata era una adolescente— bastaba con que los hombres fuesen un poco mayores que ella para que perteneciesen a la categoría de apetecibles hombres mayores. Su primer hombre mayor mucho más mayor que ella fue Ortuño. El día en que decidió incorporarlo a su catálogo de aventuras, ella tenía diecisiete años, y él cincuenta y cinco.

El día de su cumpleaños, Ágata lo pasó en su estudio de intervención plástica, como a ella le gustaba llamarlo, entregada a los detalles de su inmediata performance. Había conseguido que el Ayuntamiento le cediese durante un par de semanas uno de los viejos hangares de la Estación del Norte, una nave inmensa

abandonada, sin cubierta, con la herrumbrosa viguería de hierro a la vista, con las ventanas rotas y el suelo sembrado de pedazos de cristal. Esa misma noche, después de su cita con Ortuño en el hotel, inauguraba a las once su nueva obra en marcha, una reflexión acerca de las relaciones del cuerpo propio con los demás y de uno mismo con el propio cuerpo.

Según su parecer, una de las razones que convertía en tan difícil de habitar el mundo contemporáneo era la extraña sacralización que se había hecho de la corporalidad. Nos habíamos creído el infundio de que el cuerpo era un templo, en lugar de una cáscara, un caparazón, una herramienta encaminada a conseguir objetivos concretos. El hecho de atribuirle esa esencia sagrada —de haberle concedido más importancia de la que se merecía, a fin de cuentas— había permitido que surgiesen problemas tan distintos como el de la conciencia del pecado, la prostitución y el psicoanálisis. Si desde el inicio de los tiempos —solía teorizar— hubiésemos practicado el descrédito sistemático del cuerpo, hoy estaríamos libres de la mayor parte de nuestras angustias morales. La historia de la humanidad bien podía observarse bajo el prisma de un tremendo error de carácter matemático: no se había sabido medir la importancia del cuerpo.

En su nuevo espectáculo, *Ultrajes*, ella permanecía desnuda sobre una peana durante un par de horas, abierta de piernas, en homenaje remoto a un cuadro que siempre le había gustado, *El origen del mundo*, de Gustave Courbet. Como ocurría en todos sus *happenings*, solicitaba la participación activa de los espectadores, para romper las barreras que los exquisitos habían establecido entre el arte y la vida. Ágata tenía pensado invitar a los más atrevidos del público a que le introdujesen en la vagina pescados crudos de tamaño medio, untados en lubricante. Esa profanación directa de su intimidad aludía de manera indirecta a todas las profanaciones imprescindibles que necesitaba cometer el hombre para liberarse de sus muy distintas cárceles del cuerpo, que eran también cárceles del alma. Había que predicar con el ejemplo: *El accionismo bien entendido exigía la acción sobre uno mismo*. Ese precepto no sólo representaba una convicción artística, sino un axioma para regirse en la vida diaria.

La deportividad con que Ágata procuraba contemplar y compartir su cuerpo provenía, por un lado, de su innata naturaleza filantrópica, y, por otro, de las enseñanzas que le había deparado el amor. En especial el amor de los hombres mayores.

Ágata nunca terminó de entender por qué razón concedíamos tanta importancia a la desnudez, al intercambio de fluidos, a la fidelidad de la carne, a las aventuras de naturaleza sentimental. Desde muy pequeña se observó como una benefactora polígama de los demás y de sí misma (mucho antes, por supuesto, de que supiese en qué consistía el fenómeno de la poligamia). Lo promiscuo — aunque el término le parecía deplorable— resultaba el estado natural del ser humano. Además, costaba tan poco satisfacer por momentos a los demás y satisfacerse una misma por momentos, que no encontraba ninguna razón seria para no llevarlo a cabo. El placer, para ella, representaba una suerte de ingrediente samaritano. El sexo, a su entender, no era ni por asomo aquello en lo que el mundo había convertido el sexo. Nunca dejó de asombrarla lo que la gente era capaz de hacer y de decir, de decirse y hacerse, a cambio de un ritual más o menos breve de contactos físicos. De ahí que Ágata jamás se hubiese hecho la estrecha con nadie que le interesase un poco, ni hubiese tenido ningún reparo en abordar de manera directa a aquellos por los que se había sentido atraída.

Había practicado muchas veces la felación terapéutica a los amigos deprimidos, a los abandonados por sus novias, a los bajos de moral. Se había acostado medicinalmente con amigas faltas de autoestima, con las necesitadas de calor, con las víctimas que se encontraban en el trance de someterse a un prolongado régimen de adelgazamiento. Costaba muy poco prodigar algo de amabilidad corporal. A su manera, con un doméstico convencimiento kantiano, se comportaba conforme a una variedad íntima del imperativo categórico: su trato sexual con el mundo era siempre un fin en sí mismo, y no un medio para obtener beneficios materiales.

Sin embargo, sus conquistas (en particular las de los hombres mayores) sí le habían proporcionado más de una recompensa material, aunque eso no hubiese sido nunca su propósito. Cuando Ágata pensaba en ello, solía referirse a los beneficios como *sus*

lecciones aprendidas.

Los hombres mayores le habían enseñado a valorar la importancia escénica de los prolegómenos en los encuentros sexuales. Por ejemplo, la ceremonia de disfrutar de un buen restaurante antes de terminar encamados.

Durante muchos años el acto de comer no le había supuesto más que un episodio para no morir de hambre, un trámite engorroso del que no resultaba fácil escabullirse a diario. Hasta que llegó un momento en que, más que despertar a los sentidos, despertó a los encantos de cierto lujo, y, sobre todo, al lujo de improvisar caprichos y ver cómo se cumplían. A pesar de que la mayor parte de las veces sus hombres mayores estaban casados, y las cenas siempre se celebraban en restaurantes casi vacíos, fuera de la ciudad y entre semana, Ágata descubrió el placer de permitir que sus propios deseos se cumplieran. Más aún: descubrió el placer que sentían los hombres mayores al consentir que ella cumpliera su placer. Mostrarse generosos, incluso dilapidadores con Ágata significaba —según ella interpretó desde el principio de sus amores furtivos— una manera de sentirse moralmente mejores, menos culpables. Si pagaban una fortuna por tener una amante mucho más joven que ellos, aprendían a valorarla como era necesario. Ella pasaba a ser, en una transacción tan mercantil como sentimental, el verdadero lujo de sus vidas. Complacer a los demás, sobre todo en lo que respectaba a los recovecos del alma, era un juego de niños. A su modo, Ágata también enseñaba a sus maestros.

Por eso aprendió muy pronto a exigir restaurantes de renombre, y a concederse los mejores vinos, y la frivolidad de encargar platos sobre los que albergaba la sospecha de que no le gustarían, por un simple deber de experimentación, para después rechazarlos y encargar otros mejores. En esas formas del derroche con respecto a las trivialidades creía haber descubierto algo trascendental. No se trataba de que la comida hubiera pasado a significar algo en el ámbito de sus intereses, sino de que había sentido en su propia carne el vértigo evangélico del pedid y se os dará, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá.

El universo de sus hombres mayores pronto se le reveló como un lugar confortable en el que cometer a tiempo parcial algunas

extravagancias que no estaban al alcance de los chicos de su generación. No es que descartara acostarse con gente de su edad, ni que cerrase su corazón a las sorpresas amorosas, sino que se aburría con los jóvenes al poco tiempo.

Sus ancianos, como a veces los llamaba, la habían conducido a valorar la inteligencia de las estupideces; es decir, lo que había de inteligente en aprovecharse de forma ocasional de muchas cosas que Ágata consideraba estúpidas. Una buena tapicería de cuero reluciente, en el último modelo de un gran coche, durante las noches frías del invierno. Un hotel de cinco estrellas, con su solícito baño paternal, para regodearse en la bañera después de haberse regodeado en la cama; con su servicio de habitaciones, que entendía como una variedad hostelera de la oración, un acto introspectivo en el que ella descolgaba el teléfono, marcaba un número breve, se confesaba con una voz del más allá, y al cabo de un rato obtenía respuesta a sus plegarias en forma de bandeja con un desayuno inglés, o con un sándwich vegetal con guarnición de patatas fritas, a medianoche.

Pero, por encima de todo, Ágata había nacido gracias a sus amantes a la epifanía de los regalos. Que por sorpresa le obsequiasen cosas, o que se materializaran después de haberlas pedido con poca o mucha insistencia, representó desde muy pronto un éxtasis de proporciones cósmicas. Puede que hubiera mujeres que no tuviesen el don de conseguir regalos, pero lo cierto es que ella poseía la fórmula no escrita para que cualquier sugerencia que hiciese en voz alta se convirtiese en una orden, para que cualquier observación melindrosa pasara a transformarse en el ánimo de su interlocutor en una idea brillante que se debía satisfacer.

Sabía por experiencia que había hombres partidarios de los regalos y hombres que no lo eran, pero incluso el menos partidario de ellos encontraba una recóndita complacencia en el acto de que Ágata lo convirtiera, aunque fuese de manera ocasional, a ese culto de las cosas. A esa religión suya de lo gratuito. Muchos no se sabían espléndidos, pero terminaban por hallar una nueva faceta de sí mismos y por estar encantados con su desprendimiento.

La verdad es que le encantaban los regalos de cualquier clase: los útiles y los que no hubiera sabido cómo utilizar, los que usaba al

instante y los que no se hubiese atrevido a usar nunca, los acertados y los que suponían un error de cálculo y una falta de puntería para con su persona. Ahora bien, pronto se dio cuenta de que resultaba mejor orientar el gusto de los demás para que se adecuase con el gusto propio. Sus ancianos, tan inflexibles con ciertos asuntos —sus fines de semana familiares, pongamos por caso, sus partidos de fútbol, sus trajes de chaqueta azul marino—, se volvían dóciles en lo referente a los regalos que Ágata les insinuaba, a cambio tan sólo de un poco más de dramaturgia, de un poco más de gestualidad de alcoba. Porque otra de sus virtudes filantrópicas consistió siempre en gozar en la cama por encima de sus expectativas, algo que hacía sentirse a sus amantes por encima de sus posibilidades.

Ser fácil de orgasmo —de orgasmos fáciles y múltiples— resultaba una bendición corporal, y una varita mágica para conseguir que los hombres se sintiesen halagados. Le pareció desde el primer momento una simpleza masculina, pero lo cierto es que escucharla gemir y retorcerse una y otra vez significaba para los hombres una suerte de adulación por persona interpuesta. No hubo nadie con el que se acostase que no se sintiera afectado por la fiebre del donjuanismo, aunque sólo fuera mientras estaba desnudo sobre ella. Aunque sólo fuera hasta los instantes previos al acto de hacerse el nudo de la corbata mientras se vestían, todos sus amantes, en vista de los alborotos de cierva herida con que Ágata se manifestaba en sus encuentros, adquirirían una tierna conciencia de martillo neumático. A ese sistema para levantar el ánimo de sus parejas, Ágata solía referirse entre amigas como *sus obras teresianas de caridad*.

La tarde de su cumpleaños se vistió pensando en la performance que ejecutaría más tarde, y no en su cita con Ortuño. Se puso un tanga, unas medias de rejilla y un vestido de tirantes, todo de color negro. Su idea era provocar que los espectadores le cortaran las medias y las bragas con unas tijeras, mientras ella se colocaba en cuclillas al borde de la peana. Como música de fondo sonaría en la nave inmensa, a todo volumen, una grabación industrial hecha en cinta continua, una sinfonía de catástrofes que sumiera al público en un clima de incertidumbre, con voladuras de edificios, con motores de aviones, con accidentes de coche, con llantos de bebés,

con ladridos de perros: una pieza de espanto en la que resumía el sabor del siglo xx y de los inicios del siglo xxi. Ágata la había titulado *Nana para dormir a los muertos vivientes*.

Después del acto simbólico de que desgarraran su ropa interior, Ágata exigiría que la desnudasen, y a partir de entonces permanecería abierta de piernas para que introdujeran los pescados crudos en su vagina. Esa mañana había elegido, en la pescadería del Mercado de Ruzafa, dos docenas de sardinas con el tamaño adecuado: ni muy grandes ni muy pequeñas. Cuando las vio sobre los mostradores de mármol blanquecino, encima de una montaña de hielo picado, le parecieron objetos religiosos, adminículos para su eucaristía. A Nieves, la pescadera, a quien trataba desde hacía muchos años, no le contó los pormenores de su intervención, pero le formuló el siguiente oráculo: *Estos pescados son arte, porque el arte está en todo. Estos pescados son herramientas para el arte, y son sagrados como herramientas y como pescados. No están muertos, porque nada muere, ni siquiera cuando pensamos que ha muerto. Todo vive bajo otra forma distinta de sí mismo: la forma del arte que los resucita para quien quiera gozar de ellos.*

Ágata sabía que a su pescadera le causaban una fuerte impresión sus sortilegios matinales, de manera que solía regalárselos, porque a la propia Ágata le gustaba el efecto que producían en la dueña de la parada y en los clientes que hubiese alrededor. El mercado, cualquier mercado, tenía para Ágata la condición de un templo sensitivo, de una basílica laica erigida a los bienes terrenales, y lo que de verdad le hubiese gustado es haber podido hacer su performance allí mismo, un sábado por la mañana, con el templo abarrotado de verdaderos fieles atónitos. Se había imaginado más de una vez sobre el mostrador, ofrecida, por obra de la inteligencia, como un animal inerte, o entregada como si colgase de un gancho de carnicero, a la manera de los costillares que abundaban en la historia de la pintura universal. La habría emocionado hasta las lágrimas el hecho de provocar la conmoción de los compradores en un día festivo, el sublime espanto de descubrirla desnuda, como una pieza más de casquería, como un pedazo más de lomo fileteado. El bife cuerpo, la loncha cuerpo, el chuletón alma. Ágata hostia para darse. El cuerpo de Cristo. Amén.

En un bolso enorme de Louis Vuitton que le habían regalado hacía años —y que ella, para que no se le subiese a la cabeza aquel acto de derroche al responsable del obsequio, había tuneado con *gouache*—, metió otras bragas, un par de medias y un vestido rojo para vestirse después de la performance. No se pintó, en previsión de las horas de sexo que le esperaban con Ortuño. Antes de colgarse el bolso en bandolera, pasó por el baño de su apartamento e hizo una selección urgente de utensilios de maquillaje: una barra de labios, una polvera con todo tipo de colorettes, un lápiz de ojos, una máscara para las pestañas, unas cuantas brochas, y un pulverizador con su colonia favorita. Al observarse de pasada en el espejo del baño se encontró pálida y delgada, con los pómulos afilados y las caderas escurridas, como le gustaba estar, porque la delgadez propia representaba para Ágata la primera de sus intervenciones corporales.

Llegó a la habitación del Palace con veinte minutos de retraso. Ágata no solía ser impuntual en la vida diaria, salvo en el rito de sus encuentros con amantes, porque consideraba que casi todo lo mejor debía hacerse esperar. Prefería que sus apariciones tuviesen algo de advenimiento, de anunciación del ángel del placer. A algunos aquella impuntualidad les resultaba intolerable; pero el hecho de conseguir que acabasen tolerándola le parecía a Ágata un ingrediente más de la verdadera conquista. Un logro de doma ecuestre: porque a los hombres, sobre todo a los mayores, también había que domarlos, aunque ellos no lo supieran.

Ortuño abrió la puerta en albornoz y con cara de pocos amigos. Las esperas a las que Ágata lo sometía no siempre tenían en él el mismo efecto: unas veces obraban como un afrodisíaco, y otras lo ponían de mal humor y lo enfriaban. Se acababa de duchar, porque llevaba el pelo mojado y dejó en el aire el perfume de los jabones ilícitos del Palace. La habitación estaba en penumbra, pero por las cortinas entreabiertas se veía el viejo cauce del Turia a lo lejos, con el último sol de la tarde que doraba las copas de los pinos. Se oía el murmullo de la ciudad, que marchaba rumbo a sus asuntos, sin imaginar que en aquella habitación, como tantas otras veces, ellos dos se iban a dar un festín de carne clandestina. Esa condición —la clandestinidad, el encubrimiento— era para Ágata más de la mitad

de su placer. Era el placer entero, al menos el placer previo y posterior al placer, el placer que perduraba más allá del placer físico, por encima de las rutinas de alcoba, de ciertas citas sin demasiado entusiasmo, de los polvos poco memorables. El embozo de la cama estaba deshecho, y Ortuño debía de haberse tumbado mientras esperaba a que ella llegase. Bajo aquella media luz, las arrugas de las sábanas le sugirieron un breve desierto: las dunas blancas. En la habitación de arriba sonó un eco nervioso de tacones de mujer.

Mientras Ágata dejaba su bolso en el escabel que había delante de un sillón, junto a la cristalera por la que entraba el mundo ordinario, el mundo de allí fuera, Ortuño se quitó el albornoz y se le acercó por detrás. Más que abrazarla, la manoseó ansioso y le mordió la nuca. Ágata escuchó el resuello de su aliento canino, y notó contra su espalda que estaba empalmado con la violencia que solía. En el mástil —así lo llamaba Ágata con frecuencia, para seguirle el humor náutico, tan de su gusto, tan de sus aficiones de regatista— ondeaban todas las banderas de socorro.

Se dio la vuelta y extendió los brazos con las palmas abiertas en dirección a Ortuño, quitándoselo de encima. Alto ahí —le dijo—. Si quieres salir bien corrido de esta habitación, ya puedes vestirme. Es muy feo no esperar a una dama como ella se merece.

Ortuño sonrió, maldijo en voz alta y se acercó corriendo hasta el galán de noche, en donde estaban colgados el traje, la camisa y la corbata. Recogió del suelo sus calzoncillos y sus calcetines y comenzó a vestirse con impaciencia. Tuvo que atarse de nuevo los cordones de los zapatos. Desde hacía mucho tiempo le gustaba acatar las órdenes caprichosas de Ágata, que añadían un condimento al banquete de sus citas de hotel. Ya mandaba lo suficiente en su despacho, en su matrimonio —había confesado en la intimidad—, como para no poder permitirse que alguien mandara en él de vez en cuando. Ágata sabía que lo había iniciado en un culto, en un ritual, tan antiguo como el mismo hombre: el de permitir que alguien haga con nosotros lo que le venga en gana, el de saber que se concede el don de permitir que alguien haga con nosotros lo que le venga en gana.

Aquellas ceremonias de obediencia, en cambio, representaban

para Ágata un ritual de sentido contrario: el de albergar la certeza de que hubiese podido hacer cualquier cosa con su amante. Hubo un tiempo en que a menudo ella sentía la desproporción de experiencia que existía entre los dos. Se trataba, claro está, de la diferencia de años, pero también de algo impalpable, invisible, una facultad de naturaleza espiritual que siempre poseía un miembro de la pareja, y que le otorgaba sobre el otro el dominio real de los ritmos con que ambos se desenvolvían juntos en el mundo: la voz de mando que no necesita levantar la voz. Cuando dos bailan — Ágata estaba segura—, uno dirige y otro se deja llevar. Cuando dos viven, uno dirige y otro se deja vivir.

Durante uno de sus primeros encuentros furtivos, cuando Ágata empezaba a aprender los fundamentos de la esgrima que Ortuño y ella trataban de enseñarse de forma recíproca, él la había mandado a la bañera, después de desnudarla, cuando ya estaban acostados. Huelo mucho esta tarde. Lávate y vuelve —le había dicho, con sequedad—. Ella se sintió enrojecer hasta los huesos, pero lo obedeció. Fue al cuarto de baño, se duchó y regresó a la cama.

Desde aquel incidente, Ágata emprendió la conquista de un territorio del temperamento: del propio y del de su amante. Hasta que llegó la ocasión en que pudo decirle, sabiendo que no había nada más que añadir por parte de ninguno: No me he lavado desde hace dos días. A partir de entonces, entre los dos se instauró una rutina diferente, una deriva que traía vientos nuevos, y que los abatió rumbo a otros lugares de sí mismos. Se puede decir que Ágata le enseñó desde aquel momento, a cambio de las muchas cosas que él le enseñaba a ella, ciertos asuntos que Ortuño no se había planteado aprender nunca.

Por ejemplo, la devoción hacia el olor animal que Ágata se dejaba crecer algunas veces, para saberse al mando.

Frente al espejo de la habitación, una luna sin marco que iba desde el techo hasta el suelo, se introdujo el lazo de la corbata, sin deshacer, por la cabeza, se ajustó el nudo y se volvió en dirección a Ágata. Desde que eran amantes, nunca lo había visto deshacer la corbata cuando se desvestía: siempre se la aflojaba tan sólo, como si aquel gesto fuese la corroboración de que sus encuentros representaban una irreal pausa fugaz entre dos duraciones

verdaderas.

Ortuño seguía empalmado como un adolescente, con la arquetípica tienda de campaña elevada a un lado de la cremallera de su pantalón. Que ella recordase, era el único de sus hombres, ancianos incluidos, que cargaba hacia la derecha. Aquello tenía algo de saludo militar y de comicidad involuntaria: los hombres empalmados por debajo de sus pantalones siempre la habían hecho reír con una risa misericordiosa —los pobres—, con una risa caritativa que la empujaba a menudo a procurarles un alivio.

Desde que recurría a la limosna de la farmacopea, Ortuño padecía episodios de priapismo permanente en todas sus citas. Años atrás, cuando se sintió languidecer durante uno de sus encuentros, decidió acudir a su urólogo, para que le prescribiese el elixir de la eterna juventud. Se había convertido en un adicto al medicamento llamado Tadalafil, inhibidor de la enzima

PDE-5

(fosfodiesterasa tipo 5), encargada de inactivar el vasodilatador óxido nítrico, como Ágata leyó a carcajadas, sin necesidad de entender el significado, la primera vez que investigó en el prospecto de las grageas: Cialis, 20 miligramos. Al principio probó con el Viagra —la cápsula filosofal que todo lo teñía de azul, como bromeaba Ortuño—, pero pronto cambió a Cialis, cuyos efectos duraban varios días. De ese modo podía extraer de la pequeña pastilla de color amarillo un aprovechamiento doméstico. Exprimir la molécula. La química había obrado el milagro de reconciliar los contrarios irreconciliables: el amor oficial del matrimonio, y el oficioso amor extramatrimonial.

Ortuño le había comprado un regalo. A su entender, hasta pasados los treinta, los cumpleaños se debían celebrar con euforia, con apetito de más edad, y después, a medida que se envejecía, convenía festejarlos en voz baja, como si uno no supiese del todo qué se estaba celebrando en lo celebrado. Por eso había traído un detalle espléndido, dijo. A un lado del escritorio de la habitación, sobre un bargueño minimalista lacado en blanco, había una bolsa de la marca Montblanc. Parecía que al paquete le hubiesen hecho la manicura: la paradigmática estrella blanca resplandecía sobre el lomo acharolado de la bolsa, atada con un lazo de seda negra. El

envoltorio, desde su quietud mayestática, resultaba una pieza de lencería en sí mismo.

Ágata lo miró con meticuloso desdén, se desnudó, se tendió en la cama y no hizo ningún comentario, como si no se muriese de ganas por abrirlo y ver qué había dentro. Los regalos eran todo un universo sentimental, la promesa de que existía un mundo siempre perfecto que se nos obsequiaba por el solo hecho de pertenecer a ese perfecto mundo. Los regalos eran el regalo de la vida mejor. Todo debería llegarnos dentro de un paquete con papel de celofán y cintas de fantasía. Todo debería atenerse a una elemental ley de reciprocidad: regalar y ser regalado. Todo debería ser un juguete en la mañana del 6 de enero: el juguete trabajo, el juguete amor, el juguete amistad, el juguete juguete. Pero Ágata se quedó callada, ofrecida sobre las sábanas, mirando cómo Ortuño se volvía a desvestir con prisa adolescente, no fuera que llegasen sus padres de misa —imaginó— y los sorprendieran desnudos, dos chiquillos que se frotaban el uno contra el otro. Se abrió de piernas en la inmensa cama del Palace, dando a entender que el código de señales que ondeaba en el mástil había sido descifrado. Tierra a la vista. La bocana del puerto. La isla del tesoro. Echad el ancla.

A ella no le importaba que Ortuño recurriese a los estímulos artificiales para apuntalar su deseo. A diferencia de lo que opinaban otras amigas suyas, aquella práctica del Cialis no sólo no suponía un desdoro hacia ella como objeto deseable, sino que la libraba de algunas incómodas tareas de estimulación. Si el clave llegaba bien temperado, se la eximía del trabajo de afinadora. A fin de cuentas, como argumentaba Ortuño, para que se obrase el milagro industrial de la vasodilatación —con las poleas y las ruedas dentadas alzando el mástil en cubierta— era necesario que existiese el apetito.

Después de haber tenido varios de sus fáciles orgasmos —como de costumbre acompañados por una melodía de sollozos felinos, mientras Ortuño se demoraba sudoroso en sus embestidas—, Ágata no pudo apartar la vista de la bolsa de su regalo. Ojalá no fuese otra pluma de edición limitada, otra pieza más con nombre pomposo y zafiros engastados. Las estilográficas le gustaban, pero no tanto como para convertirse en coleccionista. Los regalos eran instrumentos morales. Los regalos nos decían: Todo se acabará,

pero, mientras se acaba, hagamos que ocurra de esta manera amable. Los regalos nos aleccionaban: Todo es cuestión de suerte, lo sabemos, pero mejor que la suerte recaiga en nosotros. Los regalos nos instruían: El tiempo, sí, se está yendo al carajo con nosotros dentro —es fácil darse cuenta—, pero hasta que se vaya del todo cabalgaremos la ola, montemos el tigre de todos los regalos. A Ágata los regalos la ponían metafísica. Los regalos la predisponían al orientalismo a su manera.

Aquella tarde de su cumpleaños dejó que Ortuño la sodomizara. Además de que le apetecía, pensó que sería un buen ejercicio de dilatación con vistas a su espectáculo de la noche. Entre las distintas enseñanzas que le había procurado aquel amor a escondidas no era la menor el descubrimiento de esa forma de la intimidad. Aunque no siempre se encontraba con espíritu para dejarse hacer, el sexo anal le resultaba la plasmación directa de muchas de sus ideas sobre la necesidad de desacralizar el cuerpo. Se trataba de una forma extremada de la entrega, un rito en donde teatralizar, según le gustaba creer, el sentido religioso de la humillación: una práctica gracias a la cual quien se humillaba, quien se postraba ante la fuerza bruta, ascendía, mediante el placer, a un ámbito superior del conocimiento. Existía una mística en el hecho de no resistirse, un método de dominación por medio del abandono. Con frecuencia, a Ágata le resultaban de una gran ayuda los argumentos de carácter intelectual en el momento de la penetración, porque la de Ortuño, embalsamada en Cialis, representaba al universo de las pollas lo que un culturista harto de esteroides al mundo de los gimnastas.

A diferencia de sus orgasmos, que desde el punto de vista sonoro seguían cierta pauta musical, los de Ortuño estaban reñidos con la armonía. Eran un derrumbamiento de criatura sacrificada, el estertor de un buey al que le hubiesen disparado un tiro en la sien. Cuando acabó de mugir, apoyó la frente empapada en sudor frío sobre la espalda de Ágata, entre los omoplatos. Ella había estado arañando las sábanas, con la cabeza metida en un cuadrante, ahogando sus gemidos. Cuando se retiró de golpe, sin previo aviso, ella gritó de dolor y lo insultó por su falta de cuidado.

Lo que vino a continuación ocurrió muy deprisa, en una de esas insólitas aceleraciones de los hechos, cuando el tiempo parece

comprimirse y albergar en segundos lo que necesitaría horas para suceder. Ortuño se sentó en el borde de la cama, con los pies desnudos sobre la moqueta. Tenía una extraña palidez azulada que Ágata no le había visto nunca antes, ni siquiera después de algún exceso impropio de su edad. Se quejó de un dolor en el pecho que le irradiaba por los brazos hasta las muñecas. Se había hecho de noche, y la única luz de la habitación era la que entraba de la calle, por la franja que dejaban las cortinas a medio correr. Bajo la pátina amarillenta del alumbrado público, le pareció que estaba afantasmado. La habitación olía a dos muy satisfechos.

Ortuño fue hasta el baño vacilando, como si caminase por la cubierta de un buque en alta mar. Ágata lo siguió y vio cómo se refrescaba la cara en el lavabo, con agua fría, muchas veces. Le dio la impresión de que estaba procediendo a un rito maniaco de abluciones rituales. Allí desnudo, de espaldas a la puerta, le pareció la figura de un hombre muy mayor, la silueta de un desconocido. Pensó que los años que nunca había aparentado se le habían venido encima de repente.

Se secó la cara con una de las toallas de manos del hotel. A continuación, volvió al cuarto, y, justo cuando estaba a los pies de la cama, dijo que tenía ganas de mear. Se dio la vuelta, pero ya no pudo regresar al baño. Puso una rodilla sobre la cama y se desplomó de golpe en el suelo, con los ojos en blanco y un rictus doloroso. Ágata nunca había visto morir a nadie, pero no le cupo duda de que Ortuño estaba muerto.

Se arrodilló a su lado y trató de despertarlo con un zarandeo de hombros, mientras le hablaba y le suplicaba que no le diera esa clase de sustos. Como había visto en las películas, intentó practicarle la respiración boca a boca primero, y luego un masaje cardíaco. Pero Ortuño no despertó.

Durante media hora no pudo volver a tocar el cadáver. Se quedó sentada en un sillón, tratando de frenar el flujo de sus pensamientos desordenados. Se dijo que si no intervenía, que si no trataba de reanimarlo ni le hablaba, las mismas fuerzas de la vida lo arreglarían todo a través de sus conductos secretos, con sus métodos insondables. Pero Ortuño no se movió.

El aturdimiento de los primeros instantes dejó paso a una calma

enfermiza que Ágata no reconocía en su naturaleza. Se vistió rápido y se maquilló con las pinturas que había traído de casa.

Al fin y al cabo, era como si ella nunca hubiese estado allí, porque jamás se había registrado en el hotel ni la habían abordado los recepcionistas. Al fin y al cabo, a todos nos llega la hora de morir, y aquélla no era una mala manera de hacerlo. El cuerpo es una cáscara, un envoltorio, como el de los regalos.

De modo que metió el paquete de Montblanc en el bolso —más tarde lo abriría, más tarde lo destaparía con su irreprimible voluntad de sorpresa—, y cogió de la cartera de Ortuño veinte euros. El taxi no costaría tanto. Faltaba casi una hora hasta el arranque de su performance. En diez minutos estaría en el viejo hangar de la Estación del Norte: le sobraba tiempo para ponerse en situación, para meterse en la piel de su personaje. No terminaba de creer que todo aquello le estuviese sucediendo a ella. Qué mierda confitada, la mala suerte.

Cuando cerró la puerta de la habitación, después de comprobar que no había nadie en el pasillo, se le apareció la figura llorosa de Marisa Ortuño en el entierro de su padre. Ágata no la había visto desde hacía años, y todo lo que sabía de ella se limitaba a las noticias que su amante le daba de vez en cuando.

Bajó por la escalera sin tropezar con ningún huésped. El vestíbulo del hotel estaba abarrotado por lo que parecía una convención o un congreso. Esperaba que no fuese una pluma. Tal vez un reloj, o una pulsera. No es fácil acertar con los regalos. Un colgante. De todos modos, sería un regalo especial, un regalo de despedida. Los regalos nos atan al mundo, nos hospedan en él. Los regalos son receptáculos del tiempo ajeno, de la energía mental de los demás, del amor de los otros.

Durante todo el camino, Ágata no pudo sacudirse un molesto estribillo de la conciencia: pedid y se os dará, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá.

Bon anniversaire, mon cher

Albert Andreu

A Sandra, Jana y Teo, por orden de aparición. Lo mejor que me ha pasado nunca; deberían conocerlos. Y a mi madre, a la que, más que un relato, tendría que dedicarle toda una enciclopedia.

Aquel verano del 86, tres cosas relucían más que el sol: las albóndigas de mi madre, la sonrisa de Marguerite y mi carnet del Español. El carnet aún lo conservo, pero las otras dos cosas se quedaron en aquella urbanización de la Costa Brava que cada verano se veía inundada por una marea de bellas holandesas, alemanas, francesas, italianas y portuguesas; bueno, estas últimas no eran precisamente guapas, pero nadie es capaz de imaginarse lo viciosas que podían ser, y eso, a cierta edad, compensa. Las que venían del norte llegaban a finales de junio en sus flamantes coches conducidos por sus espigados padres y sus orondas y caballunas madres; ése era el futuro que les esperaba, una lenta y dolorosa transformación que las llevaría de ser unas dulces ninfas a algo muy parecido a una lanzadora de disco de la antigua Alemania Oriental. Pero eso poco nos preocupaba; lo único que queríamos era disfrutarlas en aquel momento, en aquellos veranos en los que aprendíamos idiomas a marchas forzadas: *You are so beautiful*, *Ich liebe dich für immer*, *Ik hou van jou* (jodido el holandés, pero las tetas de Marijke hubieran incluso merecido que aprendiese esperanto), *Tu es la chose plus belle du monde*, *Il mio cuore sospira per te*, y otras

cursilerías que servían para arrancarles una mirada cómplice que delatase su disponibilidad a darse un revolcón.

Nosotros, que nos instalábamos en el pueblo unas semanas antes, esperábamos su llegada como cuando Chuck Norris esperaba al Vietcong a la salida del arrozal: dispuestos a follárnoslas a todas. Pero aquella voluntad de conocer en profundidad otras culturas acababa reduciéndose siempre a unos cuantos besos robados y a alguna mano deslizada bajo la falda de alguna portuguesa, las únicas que se dejaban magrear sin oponer mucha resistencia. Sin embargo, todo cambió en aquel verano del 86, y todavía hoy no sé si tuvo algo que ver que ese mismo año España y Portugal hubiesen entrado en la Comunidad Económica Europea o qué, pero de lo que sí estoy completamente seguro es de que las mismas chicas que en los veranos anteriores nos cruzaban la cara en cuanto intentábamos sobrepasar la frontera que imponía el dobladillo de su falda, ese verano del 86 llegaron con más ganas que nunca de conocer a sus nuevos vecinos europeos. En el caso de las portuguesas, esa teoría hacía aguas por todas partes, porque llevaban años dejándose repasar por cuanto guiri se les insinuase. A las más guarrillas las llamábamos las «apropiadas». El mote se lo había puesto mi madre sin querer: un día en que estábamos todos los amigos en una terraza del puerto deportivo, se nos acercó y en tono inquisitorial nos preguntó quién era esa niña que paseaba de la mano con Nacho (Nacho era el hijo de Mariela, la mejor amiga de mi madre). «Graça, Graça», respondimos. «De nada, de nada», apostilló el imbécil de Pubull. Le pegué una colleja. «Ah, así que es portuguesa», siguió mi madre. «De Oporto», mamá, respondí al momento. «Upooooortu», precisó el imbécil de Pubull. Se llevó la segunda colleja. «Ah, pues me parece una chica muy *apropiada* para Nacho», y ahí nos dejó con la horchata calentándose. Aquel tercer grado al que nos sometió mi madre tuvo dos consecuencias: una, Nacho y Graça dejaron de salir al día siguiente (y es que las madres, aparte de falsas, tienen un sexto sentido, séptimo dirían algunas de ellas, para las parejas de sus hijos); la segunda es que mi madre, sin quererlo, nos brindó una espléndida palabra para referirnos a las portuguesas facilonas sin que el resto de chicas que frecuentábamos se enterasen de qué hablábamos. «Qué os parece Adelina para Mario», nos preguntaba

alguna amiga alcahueta que había enviado la interesada. «Muy apropiada, sin duda», respondíamos nosotros. Y ahí que se iba Mario con la Adelina de turno a meterle un repaso detrás del chiringuito. Y es que las tetas de Marijke no estaban hechas para todos los mortales, y la verdad, cuando la necesidad aprieta, no hay tanta diferencia entre una holandesa y una portuguesa.

Ya sea por una cuestión de geopolítica o por una cuestión de hormonas, el caso es que el verano en que cumplía los dieciséis prometía mucho. Nosotros nos habíamos deshecho de aquel aire infantil que nos había lastrado en nuestras aproximaciones al sexo opuesto, y ellas se habían transformado de una manera asombrosa: les habían nacido generosas curvas donde antes sólo había planicie y sus sonrisas infantiles se habían transformado en lascivos movimientos de labios que llamaban a la revolución.

Mi aniversario, el 14 de julio, coincidía con el de Giselle, una vecina francesa que llegaba a mediados de junio y que se instalaba con su madre y sus dos hermanos pequeños, Antoine y Frédéric, en un apartamento casi puerta con puerta con el nuestro. Recuerdo perfectamente a la madre de Giselle, la señora Marguerite Lemoine, una mujer muy atractiva, divorciada del padre de Giselle primero, y del de Tuán y Fede después. Todos andábamos medio babosos con madame Lemoine, pues, a pesar de sus cuarenta y dos años, o quizá gracias a ellos, disfrutaba, y nos hacía disfrutar, de un cuerpo de escándalo. Era una mujer alta en comparación con nuestras madres, con una preciosa cara afilada y unos ojos de un verde muy suave que te hipnotizaban, unos labios finos que transmitían una ternura descomunal, y una piel blanquísima que se iba tostando a medida que avanzaba el verano. Era de las pocas mamás que no habían sucumbido a la estúpida moda de hacer topless en la playa, y eso no hacía sino acrecentar el morbo que todos sentíamos hacia ella. Los bikinis comprados en París resaltaban todo aquello que pretendían ocultar: unos pechos llamativos por su perfección, generosos y apetecibles, un culo rumboso del que no podías apartar los ojos, y un pubis perfecto a juzgar por las marcas que dejaba a la vista cuando la señora Lemoine salía del agua. Ésa era una de las imágenes más deliciosas que recuerdo de aquellos veranos, la de aquella mujer saliendo del mar muy lentamente y esquivando con

elegancia las toallas tendidas en el suelo mientras se recogía el pelo hacia atrás, logrando que sus pechos adquirieran un protagonismo estelar. A su lado, hasta la mítica salida del mar de Ursula Andress en *Agente 007 contra el Doctor No* parecía un sketch de Martes y Trece. Como decía, ésa era una de las imágenes más deliciosas; entre las más divertidas, la que se producía en el camino inverso, cuando Marguerite Lemoine se disponía a darse un baño: sólo levantarse, momento en el que dejaba a mejor vista sus atributos, siempre había dos o tres chavales que corrían rápido hasta el mar para, una vez dentro, mantenerse a flote con una sola mano. Cuánto ejercicio hacíamos durante aquellos veranos.

La coincidencia de aniversario con Giselle —yo nací en el 70 y ella en el 69— había generado la costumbre, desde que cumplimos los once y doce respectivamente, de que cada 14 de julio me invitaran a la casa de la señora Lemoine para celebrar juntos el aniversario. En mi casa solíamos celebrar el cumpleaños con una copiosa comida de tres platos y postre, aparte del pastel, que mi madre se emperraba en preparar haciendo caso omiso al más mínimo sentido común. No recuerdo pocos veranos a treinta y cinco grados y comiendo ensalada de judías, canelones y albóndigas con tomate —nunca le perdonaré al gilipollas de mi hermano su adicción a las albóndigas con tomate y sus súplicas a mi madre para que ésta se las preparase—, tocinillos de cielo de postre y bizcocho de chocolate relleno de mermelada de albaricoque para soplar las velas. A las cinco de la tarde, cuando nos levantábamos de la mesa, yo, más que un niño normal, parecía la versión infantil de Benny Hill, con la cara desencajada y una mirada entre lerda y perdida. Mamá siempre me decía que invitase a mis amigos a comer, y éstos me preguntaban por qué no hacía nada para mi cumpleaños. Pero a mí me avergonzaba el plan de cumpleaños que se presentaba en mi casa —cómo podía forzar a alguien que tenía que ser mi amigo durante todo el verano a meterse entre pecho y espalda media docena de canelones seguida de albóndigas con tomate bajo aquel calor infernal—, así que, un verano, me inventé una excusa para no llevar gente a casa: mamá era testigo de Jehová, y su religión le prohibía celebrar aniversarios en compañía de gente que no fuese de la familia. Nadie volvió a preguntar.

En casa de Giselle celebraban el cumpleaños a las siete de la tarde, y la casa, al contrario que la mía, se llenaba de niños y niñas que desfilaban con regalos para la homenajead. La señora Lemoine, que sabía que yo celebraba el aniversario a solas, siempre insistía en que a la hora de soplar las velas me sentase junto a Giselle y soplásemos juntos. Aquel verano del 86, a pesar de lo ridículo que era sentar a una misma mesa a un chaval de dieciséis años y a una ya casi mujer de diecisiete, la señora Lemoine insistió: «Si queréis, éste será el último año que lo hagamos, pero dadme esa alegría», nos dijo mientras nos acompañaba de la mano hasta la mesa donde se encontraba la tarta con todas las velas. Giselle y yo teníamos un rito que realizábamos cada año: cuando llegaba el pastel con las velas que tocasen, Giselle cogía una con sus manos y la separaba del resto para que juntos soplásemos todas las velas, después, acercaba la vela que había retirado a mi cara y la apagaba ante mis ojos con una dulzura pasmosa. Quizás ésa sea la mayor muestra de generosidad que recuerdo de mi infancia, quizá de toda mi vida. Tras apagar esa última vela que señalaba el año que nos separaba, juntábamos nuestras mejillas y nos confesábamos el deseo que habíamos pedido segundos antes. La señora Lemoine, que aparte de guapa era muy supersticiosa, nos afeaba la conducta cada año, pero a nosotros nos encantaba soliviantarla con esa tontería.

El día en que cumplí dieciséis años y en el momento en que Giselle apagó ante mis ojos la vela que siempre se reservaba para sí, no sé qué pasaría por mi cabeza cuando al acercar mi mejilla a la de Giselle sólo me vinieron a la mente, y de ahí, en menos de una centésima de segundo, a la boca, dos palabras: «Quiero follarte». Ni «quiero hacer el amor contigo», ni «quiero que nos acostemos juntos», ni «quiero estrenarme contigo», qué va, «quiero follarte», así, tal como suena, en el estilo más vulgar que uno pueda imaginar. Ni al alcalde de Sodoma se le hubiera ocurrido pronunciar esas dos palabras en un momento tan mágico como aquél.

Al principio pensé que Giselle no me había oído, o que incluso yo no había llegado a pronunciar tal disparate, porque no sólo no estampó el pastel de cumpleaños contra mi cara sino que la mantuvo muy unida a la suya y, tras una leve sonrisa y rodear con

su brazo mi cuello, para que así nadie pudiese leer sus labios, me dijo: «Yo también».

—¡Qué! —grité alborotado.

—¿Qué barbaridad has pedido, Giselle? —la reprendió mamá Lemoine.

—*Rien, maman. seulement demandé une motocyclette*

J'ai

—respondió Giselle con una sangre fría que no pegaba para nada con la dulce chica que conocía de veranos anteriores.

Los aplausos de los invitados felicitándonos me sacaron del estado de semibabia en el que me había sumido. Acto seguido, alguien encendió la minicadena y comenzaron a sonar los primeros acordes de *Marta tiene un marcapasos*, de Hombres G, a un volumen ensordecedor. Todos a mi alrededor comenzaron a saltar y a moverse como posesos al ritmo que marcaba la canción. Visto con perspectiva, la canción tenía su guasa, porque mientras mi odiado David Summers no paraba de repetir que Marta tenía un pasajero en su corazón, el mío, mi corazón, me salía por la boca.

Quizás hasta ese momento no fui realmente consciente de la transformación de Giselle. Supongo que sería aquello del árbol que no deja ver el bosque, y que mi obsesión y la de mis colegas con madame Lemoine nos había impedido ver cómo su hija, mademoiselle Fillon, se había convertido en un lujurioso bosque.

A medida que pasaban los años, las fiestas eran cada vez más aburridas, y los juegos infantiles habían comenzado a dejar paso a incómodos silencios cuando la señora Lemoine preguntaba quién quería ponerle la cola al burrito. Por eso, el año en que Giselle cumplió los catorce, su mamá permitió que la fiesta se alargase hasta las doce de la noche e hizo desaparecer los juegos reunidos Geyper y la madre que los parió. El año en que Giselle cumplió los quince, Marguerite Lemoine se dio cuenta de que el problema no dependía tanto de la duración de la fiesta ni de los juegos reunidos Geyper como de la compañía, y decidió, muy sabiamente, que a partir de las nueve no se le había perdido nada en aquella casa, así que tras dejarnos provistos de comida y bebida, se arreglaba un poco y salía a cenar con alguna amiga de la urbanización para no volver hasta pasadas las doce. No era nada, sólo tres horas, pero

todos las esperábamos como la campana que llama al recreo o como el mes de julio para los Rodríguez.

Casi sin darme cuenta, me vi deambulando por el salón con la mirada perdida y recibiendo empujones por todas partes. Los Hombres G tenían eso, que provocaban el delirio con cada una de sus canciones, y lo que yo necesitaba en ese momento era tranquilidad para asimilar las palabras de Giselle. Chaval, ¿seguro que te ha dicho «Yo también»? me preguntaba una y otra vez. ¿No te habrá dicho «*Rien de rien*»? ¿O quizá «Tú no estás bien»? Casi no me dio tiempo para plantearme otra hipotética respuesta de Giselle cuando ésta se abalanzó sobre mí por detrás y me gritó al oído: «Creo que mi madre ya se ha ido. Subo a mi habitación, espérate cinco minutos, y subes tú». Y desapareció dando saltos entre la gente, así, como si nada, tan ricamente. Como si acabara de invitarme a ver su colección de minerales o las fotos de su primera comunión. Ahora sí me quedé petrificado, y comencé a notar cómo me temblaban las piernas. Por fin había llegado el momento que tanto había deseado, la hora de estrenarse, y nada menos que con Giselle, la bella Giselle, una de las presas más deseadas por todos mis colegas.

La canción de los Hombres G iba llegando al final, pero mi ritmo cardíaco seguía disparado y nadie sabe cuánto habría pagado en aquel instante por robarle a Marta su marcapasos, aunque en eso le fuese la vida a la tonta aquella. Los medios primitivos con que contaba el discjockey, que no era otro que el imbécil de Esteban Pubull, hacían que siempre se produjese una pausa de unos cinco segundos entre canción y canción. Los suficientes para que todo el mundo se calmase y yo pudiese recuperar el aliento. Pero en esta ocasión no me dio tiempo ni para tomar aire cuando comenzó a sonar la siguiente canción: *living together*

We're

— But still farewell

it's

— And maybe come back

we'll

— To earth, who can tell, Joder con el Pubull, qué oportuno, pensé, *The Final Countdown*. Parecía que todo estuviese preparado por una

mente retorcida que tenía en Pubull a su brazo ejecutor. No pienses, no pienses, me dije. Giselle te ha dicho que esperes cinco minutos y que entonces subas a su habitación. La imagen de los componentes de Europe no se me iba de la cabeza, ahí, dale que te pego, con sus guitarras en ristre y dándole cabezazos al aire como si de esa manera les fuese a llegar la sangre al cerebro, cosa poco improbable por las pintas que llevaban. Cuando los maricas esos acaben su canción ya habrán pasado los cinco minutos, pensé. Sin duda, aquélla fue la *cuenta atrás* más larga de mi vida. *the final countdown, tarará tata, tarará tata, tarará tata, tarará, tarará, tarará, ta ta ta ta ta taaaaa*

It's

, y por fin la música se apagó. Vamos *pallá*, chaval, ahora te toca a ti, me dije. Poco a poco me escabullí de la gente e, intentando pasar inadvertido, me fui acercando a las escaleras que llevaban al piso de arriba. Las subí de dos en dos, lo más rápido que pude, y en siete zancadas me planté en la planta superior. Tal como se llegaba al rellano, la habitación de Giselle era la primera a mano izquierda —había estado allí mil veces, con amigos y a solas con ella, pero nunca había pasado nada, ni mucho menos se me había pasado por la cabeza que pudiese suceder nada entre la chica más bonita de la urbanización y yo—, enfrente de las escaleras estaba la de los gemelos, y a la derecha la de la mamá de Giselle. Tomé aire y me arreglé el cuello del polo, ahí que voy, me dije. Pero en aquel momento se produjo una de aquellas desconexiones entre mente y cuerpo que uno no sabe explicar, y mientras mi cerebro daba instrucciones a mis piernas para dirigirme a la habitación de Giselle, éstas tomaron vida propia y me llevaron directamente hasta la habitación de la señora Lemoine. La puerta estaba abierta, y una pequeña lámpara iluminaba escasamente la habitación. Supongo que al salir se habría dejado la lámpara encendida sin querer, o quizá lo había hecho a propósito para que nadie tuviese dudas de que ésa era su habitación y que ahí no se entraba. Casi sin querer, me encontré dentro de la habitación, acariciando las sábanas suavísimas que cubrían la cama y recogiendo de debajo de ésta unas braguitas que asomaban por una esquina. Por unos momentos me quedé embobado pasándome las braguitas por la mejilla con los

ojos cerrados e inspirando profundamente el olor que desprendían. Probablemente no olían a nada, ahora no recuerdo bien, o probablemente olerían a lo que huelen unas bragas. En realidad daba igual a lo que olían, lo realmente importante era a quién pertenecían esas braguitas y lo cerca que en esos momentos yo me sentía de ella. En un santiamén noté cómo una erección se abría paso entre mis tejanos, y cómo mi cuerpo se erizaba, al sentir por un instante que Marguerite Lemoine estaba allí, conmigo, acariciando mi mejilla y besando mis labios, deslizándose sus manos por mi pecho y buscando con su lengua mi cuello. Supe que aquello no podía durar mucho más, y que en cualquier momento iba a correrme —es lo que tiene la inexperiencia, que siempre viene acompañada de prisas y precipitación—, pero en el mismo momento en que advertí que por fin iba a consumir aquella apasionada historia de amor con las braguitas de la señora Lemoine, se me cortó completamente el rollo. Oí un ruido en el pasillo y unos pasos que se dirigían hacia la habitación donde me encontraba. ¡Coño, Giselle!, me dije, y tras guardarme las braguitas en un bolsillo del pantalón corrí a parapetarme tras un biombo que había en un rincón. Menos mal que la señora Lemoine era una mujer refinada y cosmopolita capaz de disponer de un biombo en su habitación. Probablemente sería la única mamá en toda la urbanización que tendría un biombo, la única con buen gusto, la única dispuesta a reservar un espacio para un mueble tan bonito y útil en esta ocasión. Si me hubiese pasado lo mismo en mi casa, ya me veía vergonzosamente descubierto tras unas cortinas de ganchillo con flores bordadas a punto de cruz por mi abuela.

Agazapado tras el biombo esperé a que Giselle entrase y recé todo lo que en aquel momento recordaba para que no advirtiese mi presencia. Pero lo que entró fue una mole inmensa que sólo atiné a reconocer cuando estuvo más cerca de la lámpara. ¡Joder, Domingo Pubull!, casi exclamé, el padre de Pubull, qué carajo hace éste aquí. Recordé que, en efecto, había venido acompañando al lerdo de su hijo porque tenía miedo de que se cargase la minicadena que se había llevado de casa. ¡Pero qué cojones hacía el capullo ese en la habitación de la señora Lemoine! ¿No sería uno de esos depravados que se cuelan en las habitaciones de las señoras para robarles las

bragas y hacerse pajas con ellas? Tenía toda la pinta. Sólo de un degenerado así podía salir un engendro como su hijo. Estaba yo cagándome en la madre del padre de Pubull cuando otra figura entró en la habitación y cerró la puerta tras de sí. De nuevo, la escasa luz me impedía ver de quién se trataba. Seguro que es su hijo, pensé, otro perverso como su padre que aprovecha la ausencia de la mamá de Giselle para matarse a pajas con su ropa interior. Pero la realidad me pegó con todas sus fuerzas en los morros, y antes de que pudiese seguir maldiciendo la estirpe de los Pubull, la figura de Marguerite Lemoine emergió de la oscuridad. Cerré los ojos y esperé a que la hostia que le metiese al señor Pubull resonase por toda la casa. Pero ese estruendo que deseaba escuchar nunca llegó a producirse, y cuando abrí los ojos vi a Domingo Pubull perforando con su lengua la boca de Marguerite. Hijo de puta, pensé, la estará forzando el muy cabrón. Por un instante se me pasó por la cabeza salir en su auxilio, pero por suerte nunca fui un valiente y sí un poco lento de reflejos, porque justo en aquel momento la madre de Giselle empezaba a bajarle la bragueta al padre de Pubull e introducía su mano lentamente en sus pantalones. La cara que se me quedó bien habría merecido un premio, el de gilipollas del año. Se me cayeron los huevos al suelo: la señora Lemoine, el gran mito erótico de mi adolescencia, estaba pegándose el lote con Domingo Pubull, el tío más chuloputas de la urbanización. Él, el marica de su hijo y su Alfa Romeo 75 Twin Spark color rojo eran lo más odioso de aquella urbanización, y allí estaba el tipo, levantándose a la hermosa, interesante, atractiva, y un poco puta, todo hay que decirlo, señora Lemoine.

La mamá de Giselle, lo reconozco, estaba tremenda. No sé muy bien ni cómo ni dónde ni cuándo se había podido cambiar de ropa y arreglarse, pero aquella falda negra superajustada que le llegaba por debajo de las rodillas y que no hacía sino resaltar sus poderosas caderas y sus esbeltísimas piernas junto con aquella blusa del mismo color y sin mangas la presentaban como lo que no podía dejar de ser aunque estuviese en brazos de aquel monstruo: la mujer más atractiva que jamás había conocido. Aunque en aquellos días de julio hiciese un calor insoportable, Marguerite se había puesto unas medias negras finísimas que perfilaban aún más sus piernas y

se había calzado unos zapatos de tacón alto que brillaban en la oscuridad y que daban ganas de arrastrarse ante ellos.

Al padre de Pubull le faltó tiempo para levantarle la falda a Marguerite, dejando al descubierto unas piernas y un culo perfectos que, aunque los había repasado con la vista muchas veces en la playa, se me antojaban nuevos y mucho más atractivos. Ella, por su parte, se dejaba meter mano por todas partes y como respuesta sólo emitía unos leves jadeos que conseguían que el capullo aquel se atreviese a ir cada vez más lejos. Con la maestría de quien se ha levantado más tías que Manolo La Nuit, comenzó a desabrocharle la blusa y, tras una breve sacudida, hizo que emergiesen unos pechos grandes y bien puestos, encerrados, qué digo, secuestrados por un delicado sujetador también negro que resaltaba de manera exultante esa obra tan perfecta de la naturaleza. Aún no sé cómo lo había conseguido, pero aquel maestro del destape se había deshecho en un pispás de la ajustada falda y de la blusa de la señora Lemoine, y la imagen que ahora se presentaba ante mí era para sacar la Super 8 y ponerse a rodar. Un cuerpo impresionante, demoledor, que yo quería retener con todas sus curvas en mi memoria para no olvidarlo nunca. Me quedé tan embobado que ahora ya no me importaba la presencia del padre de Pubull. Al contrario, en mi mente lo jaleaba para que fuese a más. La temperatura subía por momentos, y detrás del biombo casi no se podía ni respirar, habían cerrado la puerta para que nadie les pillase y el cuarto era ya una sauna que me estaba matando de calor. Pero lo que para mí era una tortura, para ellos era un aliciente, y cada gota de sudor que brotaba de la nuca de Marguerite y se deslizaba por su espalda, la mano de su amante la recogía y la llevaba hasta el escote de aquélla para darle un brillo aún mayor. La señora Lemoine hizo que Domingo Pubull se sentase en la cama y muy lentamente se arrodilló ante él para, después de bajarle los pantalones y los gayumbos hasta los tobillos, agarrar su miembro con fuerza y humedecerlo con unos lengüetazos de puro vicio.

Aquella mujer tenía estilo incluso para chupársela a un cerdo como ése. Deslizaba su lengua de abajo arriba como si con ella modelara una figura de barro, y a cada poco se la introducía todita

entera en la boca, como cuando la boa constrictor engulle de un bocado al pobre roedor en esos documentales sobre la naturaleza. Sin todavía tener muy claro si aquello me daba asco, rabia o qué, me quedé maravillado ante esa capacidad succionadora. A Pubull se notaba que le gustaba, porque el pobre sólo tenía fuerzas para, de vez en cuando, levantar un poco la cabeza y acto seguido volver a caer desplomado sobre la cama. Esa mujer sabía cómo hacer disfrutar a un hombre. Nada de las posiciones a las que debían de estar acostumbrados los españoles. No, qué va, aquí se follaba como en Europa, de igual a igual. Los franceses nos pasaban la mano por la cara hasta en el sexo. La soltura y desinhibición que mostraba Marguerite hacía que sonase ingenuo aquel chiste de la francesa a la que le preguntaban: «Oiga, ¿y ustedes en su país cómo folian?», «Pues como se ha hecho toda la vida», respondía ella, «la señora debajo y los dos señores encima».

A juzgar por las caras que ponía Domingo Pubull, aquel trabajo que le estaba haciendo la señora Lemoine debía de ser de lo mejor que había probado en mucho tiempo. Supongo que ella también advirtió que Pubull no resistiría mucho más, y con la delicadeza de una bailarina se levantó y le pidió que se echase en la cama. Con mucha suavidad, y sin perder la sonrisa, acabó de quitarle las náuticas, el pantalón rojo (muy probablemente Pubull fue el precursor de la estúpida estética pijo playera de combinar mocasines, pantalón rojo y camisa de lino blanca) y los calzoncillos de rayas verdes que aún rodeaban sus tobillos. A continuación, Marguerite se volvió hasta darme la espalda. Entonces comenzó a bajarse poco a poco las braguitas, casi sin doblar las piernas y acompañándolas con sus manos hasta que las braguitas llegaron al suelo; la imagen de su precioso sexo abriéndose entre sus nalgas brillantes es una de las más excitantes que he visto en mi vida. Todo se produjo como a cámara lenta, poco a poco, sin prisas, dándole tiempo a Pubull para que se recuperase. Y yo deseaba que las braguitas nunca llegasen a tocar el suelo, aunque, por otra parte, sabía que cuanto más descendían, más en pompa ponía el culo y mejores eran las vistas. Después dobló sus brazos por detrás de la espalda y se desabrochó el sujetador, se lo quitó y lo dejó caer suavemente.

Cuando por fin quedó completamente desnuda, realizó un giro completo sobre sí misma, como si enseñara la mercancía a un posible comprador. Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo; tuve la impresión de que ese striptease improvisado no tenía como único destinatario Domingo Pubull, sino que también me lo dedicase a mí. Pero eso era imposible, en todo momento yo había permanecido completamente quieto, sin hacer el menor ruido; sólo de vez en cuando utilizaba un fular que caía por ambas partes del biombo para secarme el manantial de sudor que me brotaba de la frente y me recorría la cara. Entonces, madame Lemoine gateó muy lentamente sobre la cama hasta que se situó encima de su *partenaire* y, tras apoyar sus manos sobre el pecho de éste, aupó sus caderas y acogió con su sexo la polla de Domingo Pubull, erguida como una torre de alta tensión.

Marguerite, con las manos apoyadas sobre el pecho de Pubull y ligeramente inclinada hacia delante, comenzó a compasar unos vaivenes de cadera, cada vez más acelerados, que terminaban en golpes secos contra la pelvis de su pareja. A pesar de la posición, en ningún momento perdía su porte y me impresionaba la elasticidad con que aquel precioso cuerpo se acoplaba al baboso que la estaba empalando. Aquel movimiento de caderas ya lo hubiera querido para sí el mismísimo Elvis. Fue entonces cuando por primera vez me pareció ver en su cara una señal de que ella también disfrutaba, porque cerró los ojos y comenzó a mordisquearse los labios, supongo que para no gritar de placer. Así siguió durante un par de minutos, con un ritmo endiablado pero sin perder en ningún momento el gran estilo que la caracterizaba. Mientras, el padre de Pubull no dejaba de emitir sonidos raros y de poner caras; más que follar, parecía que participara en un concurso de dobles de Sylvester Stallone.

Cuando todo indicaba que el pobre Pubull estaba a punto de reventar, éste se quitó de encima a Marguerite de forma un poco brusca y a continuación la obligó a ponerse mirando para Tarancón, cerca de Cuenca, o mejor dicho, mirando en dirección al biombo tras el que me ocultaba. Yo pensé que el muy guarro le iba a poner el culo como la bandera de Japón, pero, por la cara de placer de Marguerite, el hombre no debió de ser tan bruto como me había

imaginado y se limitó a meterla por donde Dios manda (aunque no en esa postura, ni con otra que no sea tu mujer). A Pubull se le notaba que no podía resistir más y que quería acabar pronto aquel polvete, y que además quería hacerlo en plan triunfal, sometiendo a Marguerite a unas últimas y agónicas embestidas para que a ésta le quedase claro quién mandaba allí. Parecía que lo que buscaba no era tanto una satisfacción sexual como la de su propio ego; no se le veía al hombre una pizca de pasión, de amor por aquella bellísima mujer a la que se estaba tirando con la misma poca gracia con la que probablemente metería la manguera de la gasolina en su flamante Alfa Romeo 75 Twin Spark color rojo. Mientras, mamá Lemoine, con una elegancia impropia de la postura en la que se encontraba, diría que incluso disfrutaba con cada una de las descargas del gasolinero en cuestión. Su rostro expresaba un gozo contenido, sus ojos y sus labios estaban sellados, supongo que para contener los jadeos que habría proferido si no se estuviese celebrando una fiesta de adolescentes en la planta de abajo. Una vez más, parecía que me hubiesen dado entradas de palco, pues desde mi posición tenía una vista perfecta de Marguerite, con su cara de ángel y sus generosos pechos bamboleándose con un ritmo que me excitaba tanto que, en un pequeño movimiento para evitar la incomodidad que me estaba provocando algo que surgía de mi entrepierna, le di un golpe al biombo y se oyó un leve chasquido. Rápidamente me aparté un poco y dejé de mirar por la rendija del biombo, esperando que nadie más lo hubiese oído. Durante unos segundos fui yo el que cerró los ojos, y me encogí como si de aquella manera no me fuesen a descubrir, en plan avestruz. Todo mi cuerpo estaba completamente bloqueado, excepto mi oído, atento al menor ruido que me alertase de que había sido descubierto. Pero todo seguía igual, a mamá Lemoine casi no se la oía y Pubull seguía con su imitación de Sylvester Stallone repostando gasolina. Al poco, la curiosidad me llevó a mirar de nuevo por la rendija. Todo seguía igual. Entonces Marguerite Lemoine abrió lentamente los ojos y una simpática sonrisa se fue perfilando en su cara. Fue un momento mágico en el que nuestras miradas se cruzaron: de pronto tuve la sensación de que era yo quien se la estaba cepillando. Pero aquella magia fugaz se rompió de inmediato con la última embestida y

posterior desplome de Domingo Pubull sobre el cuerpo de Marguerite. Yo volví a mi posición de avestruz, esperando que todo hubiese acabado y que no les diese por quedarse a fumar un cigarrillo mientras Domingo Pubull alardeaba de cómo había ido el repostaje. Pero no hubo ningún comentario ni ninguna palabra cariñosa que diese por finalizado aquel encuentro. Ambos se apresuraron a vestirse de nuevo, y sólo cuando apagaron la pequeña lámpara que iluminaba la habitación, me atreví a mirar de nuevo por la rendija. A contraluz, se podía distinguir la figura de Domingo Pubull ya con un pie en el pasillo. La puerta quedó abierta y la silueta de Marguerite se perfilaba, quieta, en la habitación. Así esperó unos instantes para asegurarse de que nadie les veía salir juntos. Pasado ese tiempo prudencial, salió de la habitación y fue cerrando lentamente la puerta tras de sí. Antes de que la cerrase por completo, Marguerite Lemoine se volvió hacia la oscuridad de la habitación y pronunció unas palabras que nunca olvidaré: *Bon anniversaire, mon cher*.

Fin

Nunca debería haber salido de aquella habitación. Mi vida habría sido mucho más feliz si me hubiese transformado en un panel más de aquel biombo para poder espiar cada noche a Marguerite, ya fuese durmiendo plácidamente, ya fuese follando salvajemente con el Domingo Pubull de turno. Pero seguro que mi madre me echaría en falta y tarde o temprano movilizaría a todo el cuerpo de la Guardia Civil para que me localizasen, así que decidí armarme de valor y salir rápido de aquella habitación para ver si aún tenía alguna oportunidad con Giselle. Fue poner un pie en el pasillo y toparme de morros con una encendida Giselle: «¿Se puede saber qué haces saliendo de la habitación de *maman*?, ¿y qué es eso que te cuelga del bolsillo?». Paralizado, sólo atiné a bajar la vista lentamente hasta llegar a la altura del bolsillo al que se refería Giselle. Entonces vi que lo que colgaba del bolsillo no era otra cosa que las braguitas de madame Lemoine, por no mencionar la erección de caballo que mis pantalones no lograban disimular. A continuación volví a levantar la vista poco a poco y me quedé

balbuceando ante una Giselle furiosa que no paraba de insultarme en francés. Aguanté casi un minuto de humillaciones continuadas, hasta que Giselle zanjó su retahíla con un «Pero, bueno, ¿tú no tienes nada que decir?». Como única respuesta vomité encima de ella una espesa mezcla de albóndigas y canelones de mi madre, y salí corriendo escaleras abajo. No volví a cruzar la palabra con Giselle durante el resto del verano, pero, por suerte, a principios de agosto conocí a Margarida, una chica de Oporto que acababa de llegar con sus padres de vacaciones y que, sin duda, era una chica muy apropiada.

Correspondencia

Brenda Lozano

Tiene treinta años y es la primera vez que se masturba. Está sola en su cama matrimonial. Trabaja en una revista, tiene que levantarse temprano, son las dos de la mañana. Quería dormir antes de las doce. Leía una novela cuando se presentaron los detalles de una erección. Ya imaginó, en estas dos horas y media, lo que podrían haber hecho esta noche. Ya imaginó sus rodillas chocando, una y otra vez, contra las axilas de él. Imaginó que le abrazaba la espalda con las piernas y también imaginó que ella le ponía los talones sobre los hombros. Ya se vino tres veces. Va por la cuarta. Él y ella no se han acostado. Se conocieron hace dos semanas. Él lleva una semana en Bogotá. Ella no ha ido, no imagina ni le interesa imaginar Bogotá, prefiere imaginar cómo sería una noche con él. Suda sola. No le incomoda ser este personaje. Al contrario.

Una imprecisión: no es la primera vez que se masturba. La primera vez tenía diecinueve años. No se acuerda ahora. Otra: cumplirá treinta años en tres meses. No importa. Importa, en todo caso, que a la mañana siguiente, silba una canción de moda, una canción romántica que detesta, pero que no le importa silbar ante sus compañeros de oficina, camino a su escritorio. Por silbar frente al monitor de su computadora deja que el primer cigarro de la mañana se consuma en el cenicero.

Llega a su departamento por la noche. Relee los detalles de la erección en el libro. Esta vez no la provocan. Anoche su imaginación llegó lejos, piensa. Enciende la televisión, busca un

canal de pornografía, el único canal de pornografía incluido en el paquete que contrató, uno que hasta ahora sólo había visto de pasada. Música mala, gemidos falsos. Apaga la televisión, se acuesta, apaga la luz. Recuerda una conversación al teléfono con él, recuerda su voz grave, su risa ronca, pero pudo haber visto un mapa para volverse a masturbar.

Él vuelve después de tres noches en las que ella lo ha recordado más o menos de la misma forma. Le llama desde el aeropuerto para invitarla a cenar. Van al departamento de él. Hacen el amor por la madrugada. Hasta que amanece. El domingo lo hacen tres veces. Ella ha llevado a la cama las posturas que imaginó. El lunes por la mañana se levanta antes que él. Debe llegar al trabajo. Él la llama linda, linda, al rato te llamo, le dice, y sume la cara en la almohada. En el baño, mientras se lava los dientes, observa una liga roja para el pelo. Corre el agua de la llave, se cepilla los dientes al tiempo que esa liga le ofrece una historia que ella, hasta ahora, no había imaginado. A partir de un detalle, una cosa de nada, reconstruye todo. De principio a fin. Y el momento en el que ella dejó esa liga roja en el baño. Es un personaje que observa una liga roja entre un desodorante y una loción.

Va tarde a la oficina. Bajo la puerta ve un sobre a medio camino. Lo levanta, lo voltea, lo lee. Correspondencia bancada. Marina Lara. ¿La dueña de la liga roja? Deja el sobre en la mesa, al lado de un florero sin flores, se va al trabajo pensando en ese nombre, en ese sobre, en esa liga. No. Piensa en una mujer que imagina guapa, haciendo el amor una y otra vez, con el pelo atado, ahora desatado, con una liga roja en la muñeca derecha que, luego de montarse sobre él una vez más, va al baño y luego de orinar deja la liga entre el desodorante y la loción.

Por la noche se ven en el departamento de él. Con una lámpara encendida, con las sábanas revueltas, con demasiado calor, ella le dice que tiene sed. Van a la cocina. Bebe, de un trago, el medio vaso de agua. Deja el vaso, vuelve a ver el sobre en el mismo lugar donde lo dejó por la mañana. Lo toma, actúa. Es mala, lo sabe. Toma el sobre casualmente, lo lee como accidentalmente. Lo lee frente a él, le pregunta quién es ella. Le incomoda ser este personaje.

¿La correspondencia? Le sigue llegando a Marina, dice él, al tiempo que le acaricia los hombros. ¿Marina?, pregunta ella haciendo una pregunta más larga que prefiere guardarse. Él le cuenta que terminaron, que estuvieron juntos seis años, que ella hace poco se fue a Chicago a hacer una maestría. Se van a acostar. Cuando programa el despertador, ella piensa en la liga roja. Ella detesta las historias con demasiados personajes. Uno, dos, a lo mucho, piensa, son tolerables. Piensa en la liga roja, le da la espalda. Piensa en otras historias con demasiados personajes. Melodramas todos. Rurales. Se pregunta si esa liga la compraron campo adentro.

Se despiertan más o menos a la vez. Ella se baña rápido, va tarde al trabajo. Mientras él se baña, ella piensa cómo justificar su tardanza. Al lado del teléfono encuentra sobres, la correspondencia de Marina Lara. Va a la mesa, al lado del florero descansa el sobre más reciente. Lo toma, lo lleva al lado de los otros. Los cuenta. Ocho. Ocho meses de correspondencia. Cada uno de los meses en los que ha llegado el estado bancario. Observa el teléfono. No llama. Mejor, piensa, se va pronto a la oficina. Toma el penúltimo sobre dirigido a Marina Lara. Lo estudiará en su oficina. Revisará los movimientos bancarios, día a día, línea a línea, uno por uno.

De camino a la oficina imagina los movimientos bancarios. Bar tal, restaurante tal, farmacia tal, supermercado tal. Ninguna librería, ningún gasto en libros, piensa. Intuye que su estado bancario no promete gasto en libros. Es analfabeta, concluye. A ella le basta una liga para imaginar el origen y el destino de una mujer. Recuerda cuándo llegó el último sobre a nombre de Lorenzo, la correspondencia bancaria que llegaba al departamento a nombre de Lorenzo, su ex novio, cuando vivían juntos. ¿Cómo hizo Lorenzo para cambiar tan pronto la dirección postal en el banco? Después de que se fue no llegó nada a su nombre. Recuerda la mudanza, las cosas que se llevó un domingo por la tarde mientras ella, como acordaron, no estaba. Cuando volvió por la noche notó que él se había llevado las tazas que su madre, la madre de Lorenzo, le había regalado a ella en su cumpleaños. El único regalo de cumpleaños que le había dado, esas tazas, se las llevó él. Se pregunta por qué se las llevó. Eran suyas, le gustaban. Él lo sabía. Aquel domingo por la

noche la pasó inspeccionando el departamento, descubriendo los huecos, reconociendo lo que antes estaba y que ahora no estaba. Buscaba algo, tal vez algo de Lorenzo, que se hubiese quedado en su lugar. Nada. No había dejado nada. No había dejado nada equivalente a una liga roja. ¿Por qué Lorenzo no había dejado nada? ¿Por qué le incomoda esa liga roja? ¿Por qué le importa? No le gusta hacerse esta clase de preguntas. Se pregunta, antes de entrar a su oficina, si será mejor pasar la noche sola. No es un personaje. Ésta es. Escucha su respiración al abrir el sobre.

Cold

Antonio Orejudo

El último día, tras la sesión de clausura van al Cold, que está en un lujoso chalet, a las afueras. Los recibe una mujer morena, de unos cincuenta años, vestida con traje chaqueta azul marino. Se llama Incarna, dice con un suave acento extranjero que ninguno de los tres logra localizar, y los conduce al salón del primer piso, una estancia amplia con mesas repartidas aquí y allí, y una barra situada a la izquierda. Todo está envuelto en una penumbra rojiza pensada para desinhibir, pero no tan densa como para impedir que se vea el rostro de los interlocutores. Huele a ambientador. Suena Lionel Richie, y hay varias pantallas de televisión encendidas, pero sin sonido. Incarna les pregunta que si quieren tomar algo. Romano y Arturo piden whisky. Carlitos Caramelo, un gin-tónico. Mientras el camarero les sirve, Incarna les explica las normas.

La tarifa es de ciento cincuenta euros por persona. Las bebidas están incluidas en el precio. Está permitido fumar. Cold-Madrid piensa que el humo va intrínsecamente unido al vicio. Sí, Incarna utiliza el adverbio intrínsecamente, lo que les sorprende gratamente a los tres. Todas las personas que hay en el club son amateur. Todos los que acuden a Cold-Madrid lo hacen por voluntad propia para pasar un rato agradable. Sin otra pretensión. Cada uno puede hablar con quien quiera. La única condición es que los conversadores estén de acuerdo. Está terminantemente prohibido tocar a la otra persona. Ni siquiera con su consentimiento. Cold-Madrid no es un local de contactos ni de prostitución encubierta. Cold-Madrid está en contra

de cualquier tipo de explotación sexual y por supuesto en contra de la pornografía infantil. Cold-Madrid piensa que el sexo debe ser libre y gratuito, pero consentido, entre mayores de edad, y fomentado desde el Gobierno. Ése es su ideario. En Cold-Madrid hay que guardar siempre un espacio personal de un metro por delante, por detrás y por los lados. No importa que la otra persona desee ser tocada. En Cold-Madrid está terminantemente prohibido tocar. Si alguien toca será inmediatamente expulsado, no se le reembolsará la tarifa de entrada y no será admitido nunca más. Masturbarse sí está permitido. Incluso en público. Pero siempre con preservativo, por motivos de higiene.

Repartidas por las diferentes mesas o acodadas en la barra hay parejas, grupos de personas charlando a un metro de distancia unas de otras. Efectivamente, algunos hombres se masturban sin dejar de hablar con naturalidad, como si en vez de una paja lo que se estuvieran haciendo fuera echarse un cigarrillo. Un poco más allá ven a dos mujeres repantigadas en sus butacas. Están una frente a la otra, han abierto sus piernas con procacidad, y se acarician sin dejar de mirarse.

Cuando Incarna se retira Carlitos Caramelo les comunica su deseo de moverse por el local a su aire y sin compañía. Romano y Arturo se quedan en la barra, flanqueados por una pareja y un trío. Romano se afloja el nudo de la corbata.

—Profesionales —sentencia—. Esto es un puticlub.

—Nada de puticlub: aquí no puedes meter mano: ni te la pueden meter a ti. Ya te lo ha dicho Incarna.

—Incarna puede decir misa.

Romano apura su whisky y le hace una seña al camarero para que se lo llene de nuevo. Mientras espera puede oír con nitidez la conversación de la pareja que tiene al lado.

El hombre. ¿Te gustan tan jóvenes?

La mujer. Sí.

El hombre. Soy yo y mi ex. ¿Te gusta?

La mujer. Sí, ¿tienes más?

El hombre. Sí. ¿Y tú?

La mujer. Mías no.

El hombre. ¿De quién?

La mujer. De amigas.

El hombre. Quítate las braguitas.

La mujer. Vale.

—Por nuestros cincuenta años.

Romano está tan embebido en la conversación que se sobresalta cuando Arturo choca su vaso contra el suyo.

—Cincuenta años —repite Arturo—. No sé tú, pero yo estoy en plena crisis de la mediana edad. Llevo una temporada fastidiado. Muy fastidiado. Pensando incluso en dejarlo todo. Estoy pensando dejar la universidad. Dejarla por lo menos una temporada... Tengo ahorros y podría sobrevivir un tiempo... Me aburre todo esto. Los congresos, las conferencias, los puticlubs... Y de las clases mejor no hablar. Las clases se me hacen cada vez más cuesta arriba... Y llevo años sin publicar una línea.

—¿Sabes lo que hago yo cuando entro en un periodo de depresión anímica como el tuyo? Abuso del poder. Sí, hago exhibición de mi autoridad. Y funciona, créeme que funciona. Otorgar algo a alguien que no lo merece; hacerlo por puro capricho, por tu real gana, porque te sale de los cojones. Y ver que se cumple tu designio. Eso sube mucho la moral y la autoestima.

—Yo no tengo poder, tú sí. Estás en comités, presides fundaciones, tienes fondos a tu cargo, grupos de investigación... Yo he renunciado a todo eso.

—Pues cometes un error. Deberías figurar en puestos de responsabilidad. Pero no para ayudar a la comunidad universitaria, eso son tonterías. Para ayudarte a ti mismo. Un hombre sin puestos de responsabilidad, sin poder, es como un gato sin uñas. Genera frustración y neurosis. Todo hombre necesita un poco de poder para abusar de él en momentos como éste, cuando flaquea la fe.

—Pues no pienso meterme en comisiones ni comités a estas alturas.

—No hace falta que te metas en ningún sitio. Te cedo el mío temporalmente.

—¿Me cedes el qué?

—Mi poder. Te cedo mi poder temporalmente. Tengo por ahí una beca bastante generosa, que no tiene dueño. ¿A quién se la damos el año que viene? Te dejo que seas injusto y arbitrario.

Tómalo como un regalo de cumpleaños. ¿A quién se la damos, venga? ¿Se la damos a alguna chica guapa que conozcas? ¿No tienes ninguna alumna que te quieras follar?

—¿Alumna? No. A mí de las alumnas lo que más me gusta son sus madres.

—Definitivamente eres un excéntrico. Yo en ese aspecto soy un catedrático muy tradicional.

—¿Y sigues activo a tus cincuenta años?

—He aflojado mucho. Pero he tenido mis momentos de efervescencia sexual. Aquí, en este congreso, me acabo de encontrar esta misma mañana con una discípula que me tiré hace diez o quince años. No había vuelto a verla desde entonces. Al principio no la reconocí. Es una chica rolliza, con el pelo color caoba, la has tenido que ver por los pasillos, pululando. Pero, claro, yo no me acosté con una gorda, sino con una muchachita delicada y rubia. El caso es que esta mañana, después de mi conferencia, se me acerca una mujer así, muy gorda, y me dice hola Romano, no te acuerdas de mí, soy Lina. Claro, al decirme Lina yo enseguida vi a una chica pequeña y dulce. Pero aquella mujerona obesa no conservaba ni un solo rasgo de la muchachita que yo recordaba haber penetrado. No podía creerme que fuera ella. No sé qué piensas tú, pero yo creo que los cuerpos no sólo pertenecen a sus dueños legítimos. Pertenecen también a todas las personas que han conocido, sobre todo si han follado con ellas. El cuerpo de Lina, por ejemplo. El cuerpo de Lina forma parte de mi vida. Eso es un hecho. Su cuerpo define una parte, aunque sea pequeña, de mi identidad. Así que en puridad ella no puede disponer de él, de su cuerpo, como si este hecho no existiera.

—En realidad la gente no dispone de su cuerpo, Romano. Es más bien el cuerpo el que dispone de la gente.

—Lo que te quiero decir es que la gente no sólo se pertenece a sí misma, sino que también pertenece a los demás. Y que deberíamos ser cuidadosos con esto, no olvidar que nuestros cambios físicos afectan a otras personas. A ti, como te gustan las viejas, te afecta mucho menos el paso del tiempo.

—Todo lo contrario. Me afecta más que a ti.

—¿Te has tirado alguna vez a la madre de algún alumno?

—A la madre de un alumno, no. Pero a la madre de un colega, sí.

Romano suelta una carcajada.

—¡A la madre de un colega! ¿De quién?

Arturo echa un vistazo a su alrededor, inclina el cuerpo hacia delante y dice:

—A la madre de Carlitos Caramelo.

Y hace un gesto en dirección al lugar por donde se ha perdido. Romano, que iba a darle un trago a su vaso, interrumpe el movimiento del brazo y deja el vaso sobre la barra. Él también echa un vistazo antes de preguntar, incrédulo:

—¿Te has tirado a la madre de Carlitos? ¿A Harriet Montblanc? ¡Pero si debe de tener noventa y cinco años!

—Ya, pero fue hace mucho tiempo, cuando éramos estudiantes.

—Ah, bueno, entonces no tiene mérito. A mí también me encantaba Harriet Montblanc cuando éramos estudiantes. Yo creo que es la única mujer de más de veinte años que me ha gustado en mi vida. Decían que había sido un bellezón, y que don Carlos había dejado a su primera mujer por ella.

—Sí. Harriet estaba casada con un magnate del petróleo, y tenía una hija ya mayor cuando se puso a estudiar el doctorado en Austin. Dos años después don Carlos y ella se divorciaron de sus respectivos cónyuges, se casaron y se vinieron a España.

Romano quiere que Arturo le cuente su aventura con Harriet, pero Arturo teme que Carlitos Caramelo aparezca en cualquier momento y se resiste. Para evitar que Romano siga insistiendo se marcha al baño, y deja a Romano solo en la barra, al lado de la pareja, que sigue hablando.

El hombre. ¿Cómo tienes el coño?

La mujer. Húmedo.

El hombre. ¿Hace mucho que no te lo come nadie?

La mujer. Unas semanas.

El hombre. ¿Quién te lo comió?

La mujer. Una amiga.

El hombre. ¿Eres bi?

La mujer. Sí.

El hombre. ¿Cuándo ha sido la última vez que has estado con un

tío?

La mujer. Hace un mes.

El hombre. ¿Follando?

La mujer. Sí.

El hombre. ¿Te gusta chupar pollas?

La mujer. Sí, me encanta.

El hombre. ¿Y que se corran en tu boca?

La mujer. Sí. ¿Tú te corrías en la boca de tu ex?

El hombre. Sí.

La mujer. ¿Tienes la foto?

El hombre. Sí.

La mujer. ¿Me la puedes enseñar?

El hombre. Enséñame tú antes alguna de tus amigas.

La mujer. Vale.

El hombre. ¿De dónde eres?

La mujer. De Ciudad Real.

El hombre. ¿No tienes ninguna foto de tus amigas desnudas o follando?

La mujer. Desnudas sí.

El hombre. Enséñamelas.

La mujer. Vale.

El hombre. ¿Has follado con alguna de ellas?

La mujer. Sí.

El hombre. ¿Con cuál?

La mujer. Con la pelirroja.

El hombre. ¿Qué talla de sujetador usas?

La mujer. 90.

El hombre. ¿Te gustaría follar conmigo?

La mujer. ¿Tu ex era buena chupando pollas?

El hombre. Maravillosa. ¿Te gustaría chupármela?

La mujer. Tienes una buena polla.

—Fue en casa de Carlitos —Arturo vuelve a sobresaltar a Romano cuando regresa del baño—. Me lié con Harriet el día que cumplíamos veinte años, cuando apenas quedaban dos semanas para que nos marcháramos a Estados Unidos. Hace treinta años de eso.

—Me acuerdo perfectamente de esa fiesta.

—Don Carlos estrenaba barbacoa. Era ya un hombre mayor, pero aquel día estaba como un niño con zapatos nuevos, asando filetones y costillares para todos. Llevaba una gorra de marinero, un polo con un escudo bordado, unas bermudas y unos calcetines blancos hasta la rodilla.

—También me acuerdo de eso y de sus pantorrillas lechosas y peludas. De lo que no me acuerdo es de verte a ti con Harriet.

—Pues estábamos en el jardín de su casa, alrededor de una enorme mesa. Éramos veinte o veinticinco personas. En un momento de la velada, don Carlos dijo que se retiraba, y nos pidió que siguiéramos charlando, pero que él estaba muy cansado, había estado asando chuletones todo el día, y que se iba a la cama. Harriet, que estaba sentada a su lado, frente a mí, se levantó también y lo acompañó arriba. Cuando regresó, al poco rato, se sentó a mi lado y empezamos a charlar. Era la primera vez que hablaba con ella a solas. Hasta entonces Harriet había sido para mí la madre de Carlitos Caramelo, nada más. Sí, había en su rostro, especialmente en sus ojos verdes y en sus labios todavía carnosos, restos de una antigua belleza. Pero ni yo me permitía mirarla como a una mujer, ni ella provocaba esa mirada. Aquella noche, sin embargo, quien hablaba conmigo era un animal sexual, y empecé a sentir frío, que es lo que me sucede cuando alguien me causa excitación. Pero no era una excitación genital, o no sólo era genital. Era una excitación integral que percibía con los cinco sentidos y afectaba a todo mi sistema nervioso: con la vista miraba su cuerpo; con el oído escuchaba el murmullo musical de su registro americano; y con el olfato olía su perfume mezclado con el aroma de los jazmines cercanos.

—Te falta el gusto y el tacto.

—Con el tacto la toqué.

—¿Delante de todo el mundo?

—No. El grupo ya se había disgregado. No sé cuánto tiempo estuvimos hablando, pero ya nos habíamos quedado solos en aquella parte del jardín. No creas que le metí mano, así, a lo bestia. Estábamos gesticulando cuando las manos se rozaron por azar. Seguimos hablando, fingiendo que no nos habíamos dado cuenta, pero los dos fuimos muy conscientes de ese roce, que luego, más

adelante, volvió a repetirse, provocado por nosotros. Hasta que finalmente nuestras manos se buscaron discretamente bajo la mesa. Era yo quien parecía más preocupado por el resto de invitados, el que temía que alguien se percatara de aquellas caricias. A ella le divertía mi miedo y a mí su diversión me encantaba, pero me pareció más prudente separarnos, insertarnos en otros corrillos y participar en otras conversaciones que no me interesaban nada.

—Te falta el gusto.

—Hacia el final de la noche entré en la casa como un sonámbulo, buscando el baño, y me encontré con ella, que me condujo a un lugar apartado del sótano. Allí nos besamos, primero con dulzura y delicadeza, y luego con ferocidad. Eso fue lo que percibí con el gusto.

—¿Y os volvisteis a ver?

—Nos volvimos a ver, pero aquello nunca hubiera sucedido si Harriet no hubiese tenido la certeza de que yo me marchaba y de que aquello no iba a continuar. Durante esas dos semanas nos vimos todas las tardes en la habitación 525 del Hotel Wellington. La primera vez ella me esperaba en la habitación completamente a oscuras, con las persianas bajadas, y no permitió que encendiéramos ninguna luz. Nos reconocimos por el tacto y por el olor, por el oído y por el gusto, pero no nos vimos. En las tardes que vinieron después, sí, hubo media luz, claridad completa, música, silencio, merienda, vino dulce y algunas veces aplausos al final. Y el último día, cuando sólo quedaban horas para mi marcha, me pidió dos cosas: simular que nos íbamos a ver al día siguiente, y que no le escribiera ni una sola carta desde Estados Unidos. Cumplí las dos. Me despedí de ella con un beso en la frente y en los quince años que estuve en Estados Unidos no le escribí ni una línea.

—¿Y no volviste a verla nunca más?

—La llamé a la vuelta de Estados Unidos, y quedé con ella. Me encontré con una mujer que ese mismo día cumplía setenta y dos años. Dice ¿por qué me has llamado? Digo para acostarme contigo. Dice hace quince años tú eras un crío y yo una mujer relativamente joven. Digo sigo siendo un crío y tú sigues siendo relativamente joven. Dice tú sigues siendo un crío, cierto, pero yo soy una vieja de setenta y dos años. Digo muy bien llevados. Dice Arturo, deja de

hacer el imbécil. Tú no quieres seducirme. Tú quieres seducir a la mujer con la que te acostaste hace quince años. Una mujer madura, atractiva, la esposa de tu director de tesis. No es a mí a quien deseas, sino a una mujer que ha dejado de existir hace mucho tiempo. Ya está bien de fantasías, abre los ojos. Y los abrí: hacía dos años le habían detectado varios pólipos en el colon y un carcinoma de grandes dimensiones sobre el ano, el mismo ano que yo había acariciado y lamido quince años atrás. El mismo ano que se había contraído alrededor de mi glándula mientras yo lo hundía con una suave, pero constante presión de los dorsales. Dice todo aquello está sellado, Arturo. De aquí, del vientre, a la altura del ombligo, me sale una tripa muerta con una brida estanca donde se acopla la colectora de heces. Dice ¿quieres palparla? Digo sí. Dice ven, dame la mano, tócala. Y la toqué.

—¿La tocaste?

—Sí, la toqué. Dice éste es el centro de mi vida. Como no tengo colon mi materia fecal es líquida y contiene jugos digestivos, que son muy irritantes para la piel. Tengo que retirarla lo antes posible una vez que se llena. No sabes cómo me siento, Arturo. No tienes ni idea. Es como si en vez del ano, me hubieran extirpado el alma. El cuerpo es la única realidad. Sobre todo cuando te haces vieja.

Un poco más allá la pareja sigue hablando. Arturo no puede oírla, pero Romano no pierde ripio.

El hombre. Me voy a hacer una paja mirándote.

La mujer. ¿Te gusto?

El hombre. Mucho.

La mujer. ¿Te gustaría meter la mano en mi pequeño chocho?

El hombre. La mano y la lengua.

La mujer. Mira cómo paso mi dedo por la rajita.

El hombre. Ya lo veo, ya. ¿Te han metido alguna vez la lengua en el culo?

La mujer. No.

El hombre. ¿Te gustaría?

La mujer. Sí.

El hombre. Métete un dedo en el culo y otro en el cono. ¿Lo harás?

La mujer. Sí, lo haré.

El hombre. ¿Cómo me comerías la polla?

La mujer. Con mucha lujuria. Como una posesa. No dejaría de chupar y lamer hasta que te corrieras.

El hombre. Me gustaría metértela.

La mujer. Y si tú me lo pidieras me lo tragaría porque soy una niña buena.

El hombre. Qué bien, cielo. También me gustaría metértela por el culo suavemente, ¿me dejarías?

La mujer. Claro que sí. Me estoy poniendo a tope.

—¿Qué te parece si busco a Carlitos y nos vamos? —pregunta Arturo.

Romano no tiene ninguna gana de marcharse, pero le dice que sí. Cuando Arturo se pierde por el local en busca de Carlitos Caramelo, Romano se vuelve hacia la pareja y descubre que la mujer está sola, apurando su whisky con tranquilidad. Mirada de frente, le parece menos atractiva que mirada de reojo. Es muy menudita y tiene un rostro afilado, como de madre superiora.

Ella se da cuenta de que Romano la está mirando.

—¿Cómo te llamas, campeón?

—Romano. ¿Y tú?

—Andrea. ¿Edad?

—Hoy cumpla cincuenta. He venido con dos amigos que también cumplen cincuenta. Lo celebramos juntos desde hace veinte años.

—Felicidades, campeón. Yo tengo cuarenta. ¿Casado?

Romano duda.

—Divorciado. ¿Y tú?

—También, divorciada.

—¿Hace mucho?

—Tres años. ¿Y tú?

—Cinco.

—¿Y qué tal?

—No me quejo. Pero podría ir mejor. ¿Y tú, Andrea?

—Tampoco me quejo. ¿Qué le pides a una mujer?

Romano piensa liberarse y decir una barbaridad, para eso ha pagado ciento cincuenta euros, pero no puede, no es capaz.

—Le pido comprensión.

Dios mío —piensa él—, cómo puede ser tan cursi.

—¿Y tú qué les pides a los hombres?

—Algo que no suelen dar: sinceridad.

—¿Te gusta la sinceridad?

—La necesito para seguir viva.

—¿Quieres que me muestre sincero, que me muestre tal cual soy?

—Sí.

—¿Quieres saber lo que estoy pensando?

—Sí.

—Bien. Estoy pensando que ahora mismo humedecería mi pene en ese whisky on the rocks que estás tomando, para que no te resultara muy desagradable chupármelo. No te lo metería de golpe, eh; no soy tan egoísta, ni estoy tan salido. Tengo estudios superiores. Lo haría con delicadeza, con una presión suave...

—No me apetece que sigas.

—Pensé que tu invitación a que fuera sincero era sincera.

—Era sincera.

—Bueno, yo también estaba siendo sincero.

—No. Estabas siendo grosero.

—¿Grosero? ¿Y lo que tú estabas hablando con ese tío, qué era? ¿Poesía espiritual del Siglo de Oro?

—No entiendo qué tiene que ver el oro aquí.

—¿Sabes lo que pasa? Lo que pasa es que quienes presumís de buscar la sinceridad en realidad no la soportáis; sois un hatajo de cursis que vivís con la perpetua coartada de la insinceridad del mundo.

No puede seguir. El camarero que los ha atendido mientras hablaban con Incarna y otro gorila vestido de negro se han acercado por detrás y lo sujetan discretamente, cada uno de un brazo, y lo conducen a la salida. Romano prefiere no resistirse; sabe además que es peligroso, lo pueden matar a hostias.

Sin cruzar una sola palabra se dirigen a la puerta trasera del chalet. Durante el recorrido tiene la esperanza de cruzarse con Incarna, pero no la ve. Una vez fuera, cada uno de los gorilas lo coge de un brazo y una pierna. Romano sabe lo que le van a hacer, lo ha visto muchas veces en los westerns. Así sacan del saloon a los

vaqueros borrachos.

A la de una, a la de dos y a la de tres.

Cuando abre los ojos, Arturo y Carlitos Caramelo están a su lado.

—¿Cómo te encuentras?

—Ayudadme a ponerme en pie y os lo digo.

Lo ayudan a levantarse con cuidado. No le cuesta tanto como ha pensado. Se palpa el cuerpo, mueve todos los miembros y respira aliviado.

—Creo que no tengo nada roto.

—Taras y Arcan no son de romper huesos —explica Carlitos Caramelo—. Tienes un poco de sangre en la cara y un ojo morado.

—¿Taras y Arcan? —se ríe Arturo—. Qué familiaridad tienes con esos bestias. Te dejamos cinco minutos libre y te haces amigo de toda la casa.

—No es familiaridad. Simplemente sé que se llaman así.

—Chicos —quiere explicar Romano—, esto ha sido una cosa arbitraria. Una injusticia y una humillación. Yo no he violado el espacio personal de nadie, simplemente le he dicho a una tía cosas que no quería escuchar, y se ha puesto histérica. Quiero hablar con Incarna, quiero explicarle lo que ha pasado. La dignidad.

—Déjate de dignidades, Romano —le aconseja Carlitos Caramelo—. Estamos en una especie de puticlub, ¿quieres que tu mujer se entere de dónde vamos el día de nuestro cumpleaños? Venga, apóyate en nosotros y vámonos a casa.

Mentiras piadosas

Rafael Reig

Todo acabó enseguida: me salpicó la blusa y me empapó la mano derecha, que mantuve apretándole la polla, como si escurriera un trapo o una toalla de baño retorcida. Pequeña, una toallita de bidé. Se incorporó para intentar besarme de nuevo, pero aparté la cara. Afirmó que me quería. No contesté y lo repitió con una voz distinta.

—Te quiero —ahora sonaba indefenso, parecía que hablara por debajo del agua.

—No digas tonterías. Aquí no ha pasado nada, Javi. Esto sólo ha sido tu regalo de cumpleaños.

Era lo que le había dicho, ¿no? Acompáñame, tengo un regalo para ti, está en mi chaqueta.

Llevaba una chupa de cuero negro, vaqueros, botas negras y una blusa de seda de color violeta. Para esos chavales, yo debía de ser toda una leyenda: me había ido de casa a los dieciséis, había vivido en Londres y había tocado la batería con los Tender Scum, no sé qué se imaginarían, me admiraban, claro, pero también debían de sentirse intimidados. Yo tenía veintiséis años; ellos, sólo dieciséis. Seguro que habían oído demasiadas cosas de mí: que había sido yonqui, que había vivido con Jim Charnon, el cantante; que me acostaba sin parar con todos los tíos que me daba la gana, qué sé yo, la vida loca de las bandas de rock, ¿no?

Era todo verdad, o lo había sido, porque ya había dejado el caballo, Jimmy estaba muerto y yo llevaba más de un año sin follar

con nadie.

Acababa de volver a Madrid, a casa de mi madre, en Eloy Gonzalo, después de diez años en Inglaterra. Ahora me daba miedo vivir sola. Me marché con la misma edad que acaba de cumplir Javier, dieciséis, y no había olvidado lo que le prometí cuando él era un niño, en otra fiesta de cumpleaños. Él tenía seis y le prometí que yo nunca le mentiría.

Parece que fue hace siglos o en otra vida protagonizada por otra mujer, alguien que aún podía hacer promesas, sin saber que después vendría yo a ocupar su lugar y que no pensaba cumplirlas.

Mi hermano Pablo cumplía siete años en septiembre de 2000 y fuimos a celebrarlo al parque de Santander. Al lado del chiringuito había unas mesas de merendero y llevamos tortillas, tartas, patatas, ganchitos de queso y Fantas de litro con vasos de plástico y servilletas de papel. Por debajo de aquella hierba estaban los depósitos de agua del Canal de Isabel II. Hacía sol, una mañana espléndida, y a las once empezaron a llegar los primeros invitados. Los padres felicitaban a Pablo, saludaban a mi madre, dejaban el regalo y luego se marchaban. A las dos tenían que venir a recoger a los niños.

Yo entonces tenía quince y ya fumaba algún cigarrillo a escondidas, era mayor. Había ido para ayudar y mamá me había prometido mil pesetas. Ni siquiera había euros en aquellos tiempos, antes de que nos cambiaran la moneda.

Vinieron los mejores amigos de Pablo y también algunas chicas de su clase. Recuerdo a Ana, una niña de ojos grandes con gafas azules. Su padre era el hombre del tiempo en un canal de televisión. También a Paloma, que llevaba un aparato en los dientes, se veían alambres cuando sonreía. El padre de Paloma estaba hablando con mi madre. Después vinieron los padres de Carlos, que también traían a Javier y una mochila con su ropa, porque se había quedado esa noche con ellos.

Lo oí todo.

—Murió al amanecer, pero el chico no sabe nada. Que se divierta con el cumpleaños —le dijeron a mi madre.

—Claro, pobrecito.

—Que no se entere de nada.

Me sublevó que todos estuvieran tan de acuerdo.

La madre de Javier Cadenaba tenía cáncer desde hacía unos meses, estaba desahuciada y la habían mandado ya a su casa. Los Cadenaba eran vecinos nuestros, vivían en Fernández de los Ríos. Yo sólo la había visto un par de veces, antes del cáncer, pero la recordaba bien: se llamaba Teresa, era una mujer morena, con tetas enormes y muy sonriente, y siempre te miraba a los ojos como si quisiera dar a entender algo más o algo diferente de lo que decía.

Mamá se dio cuenta de que yo lo había oído todo y me advirtió de que tratara a Javier con normalidad, sin prestarle una atención excesiva, para que no notara nada extraño. Me recordó que no podía saber una palabra hasta que se lo dijera su padre.

—Mientras tanto, por lo menos que disfrute de la fiesta —dijo.

El último en llegar fue Agustín, un niño simpático que siempre hacía alguna trastada. Había que tenerle vigilado, era un elemento. Yo los conocía a casi todos porque solían venir mucho a casa a jugar con Pablo.

La madre de Agustín le contó a la mía que había hablado con el padre de Javier y que se lo pensaba decir después de la fiesta, al llegar a casa.

Qué vida, ¿no? Al final de esa mañana, cuando todo hubiera acabado, a mí me iban a dar mil pesetas y a Javier le iban a dar la noticia de la muerte de su madre. ¿Por qué no se lo habían dicho todavía? ¿Por qué se lo habían llevado a casa de los padres de Carlos cuando su madre se estaba muriendo? ¿Por qué tenía el niño que disfrutar ese día de un maldito cumpleaños? Me sentí muy incómoda, casi enfadada, pero yo no podía hacer nada: era lo que habían decidido los mayores, todos de acuerdo, todos a una, todos convencidos de que eso era lo mejor.

No me atreví a hacerle a mi madre esas preguntas, igual que tampoco me había atrevido nunca a preguntarle qué estaba haciendo yo cuando murió mi padre. Entonces yo tenía diez años y mi madre me lo dijo varios días más tarde, pero sólo al ver la situación de Javier me di cuenta de que, en realidad, a mí también me habían hecho lo mismo. Y me dio mucha rabia.

Mi hermano abrió los regalos y yo metí los papeles y embalajes en una bolsa y la llevé al cubo de basura. Luego les serví Fanta a los

niños y los puse a jugar en los balancines y los columpios. Algunas chicas se sentaron en la hierba con las muñecas. Javier estaba serio, pero no parecía triste. Él y Agustín se acercaron al grupo de las chicas. A mí me costaba mucho dejar de mirarlo. Era entonces un niño reconcentrado, gordito y con los mismos ojos asombrados de su madre, aunque ya llevaba unas gafas de culo de vaso, y la misma mirada que parecía querer decir algo distinto de lo que decían sus palabras.

Conté quince niños y corté un trozo de tarta para cada uno y lo serví en un plato de plástico. Mientras lo preparaba todo oí que Jesús, el padre de Paloma, le decía a mi madre que la cremación era a las doce. Luego se fueron los dos al chiringuito a tomar una cerveza.

Los niños se comieron la tortilla y los ganchitos y después la tarta de chocolate. La mayoría se puso a jugar a «tú la llevas», excepto algunas chicas, que siguieron con las muñecas.

Javier se había quedado solo, sentado en el suelo, y mamá me dijo que fuera a verle.

Le pregunté qué hacía.

—Mi mamá se ha muerto.

Lo dijo sin dramatismo, como en los libros de Guillermo Brown: se limitaba a constatar un hecho.

Me alegré mucho de que lo supiera, la verdad, me sentí vengada, porque yo no logré darme cuenta de que mi padre había muerto.

—Ya lo sé —le dije.

—No se lo digas a nadie: es secreto. Fue por la noche, yo estaba en casa de Carlos. Papá piensa que no lo sé. Nadie me ha dicho nada.

—Te lo prometo.

—Hay que quemarla, para que suba al cielo —me explicó—. Con nubes de humo.

—Claro, desde el cielo tu madre siempre te cuidará.

—¿Tienes un mechero?

—¿Para qué quieres tú un mechero?

El niño quería quemar una de las Barbies de las chicas para que su madre pudiera subir al cielo con nubes de humo.

—No se puede, Javier. Los niños no pueden jugar con fuego, eso

ya lo sabes tú. Además, el plástico este quema muy mal y huele mucho.

Se quedó triste, con los ojos encharcados tras los cristales, y me miró a los ojos, igual que hacía su madre, Teresa, como si quisiera decir algo para lo que no encontraba las palabras.

Quizá no las haya, ¿no?

Cogí una hoja de la libreta que llevaba en el bolsillo y se la di con un bolígrafo.

—Dibuja a tu madre —le dije.

—Vale, pues perfecto —dijo sonriendo, como un hombrecito hecho y derecho.

Era un niño valiente y solitario, decidido a no dejarse convencer por nadie.

Me pidió la libreta para apoyar y se puso a dibujar con mucha concentración, con la cara pegada al papel cuadriculado y sacando la punta de la lengua.

Hizo un dibujo bonito. Una mujer con melena y los ojos grandes, con pestañas muy largas. Los brazos le quedaron un poco cortos y tenía la boca abierta y redonda.

—Se parece mucho, es clavada —le dije.

—Sí que se parece. Estaría mejor a colores, pero es ella. Mamá siempre se ríe, se ríe de cualquier cosa —me explicó, señalando la boca abierta.

—Está muy bien dibujado. Ésta sí que es tu madre de verdad y no esa muñeca cursi. Ven conmigo, anda.

Nos apartamos un poco hacia el arenero de los más pequeños, detrás de la fuente, para que nadie nos viera, y nos sentamos en una esquina, de espaldas al cumpleaños. Pusimos el dibujo en el suelo y le prendí fuego con el mechero. Hizo un poco de humo negro y el papel se apoltonó enseguida. Luego tapamos las cenizas con arena. Eran las doce.

—Mamá ya está en el cielo. Gracias —ahora estaba tan contento que me dio un beso.

Yo también estaba contenta.

—¿Me ayudas a preparar la piñata? —le pregunté.

Le hizo ilusión. Le dije que avisara a mi hermano, porque le había prometido a Pablo que él también me ayudaría.

Fue bastante sencillo, era un cartón que se abría y formaba una caja. Tenía cordeles para colgarla. Dejé que Pablo y Javier la llenaran de chuches y me subí a una silla para colgarla de la rama de un árbol.

Jesús y mi madre se acercaron para ver cómo rompían la piñata. El que saltó más y logró alcanzarla fue Agustín, por supuesto, ese chaval era un verdadero trasto. Cayó una lluvia de caramelos sobre los niños, que se tiraron al suelo para intentar coger todos los que pudieran. Javier fue el único que no se esforzó demasiado, sólo cogió un par de piruletas que le cayeron a los pies.

Enseguida empezaron a llegar los padres a recoger a sus hijos. Todos les pedían quedarse un poquito más. Jesús se llevó a Paloma y también se llevaron a Agustín y a tres más. El hombre del tiempo dejó que Ana se quedara otro rato, mientras él se tomaba una cerveza con mi madre en el chiringuito.

Oí algo de la conversación. El hombre del tiempo estaba muy serio y protestaba:

—Ese chico ahora tenía que estar llorando y no ahí, sin saber nada. No hay derecho...

Había cambiado de opinión, al parecer, como cambia el tiempo, sin que nadie pueda predecirlo.

—Hay que protegerles —respondió mi madre.

—Eso es jugar con fuego —afirmó el hombre del tiempo—. Y además nadie sabe si lo hacemos para protegerles a ellos o sólo a nosotros.

Mi madre se dio cuenta de que yo estaba escuchando y cambió de tema.

Volví con los niños y pensé entonces que, el día que murió papá, yo era mayor que Javier. Cuando mamá me lo dijo, papá ya no estaba en casa, pero yo había estado tres días durmiendo en casa de Carlota. Los padres de Carlota me llevaban al colegio y me recogían. Estuve saliendo al recreo, merendando, jugando con muñecas, haciendo vida normal, sin saber que mi padre se había muerto, sin saber qué estaba haciendo yo cuando murió papá. Yo no supe adivinarlo.

Llegó el padre de Javier y los otros padres le saludaron con gesto solemne. Mi madre le aseguró que el chico no se había

enterado de nada, que había estado muy normal, pintando y jugando con los amigos. El padre de Javier recogió la mochila de su hijo.

Javier se despidió de mí con un beso y me dijo al oído:

—Gracias. Y también de parte de mamá.

—Yo nunca te mentiré.

—¿Prometido?

Tuve que prometérselo, ¿no? Entonces pensaba cumplirlo siempre.

Los vi a los dos de espaldas, cogidos de la mano, padre e hijo, andando deprisa por la hierba, sobre el agua escondida, el padre con la mochila del hijo en el hombro izquierdo y un poco escorado para darle al niño la mano derecha. Volvían a casa, donde su madre ya no estaba, donde nadie les esperaba.

Al terminar el cumpleaños, mi madre me dio un billete de mil pesetas.

Creo que fue ese día cuando decidí marcharme de casa. Lo hice después de navidades y ya no regresé hasta diez años más tarde, cuando Jimmy murió.

Al volver, me instalé con mi madre, porque ahora necesito ayuda, y fue mi hermano el que me invitó al cumpleaños de Javier: dijo que Javi siempre le preguntaba por mí. Así que fui, no tenía nada mejor que hacer, ya no tengo amigos ni ganas.

Javier estaba igual, aunque hubiera cambiado mucho: seguía siendo el mismo niño gordito, solitario y decidido a no decirlo todo con palabras, llevaba otras gafas, pero con los mismos cristales de un dedo de gordos. También reconocí enseguida a Ana, la hija del hombre del tiempo, que ya no tenía gafas y se había puesto ese uniforme nocturno tan madrileño: la minifalda con medias negras, qué más se puede pedir en Madrid un sábado por la noche.

Ni se me ocurrió llevar nada, pero todos iban con paquetes (cedés, deuvedés con varias temporadas de no sé qué series, zapatos Camper, cosas de mucho valor).

Entonces le dije que me acompañara a por su regalo, sin saber todavía qué iba a darle. No tenía nada para él.

Fuimos a su habitación, que se había convertido en ese «cuarto de los abrigos» que hay en todas las fiestas. No encendimos la luz,

la ventana daba a un patio y había suficiente claridad para distinguir un póster de mi grupo, Tender Scum, una estantería llena de libros y la cama cubierta de chaquetas, bufandas y abrigos. Ese chico me tenía clavada con chinchetas en su habitación, sólo de pensarlo me entraban ganas de llorar. En la penumbra, casi no se distinguía mi rostro en la fotografía, con las baquetas en alto y detrás de Jimmy, que cantaba desnudo de cintura para arriba.

Encontré mi cazadora y me la puse. Metí la mano izquierda en el bolsillo, como si fuera a sacar un paquete.

—Cierra los ojos, acércate —le dije.

—Qué ilusión.

—Te he traído una mano —anuncié y se la puse sobre la bragueta.

Javi abrió los ojos; yo, su cremallera.

—Siéntate.

—Cristina...

—No digas nada.

Intentó besarme, pero se lo impedí:

—Sólo te he traído una mano, nada más, una sola mano —le dije —. Túmbate. Cierra los ojos.

Con los pies en el suelo, se acostó sobre aquel montón de abrigos que se movía como las dunas del desierto. Me senté a su lado y comencé a rozarle el glande con la yema de los dedos. Estaba muy empalmado y, cada vez que la tocaba, su polla daba un salto. Javier me acarició los muslos a través de la tela del vaquero. Crucé las piernas, pero le dejé tocarme las tetas por encima de la blusa. Luego le apreté la polla en el puño y le hice una paja, primero muy despacio y después cada vez más deprisa. Javier levantaba la cabeza, aturdido, creo que lo que más le gustaba era ver mi mano tocándole, ver mi puño con los nudillos muy marcados apretando su polla. Miraba como si sintiera vértigo, pero no pudiera apartar la vista.

Y fue visto y no visto, se corrió con los ojos cerrados tras las gafas y me puso perdida. Entonces fue cuando le dije que aquí no había pasado nada, que sólo era su regalo de cumpleaños.

Creí que iba a ponerse a hacer puchereros, pero no: seguía siendo el mismo chico valiente y apacible, desvalido pero orgulloso. Se

abrochó el vaquero. Él también se había manchado y pensé que, cuando aquello se secara, le tiraría de los pelos.

—Dime la verdad: ¿sólo lo has hecho por eso? ¿Sólo es eso, un regalo? —me miraba como si estuviera intentando decirme algo más o algo muy distinto.

—Sí, sólo es tu regalo, no hay nada más —mentí.

Yo ya no era la misma, cómo iba a cumplir esa promesa que había hecho en mi nombre otra mujer, en otra fiesta de cumpleaños, en otra vida.

Nada es igual: ahora ya ni siquiera pagamos las deudas con la misma moneda, nos entregaron dinero en pesetas y tenemos que devolverlo en euros, ¿no?

—Vale, pues perfecto —intentaba comportarse otra vez como un hombrecito hecho y derecho.

Cogí una bufanda y me limpié con ella la mano y la restregué sobre la mancha de la blusa.

—Eso es de Paloma —me advirtió Javi.

—¿Ah, sí? Pues entonces igual se queda embarazada. Vete tú a saber dónde se pone ésa las bufandas.

Se rió y, sólo por esa risa, decidí que ahora sí se merecía un beso. Se lo di en los labios.

—Vuelvo a la fiesta. Tú espera un poco y luego sales. Nadie notará nada.

—Como quieras —se quedó sentado en la cama, como si viera pasar el agua al borde de un río: supe que se había dado cuenta de que le había mentido, pero pensé que ni siquiera le importaba demasiado.

En el salón, me serví una ginebra sola con dos hielos. Sonaba música tecno a todo volumen. Esos chicos no me quitaban ojo, me admiraban, aunque se sintieran asustados por mi edad y mi leyenda. Mi hermano Pablo y Paloma se besaban de pie, al lado del equipo de música, y yo recordé el aparato dental, porque Pablo tiritaba como si la boca de Paloma diera calambre. Se acariciaban tanto por encima de la ropa como si quisieran acumular electricidad estática. Sus cuerpos debían de retumbar como los altavoces, ¡bum, bum, bum, bum! Ana, la hija del hombre del tiempo, coqueteaba con un chaval altísimo que sonreía de medio lado y al que reconocí

de pronto: era Agustín, el trasto, que ahora tenía pinta de golfo simpático o de ligón de barrio. Menudo elemento: movía las manos alrededor de su falda y se veía que de un momento a otro iba a tocarle el culo, como sin querer, sólo por ver si cuela.

Yo los miraba como si todos ellos estuvieran al otro lado de un cristal, dentro de una pecera. O quizá era yo la que daba vueltas en la pecera. La felicidad de esos chicos resultaba demasiado visible, aunque para ellos permaneciera oculta: debían de considerarse muy desdichados, como cualquiera a su edad, qué vida, ¿no?

Javi volvió al salón y luego pusieron una canción lenta y algunas parejas empezaron a bailar. Vi a Javier bailando con una rubia de melena hasta la cintura y aproveché para salir sin que se diera cuenta, sin que nadie lo notara, sin despedirme: parecía que estuviera huyendo.

Me subí las solapas de la chupa de cuero que había pertenecido a Jimmy. La calle estaba vacía y los tacones de mis botas resonaban. El viento entre las hojas de los árboles era una corriente de agua. Me dieron ganas de meter una mano, las dos manos en el río, aunque se me quedaran las muñecas heladas, sin pulso, con el tiempo detenido, congelado en mis brazos. En la oscuridad se levantaba del suelo una humareda tenue que debía de venir del agua bajo tierra, inmóvil, encerrada en los depósitos del Canal. El humo se quedaba suspendido en el aire, como si fuera ceniza y polvo, como si arrastrara por el aire dibujos de las personas a las que aún queremos.

Claro que le había mentado a Javier. ¿Qué iba a decirle? ¿Que sí tenía muchas ganas de acostarme con él, pero que sería una mala idea? ¿O la verdad: que era seropositiva? ¿Qué tomaba más de diez pastillas al día, que tenía diarrea y que perdía peso sin parar? ¿Qué había pasado un herpes zóster y una neumonía? ¿Qué cuando murió Jimmy me hicieron la prueba y al final decidí volver a casa, con mi madre?

Desde la calle, vi la luz encendida en el salón de los Cadenaba, en Fernández de los Ríos. Eché a andar hacia Álvarez de Castro y recordé la sonrisa de la madre de Javier, Teresa, que se había ido con nubes de humo, dibujada a mano en una hoja arrancada de mi libreta. ¿No era mejor que Javi, mientras tanto, al menos disfrutara

de su regalo de cumpleaños? Que no se enterara de nada. Mejor una mentira piadosa, ¿no?

Sin embargo, al llegar a casa de mi madre, recordé aquellas dudas que tenía el padre de Ana, el hombre del tiempo: ¿a quién protegía la piedad? ¿A Javier o a mí misma?

Fernando y Fernando José

Abilio Estévez

No eran hermanos, ni siquiera parientes, de modo que sorprendía, con razón, el inmenso parecido entre ambos. En el pueblo, a Fernando y a Fernando José los llamaban «los jimaguas», y eso que pocos estaban al corriente de lo más asombroso: que habían nacido el mismo día del mismo año. De haber conocido semejante circunstancia, los del pueblo, ¿qué no hubieran sido capaces de murmurar? Por supuesto, también ignoraban que a veces, en las tardes, dormían abrazados, sudaban juntos y compartían los mismos sueños y hasta las mismas dudas. No, no eran gemelos, no estaban emparentados, sus familias apenas se conocían, y esa ausencia de filiación permitía acaso que aquellos dos muchachos se quisieran más.

Por otro lado, y por razones del santoral (habían nacido el 30 de mayo), los dos tenían el mismo nombre. Eran altos, delgados, bastante fuertes: catorce años cumplidos con alegría y disposición. Tenían rasgos parecidos, casi exóticos, como si no fueran del pueblo y hubieran llegado de lejos, de una oculta lejanía. Ojos de rasgadura más tártara que china; bocas grandes, de dientes recios, vulnerables a la sonrisa; pelo lacio, ingobernable y mal cortado, de un color oro que no se sabía si tenía que ver con la sangre o con tanto sol al que se hallaban expuestos. Ciertamente, Fernando conservaba la piel blanca, como si el sol no pudiera o no quisiera dorarla; Fernando José, en cambio, tendía a la oscuridad, como una moneda de cobre.

Pasaban juntos el día y parte de la noche. Solían correr, andar

por los campos. Recogían mangos, guayabas y aguacates que luego, en una canasta del padre de Fernando, vendían por las esquinas del pueblo. Construían jaulas para pájaros que maravillaban a todos. Cuando terminaban las clases en la escuelita de Valdés Rosa, el tiempo no les alcanzaba para huir a lo largo de la línea del tren que bordeaba el cementerio, hacia potreros, corrales y arboledas. Decían que en los campos se aprendía más que en el aula. Junto a la laguna, aquel charco al que (nunca se supo por qué) todos llamaban el Mar Muerto, rodeado de güines duros y flexibles, se habían construido un varaentierra con pencas de palma. Allí, en aquel silencio, Fernando, más hábil con el güin, construía las jaulas que Fernando José imaginaba.

Sucedió que los días previos al catorce cumpleaños de uno y otro, Fernando pidió a Fernando José que lo dejara solo. No dijo para qué. Tampoco hizo falta. Durante esos días, en la soledad del varaentierra, construyó su regalo de cumpleaños: una hermosa jaula, la más trabajada y grande que había hecho hasta entonces, redonda y alta como un minarete, en la que encerró un tomeguín del pinar que había comprado por dos pesos, a Asunción, el chino viejo y pajarero de Capellanías. El pájaro, un ejemplar soberbio, robusto e inquieto, con máscara negra y cuello amarillo radiante, se movía como un príncipe, cómodo, majestuoso en la jaula con aspecto de torre medieval.

De modo que poco después de que amaneciera aquel 30 de mayo en que cumplían catorce años, el más blanco de los amigos tomó la jaula-castillo con el tomeguín-príncipe, y decidió dirigirse por primera vez a la casa de maderas encaladas del otro, en lo más retirado del pueblo, más allá del tanque de agua, pasando la zanja y la línea del tren, a un lado de la pesa de caña, en una calle de tierra que lindaba con los campos, si no es que pertenecía a ellos. Escondió la jaula en el jardincito, tras un rosal y un cactus enorme, y, antes de tocar a la puerta, desató la camisa que llevaba atada en la cabeza como un pañuelo, la vistió correctamente y hasta la abotonó.

La madre de Fernando José asomó la cara con una sonrisa

tranquila, sin sorpresa, como si estuviera segura de que sólo podía ser el amigo del hijo quien tocara a esa hora.

—Buenos días.

Parada allí, en la puerta, con el sol que la obligaba a entrecerrar los ojos, dio la impresión de que estuviera estudiando al chico que tanto se asemejaba a su hijo. En la sonrisa había algo de seguridad y de avenencia. Levantó la mano, un gesto ágil y quizá inexplicable. Tenía sobre los hombros una coqueta bata de satén. La voz hermosa, grave y próxima, respondió a una pregunta que él no había hecho.

—Espéralo, está al llegar.

Fernando entró a la sala como a una cueva; había una gran diferencia entre los espejismos del callejón y los del camino, y la casa anochecida, húmeda, de maderas impregnadas con un olor que, al parecer, persistía de tantas noches de sueño, de las transpiraciones y los consuelos del descanso. El sol se filtraba a través de las hendijas de las tablas viejas y alabeadas, y hacía más empañada la oscuridad.

—Tú sabes de mi hijo más que yo misma —rió ella, y echó la cabeza hacia atrás; el gesto mostró un cuello hermoso y blanco (de piel más blanca que la del hijo).

—Vine a traerle este regalo —y señaló hacia el jardín como si la jaula pudiera verse a través de las maderas.

Sin perder la sonrisa, la madre asintió, y recalcó levantando el dedo de uñas rojas, como si advirtiera de un peligro:

—Viene pronto. No me dijo que lo esperarás. Pero sé que lo hubiera dicho.

Desapareció tras la cortina de caballitos de mar que ocultaba la puerta que daba al pasillo, que él creyó largo y mucho más sombrío. Quiso deshacerse del deslumbramiento de la calle, acostumbrarse a lo oscuro. De las paredes surgieron las caras sonrientes de las fotografías. En los rincones, se hicieron evidentes los muebles, las butacas de rejilla rota, las comadritas, un aparador antiguo, de madera tallada, donde no cabía una mota más de polvo, y una mesa en cuyo centro había un búcaro con flores de papel.

La mujer regresó con el pelo negro, largo, suelto, que caía sobre los hombros. Vestía falda oscura, de dobladillo bordado, y blusa de

encaje. Los ojos continuaban dando la impresión de que había descubierto algo simple, que le provocaba una alegría inocente.

—¿Quieres un poco de café?

Él pensó que no quería café. Se descubrió diciendo que sí.

—Ven conmigo, no te quedes solo.

Siguió a la mujer por el pasillo, no tan oscuro como había imaginado y sí mucho más largo. Cada tres o cuatro metros se abrían huecos sin puertas, con cortinas de caballitos de mar. Allí el vaho del sueño escapaba con mucha mayor persistencia.

—Qué calor.

Se volvió, unió las manos, lanzó un suspiro.

—No me hables, no me hables, un infierno y estamos en mayo. ¿Qué será de nosotros en agosto?

Abierta al patio donde picoteaban las gallinas de Guinea, la cocina apareció al final. Tenía una mesa grande y rústica sobre la que había granos y mazorcas de maíz, un fogón viejo, y las cazuelas de hierro negro colgadas de las paredes. Si la sala se veía sucia, la cocina, en cambio, estaba limpia y recogida.

Él la vio trajinar.

—Un poquito de café nada más —dijo—, desayuné hace poco.

La madre vertió el contenido de una vasija de barro en un jarro de peltre que puso entre los carbones encendidos. Unos segundos, y sirvió el café en sendas tazas. Siguiendo un gesto de ella, él se sentó a la mesa. Cuando trajo los jarros, ella se sentó también. Se había esparcido el aroma del café. Y también un largo silencio que ella aprovechó para componer, sobre sus senos, la blusa de encaje.

Él observó cómo la madre del amigo bebía del jarro de lata, lenta, alargando los labios, enseñando la punta de la lengua. Pensó que, para ella, un jarro de café era uno de los mayores gozos posibles. Apuró el suyo, dulce y claro. Como ignoró qué hacer, se limpió las uñas manchadas con la esencia de los güines y los alambres de las jaulas. Se supo turbado; ignoró por qué.

—¡Cómo tienes esas uñas, muchacho!

—Es el güin.

—Son iguales, tú y el otro, son iguales, por algo son amigos. Qué digo amigos..., ¡si es que parecen...!

No completó la frase, como si la avergonzara la palabra que

estaba a punto de pronunciar. Se echó hacia atrás, lo miró largo, entrecerrados otra vez los ojos sorprendidos y risueños. Se arregló el pelo. Fernando descubrió que la sonrisa de la madre tenía un enorme parecido con la de Fernando José cuando se le ocurría una travesura.

—Hijo, ésta es tu casa —ofreció rápida, sin dejar de observarlo.

Él no supo cómo agradecerle y volvió a reparar en sus uñas ennegrecidas por el güin. Ella se levantó con excesiva lentitud, casi con pereza, recogió los jarros y los llevó a la palangana que servía de fregadero.

—¿Le dijo cuándo volvía?

—No me trates de usted.

Sólo entonces Fernando se dio cuenta de que ella iba descalza. Sus pies eran pequeños y bien formados, como los de Fernando José. La única diferencia eran las uñas, pintadas de rojo, con lunas blancas.

Se acercó, tocó la cabeza del muchacho.

—Cómo se parecen... Tú y mi hijo.

Él afirmó con la cabeza.

—En el pueblo dicen que somos hermanos.

Se extendió tanto el silencio que pareció que ninguno de los dos tenía intención de volver a hablar.

—Te quiere mucho —reconoció ella al cabo.

Una gallina subió a la mesa, picoteó las mazorcas de maíz. La madre ni siquiera se molestó en ahuyentarla.

—Sí, tienen razón. Es verdad, se parecen mucho... —la voz fue aún más grave, más cálida.

Pellizcó su barbilla, lo obligó a levantar la cara y le acarició la mejilla. El sintió un lejano y agradable olor a jabón y también a flores.

—Es terco como un mulo. ¿Tú también lo eres?

El negó con la cabeza. Ella soltó una carcajada.

—No sé para qué pregunto. Responderás tercamente que no, que no, como un mulo. Es igual. Son iguales. Ven conmigo, ven.

Lo tomó por un brazo, como si fuera un niño, o como si fuera su hijo. Lo obligó a levantarse, a seguirla de nuevo por el pasillo hasta una de las puertas de los cuartos. En el cuarto había oscuridad:

parecía de noche. Creyó ver la cama sin tender y la ropa tirada sobre una butaca. La mujer abrió la puerta de un baño y lo precisó:

—A ver esas uñas.

Él extendió las dos manos abiertas. Ella tomó un cepillo, lo pasó sobre el jabón humedecido y comenzó a limpiarle las uñas, con suavidad y energía. La espuma se coloreaba de un carmelita verdoso. Enjuagó las uñas, las cepilló otra vez, sin enjabonarlo, varias veces.

—Para que no queden rastros de esa hierba dura de las jaulas —dijo. Y luego, con un suspiro—: Qué manos tan lindas, parecen de muchacha. Ustedes son tan semejantes... —Tomó una toalla limpia y secó las manos con fuerza; después con menos fuerza, casi una caricia—. Tanto a él como a ti, me gustaría pintarles las uñas, de rosa, como si fueran muchachas. —Se sentó en la cama—. Siéntate aquí —pidió, dando un golpecito en la cama—, hace menos calor que en el resto de la casa, este cuarto es el más fresco, no abro la ventana porque a esta hora el sol es... —y no terminó la frase.

Se sentó donde indicaba la mujer. Miró un reloj sin números que había sobre la mesa de noche.

—¿Qué hora es?

Ella se encogió de hombros.

—Ese reloj no sirve, niño, en esta casa hay cinco relojes y ninguno sirve. Nunca sabemos la hora. —Cerró los ojos e hizo una larga pausa—. Me gusta imaginarme el tiempo. —Pasó una mano por su frente, volvió a arreglarse el pelo, abrió los ojos—. Así es mejor, no te creas. Vivir sin tiempo. Saber que llegó el día o la noche porque amanece y oscurece, nada más.

Se inclinó para alcanzar una penca tirada en el suelo, se abanicó unos segundos el cuello, los brazos, la nunca. Puso los ojos en blanco, acaso para hacer patente el placer que le provocaba abanicarse. A continuación se volvió y lo abanicó, pasó una mano por la frente del muchacho, quiso levantar inútilmente el mechón de su pelo.

—El mismo pelo. Dios mío... Cuando niño, el trabajo que daba peinarlo... Si se lo dejaran crecer, yo misma les haría unas hermosas trenzas. Ahora ya no tiene importancia. El peinado de ustedes es estar despeinados, sucios y despeinados... —Tocó la

frente, el cuello del muchacho—. Sudas. Eso me gusta. Me gustan los hombres que sudan. Los más viriles son los que más sudan. Mi hijo suda tanto que a veces debo cambiarle las sábanas cada día.

En efecto, él sentía el sudor, las gotas que se deslizaban por las sienes y por la espalda, a veces pasaba la lengua por el labio superior y percibía el sabor salado. Hacía un calor desesperante en el cuarto cerrado a cal y canto que, según ella, era el más fresco de la casa.

—Quítate la camisa.

Y sin darle tiempo para negar, para decir que le daba vergüenza, ella misma comenzó a desabotonarla. La lentitud con que lo hizo era una inquietante destreza. La camisa desapareció sin que él se percatara. El pecho, por supuesto, brillaba de sudor. Ella pasó por allí la mano sosegada, casi maternal. Él miró el techo de guano, de donde colgaban (ahora inmóviles) esas banderitas de colores de todas las casas del pueblo, gracias a las cuales se tenía la ilusión de distinguir la brisa.

—Claro, cómo no van a sudar... Están llenos de vida —y le pellizcó, con extraordinaria suavidad, una tetilla.

Aunque continuaba con los ojos clavados en el techo, supo que la madre dejaba de sonreír, que desplazaba la mano de una tetilla a otra. Supo que las tetillas, ligeramente abombadas, y alrededor de las cuales hacía poco habían comenzado a brotar vellos rubios y enmarañados, comenzaban a despertar, y que avisaban al resto de su cuerpo. Sintió que ella acariciaba suave las tetillas húmedas como si deseara que los vellos perdieran su aspereza.

—Aquel otro es igual, si lo sé yo, que soy su madre. ¡Dios, suda tanto! Exceso de enjundia, digo yo. El vigor sobrante se suda. Bueno, quiero decir, no hay cuerpo que resista el forcejeo de esa entraña dentro. Tanta vida acumulada. Cuando uno tiene la edad que ustedes cumplen hoy, tiene la vida dentro, ¿entiendes?

La vio levantarse, desabotonar la blusa, ir al escaparate, abrir una de las puertas y sacar una antigua caja de bombones forrada con papel dorado, atada con cintas verdes y rojas. Creyó que una expresión de melancolía borraba por un instante la picardía de los ojos.

—Aquí está mi juventud. Los mejores años de mi vida, la

felicidad y la energía.

Desató las cintas, abrió la caja. Observó el interior con expresión maravillada, como si el contenido la asombrara. Avanzó hacia la cama, con la blusa abierta, sin dejar de inspeccionar el interior de la caja, volvió a sentarse. Secó, teatral, una lágrima imaginaria.

Él observó los senos redondos y grandes. Adivinó los pezones oscuros entre el encaje de la blusa.

—Hijo, ¿no te sientes inmortal? Cuando jovencita, yo era inmortal.

Riendo, sacó de la caja una foto amarillenta y la tendió. Él vio una joven hermosa, con el mismo pelo largo, abundante y suelto, y un vestido de flores. Parecía observar el mundo a través de una nube.

—Bonita, ¿verdad? —la voz tenía ahora también algo de satisfacción.

Él afirmó sin levantar la vista.

—Trece años.

Irguiéndose, la miró con fijeza y por un momento se sintió tentado a decir algo. Bajó la mirada sin articular palabra. No lanzó la pregunta que se convirtió en una respiración dificultosa, o un susto, o una excitación.

—¿Qué ibas a preguntar?

—Linda muchacha. Pero usted sigue siendo una hermosa mujer —y era verdad. Y se percató de que ella sabía que era verdad.

Entonces hizo algo insólito: tocó uno de aquellos hermosos y grandes pechos, como si le tomara el peso.

Ella, concentrada en la cajita, no pareció enterarse. Le alcanzó otra foto. En ésta se la veía de cuerpo entero, vestida de blanco, traje largo, acaso de tules y cintas de raso, recostada a una columna salomónica, como una actriz.

—Tratando de imitar a Lili Damita, el día que cumplí catorce años. La misma edad que tú y mi hijo cumplen hoy. —Miró el reloj sin números. Dejó la caja sobre la mesa de noche, se inclinó hacia el muchacho—. No, no dejes de tocar. Me gusta. —Y de inmediato—: Yo también estuve enamorada de Errol Flynn.

Ahora estaba seria, en silencio, como si esperara una observación que él desconocía. Acarició otra vez el torso del

muchacho. Atrajo al muchacho hacia sí de tal modo que la frente de él quedó contra su vientre. Él se dejó atraer, dócil, sin preguntarse nada, con algo de susto (un susto alegre), y la rara sensación de que todo aquello resultaba tan magnífico como inevitable. Le gustaba aquel olor a jabón, a hierba, a flores. Le pareció que escuchaba la respiración de la mujer.

Su presencia, no obstante, se deshizo rápida y sintió que Fernando José ocupaba el lugar de la madre. «No es ella», pensó, «eres tú». Y sin casi darse cuenta, comenzó a acariciar las piernas de la madre.

Con el dorso de la mano, ella secó la espalda empapada de Fernando.

—Catorce años, como mi hijo. Hoy empiezas a ser un hombre, aunque me gustaría pintarte las uñas.

Él se desprendió de las manos, se irguió, titubeó, trató de atrapar la camisa.

Echada hacia atrás, ella volvió a observarlo fijamente, a la boca, al pecho, con su mirada de radiante asombro. Él se dejó caer dócil sobre las sábanas sucias. Ella retiró el pantalón de caqui, también con suave pericia. Él se supo desnudo y le gustó saberse desnudo, no sintió vergüenza. Recordó la primera vez que había visto desnudo a Fernando José (fue asimismo la primera vez en que Fernando José vio desnudo a Fernando), aquella tarde de agosto, casi anocheciendo, en que se habían despojado de la ropa en La Madama, unas ruinas del tiempo de la colonia, más allá de la finca Potrerillo, un poco por divertirse y otro poco porque hacía un calor de lumbre, y mucho más porque, según se contaba, los antiguos miembros de la casa, masacrados durante la última guerra de independencia, aparecían durante las noches, completamente desnudos y cubiertos por una luz azul. Y así, desnudos, se acostaron el uno junto al otro, sobre la hierba, sobre los helechos de la antigua cocina del caserón, a esperar a los muertos. No podía olvidar la respiración agitada de Fernando José (al ritmo de la suya), el perfil completo que él sabía tan semejante al suyo, las manos que buscaban las otras, sin saber exactamente qué manos buscaban y cuáles se dejaban encontrar. Él mentía, decía que tenía miedo. El otro lo abrazaba y respondía, tembloroso, que no había

por qué. ¿O había sido al revés? La noche traspasaba, con idéntico fuego, las antiguas vigas del techo. Enlazados, sudorosos, simulando que acechaban a los muertos y que tenían miedo. Hermosa noche, la de los muertos de La Madama. Los muertos nunca aparecieron, pero ellos, abrazados, se fingieron muertos.

Ahora percibió el aliento de la madre. Las manos de la mujer acariciaron las axilas que parecían acabadas de oscurecerse de vellos. Sus labios, pegados a la frente sudorosa del muchacho, murmuraban. La boca se abrió después para recorrer la frente, bajar por la nariz, morder las mejillas. La boca de ella envolvió la de él, transmitió su calor, su humedad, una saliva dulce, con lejano sabor a café. Los dientes mordieron los labios.

No fue en La Madama la primera vez que Fernando José acercó sus labios a los de Fernando, sino mucho después, el primer día que subieron a la loma de La Campana. La loma escarpada era difícil de ascender. En su cima se alzaba una torrecita de madera con una campana. Según los cuentos del pueblo, mucho más de un siglo atrás, la campana servía para avisar la llegada de bucaneros y piratas. Desde allí se divisaba el pueblo, y había árboles y madrigueras y rincones. Incluso una gran cerca de piedra. Se decía también que en aquella loma se refugiaban, a esconder sus amores, las parejas adúlteras y anónimas. Fernando llegó a lo alto, agitado por el esfuerzo. Fernando José opinó que necesitaba aliento. Lo obligó a recostarse a una de las cruces. Juntó su boca a la de él. El aliento del uno mezclado con el del otro.

Perder la fatiga provocada por la ascensión, a favor de otra fatiga y de otra ascensión.

Fernando, eso sí, nunca olvidaría el sabor delicado, extremadamente dulce y discreto de la lengua de Fernando José, tan semejante al sabor de los labios de la madre.

La boca de la mujer abandonó la boca de Fernando, bajó por el pecho, lo recorrió con sabia paciencia. La lengua se agitó ligera en las tetillas: ligera, ágil: también ecuánime. Siguió bajando demasiado lenta, es decir sabia, hasta el ombligo. Sin duda dominaba el arte de administrar el tiempo, conocía la armonía del quehacer y los descansos. A veces se contenía. Se erguía, lo miraba, miraba el cuerpo del muchacho con la misma melancólica

admiración con que había observado sus propias fotografías. La pausa provocaba un mejor regreso. Porque cuando la lengua se reencontraba con la piel, nada parecía importante en el mundo. Tocaba la pinga viva, endurecida, la acariciaba con pericia, se inclinaba para besarla con fervor, casi con recogimiento, pasaba la lengua por los pendejos. Él sentía cómo su pinga se endurecía sin que, en apariencia, nada tuviera que ver la voluntad. Y se endurecía más aún cuando ella la introducía completa en su boca. Y continuaba bajando dispuesta a devorarla. Y luego llegaba a los cojones, que también recorría con los labios, con aquella lengua conocedora y portentosa, mientras susurraba palabras inaudibles que lo enardecían tanto como la propia lengua.

Sucedió en el cementerio. ¿A qué habían ido? A buscar güines. Al final, donde la fosa común, crecían güines altos, güines enérgicos, que cuando se secaban permitían las jaulas más espléndidas. Era un mediodía de fuego. El sepulturero debía de estar almorzando. Los dolientes, también. No había nadie en el campo de cruces blancas y mausoleos con tejados a dos aguas, de flamboyanes y almendros, de refulgentes panteones de granito. Les gustaba el silencio, el olor meloso de las flores mustias y las aguas estancadas. Por algún extraño motivo, los sonidos del pueblo llegaban muy apagados, como si tuvieran que recorrer una enorme distancia. El amigo se echó junto a la puerta de hierro del panteón de una antigua familia opulenta. Tenía el pantalón roto. Fernando vio los pendejos oscuros. Se sentó junto al amigo y le mostró, sonriente, la abertura del pantalón. Fernando José se encogió de hombros, sacó un cigarro medio deshecho y unos cuantos fósforos del bolsillo de su camisa. Lo prendió y fumó con esa satisfacción con que solía hacerlo. Luego tomó la mano de Fernando y la llevó a la abertura del pantalón. Él tuvo una sensación que no conocía: un sobresalto, una audacia ansiosa y aprensiva. Tocó, palpó. Sus manos eran libres. Después fue la otra mano, la de Fernando José, en su cabeza, obligándola a que descendiera. Fue largo y bueno. Mucho tiempo de inquietud, de fruición. Sintió que deseaba (y quería) al amigo, como el amigo lo deseaba (y quería). El cigarro se consumía inútil entre los dedos de Fernando José. Mucho después, no se supo cuándo, algo indefinido, algo que avanzaba hacia fuera. El cuerpo

del otro se había tensado. El lamer parecía haberse convertido en algo desesperante para él. Entonces, ya con latidos, sintió que su boca se llenaba con todo el impulso de Fernando José.

Al propio tiempo, la boca de la madre se llenaba con la vitalidad que él desconocía de sí mismo.

Quedaron inmóviles. Prolongado tiempo que sirvió para que cada uno escuchara los latidos del corazón del otro. Fernando José pasó un dedo por los labios de Fernando, se llevó el dedo a su boca, lo chupó sonriente.

Él sólo atinó a dejar que bajara por su garganta aquel jugo que sólo segundos antes se hallaba oculto en las profundidades del amigo.

Ella, en cambio, se irguió, avanzó por la habitación, como si regresara de un lugar lejano, y terminó frente al espejo, con mirada vanidosa.

Con lentitud, sin deseos, él vistió el pantalón, la camisa. Le hubiera gustado quedarse allí, desnudo sobre la cama. En silencio, salió del cuarto, avanzó por el pasillo, atravesó la sala.

—Vuelve al atardecer —pidió la madre. Ruego delicado en su voz grave—. Voy a hacer un *cake* de coco, dulce de leche y mucho merengue. Cantaremos felicidades. Por los dos. Es el cumpleaños de mis dos niños.

Se inclinó para besarlo en la mejilla. Él devolvió el beso al aire y pasó un dedo por el brazo de ella.

—No tardes —dijo ella.

Y se dejaron deslumbrar por el brillo de la tierra apisonada del callejón. Él colocó su mano en la frente a modo de visera, alcanzó el jardín de un paso largo y sacó la jaula del escondite. Detenido un instante frente a la puerta, observó la larga y luminosa franja. El callizo parecía perderse hacia los potreros.

Siguió la línea del tren, saltó de traviesa en traviesa, hizo equilibrios sobre los rieles. El sol, como de costumbre, confundía el paisaje. Siempre, a esa hora, el paisaje tenía algo indefinido, de reflejo en la superficie verdosa de una laguna quieta. A lo lejos, las lomas se borraban tras la bruma de un fuerte resplandor azul. La mañana se convertía en mediodía. El silencio se iba mezclando con

el calor y con la luz. Cada hoja inmóvil de cada árbol inmóvil mostraba idéntico brillo y olor a incendio. Pasó junto al cementerio cuyos muros casi no se distinguían. Dejó atrás los potreros. Llegó a la laguna. Llamó al amigo y el grito, como era de esperar, quedó suspendido sobre los falsos nenúfares. Se sentó a esperar junto a la orilla cubierta de juncos. Sus pies se hundieron en el agua. Le gustó el frescor y el breve sonido del agua. Se quitó la camisa, volvió a atarla a su cabeza. Ahora la jaula le pareció pequeña y frágil. Abrió la portilla y sacó al tomeguín asustado. El pájaro, sin embargo, no voló, quedó quieto él también en la palma abierta de su mano.

Dos cumpleaños y un fuenral

Sergio Olguín

Quería ser espectador de una orgía sagrada.

Jan Kott, *El manjar de los dioses*

Desde la muerte de los padres de Marina en un accidente en la ruta, Ariel se había instalado en la casa de su novia. Ya el día del accidente habían pasado toda la tarde teniendo sexo en aquel departamento que veinte años antes seguramente había sido moderno, pero que ahora resultaba tristemente anticuado. Después, al regresar del funeral, se acostaron en el cuarto de ella con la idea de descansar después de tantas horas de desvelo, pero bastó que ella se quitara el pantalón y el sweater para que Ariel sintiera ganas de acariciarla; ella no sólo no se resistió sino que terminó rápidamente de desnudarse para tirarse sobre él. Hasta entonces nunca habían tenido la casa para ellos solos, y en las dos ocasiones habían terminado en la cama.

La tarde del accidente, Ariel había ido a la casa de Marina con la noticia de que había renunciado a su trabajo. Estaba harto de cargar muebles y cajas todo el día, ir de acá para allá por un salario que no le alcanzaba para nada y encima soportando al dueño de la camioneta con la que hacían los trabajos de flete: su tío, un viejo tacaño que le hacía la vida imposible. Hacía rato que pensaba dejarlo, pero tenía que pagarse la pensión y vivir en esa ciudad tan distinta a su pueblo. A su tío se la tenía jurada, y cuando por enésima vez lo insultó delante de un cliente para que se apurara a

acomodar una heladera que habían subido tres pisos por la escalera con su primo, ahí sintió que se le nublaba la vista, que lo veía todo rojo, y que si hubiera podido le habría arrojado la heladera sobre su enorme barriga. Sólo atinó a bajar por la escalera sin decir nada mientras escuchaba los gritos de su tío que lo llamaba. Cuando llegó a la camioneta, fue hasta el furgón, tomó el espejo de un tocador espantoso y lo arrojó sobre el piso. Pensó que siete años de desgracia no era un mal precio si se sacaba de encima a su tío que lo había maltratado durante dos. Cuando se lo contó a Marina, ella primero se alegró, iban a tener más tiempo para estar juntos, pero después puso cara de preocupación:

—¿De qué vas a vivir?

Se encogió de hombros.

—Tus viejos nos pueden mantener a los dos, ¿no?

Se rieron. Se tiró sobre él y le mordió el cuello mientras Ariel metía las manos por debajo del vestido y le acariciaba el culo. Un par de horas después sonaba el teléfono. Casi era una situación ridícula: ella estaba sobre él, montándolo y disfrutando de haber logrado una nueva erección con sólo refregar su sexo contra el de Ariel. El teléfono no paraba de sonar, pero ella no quería moverse, así que se estiró hasta llegar a la mesa de luz y atender el aparato mientras Ariel seguía penetrándola. Sus estremecimientos se convirtieron en convulsiones mientras oía que un desconocido, un policía del pueblo de Gálvez, le daba la noticia: los padres habían chocado en la ruta contra un micro y el auto había quedado destrozado. Los dos habían muerto en el acto. Marina había soltado el cuerpo de Ariel y también el tubo del teléfono. Lloraba tapándose la cara, y Ariel, que ignoraba aún lo que ocurría, no supo qué hacer con esa erección todavía a pleno.

Tuvieron que llamar a la tía Elvira, la hermana del padre, para que fuera a buscar a Pablo a la escuela y le diera la noticia. Su marido, el tío Héctor, los pasó a buscar en el auto para llevarlos hasta Gálvez. Marina no paraba de llorar y de repetir las mismas frases como letanías. Ariel no sentía nada, ni dolor por los padres de Marina y Pablo, porque nunca los había apreciado (y en todo caso era un desprecio mutuo), ni tampoco por la propia Marina. Le

molestaba ese llanto convulsivo que a Marina le impedía pensar. Porque sólo sin pensarlo, cavilaba Ariel, ella podía preferir dirigirse hacia dos cuerpos muertos que ir al encuentro de su hermano menor.

A unos cinco kilómetros de Gálvez se veía, al costado del camino, el auto destrozado por el accidente. La parte delantera estaba absolutamente hundida y a simple vista cualquiera se daba cuenta de que nadie que viajara ahí podía haber sobrevivido. Pero Marina no vio esos hierros retorcidos. Ella iba con los ojos cerrados, sentada con el cuerpo tieso, los músculos tensos.

Se dirigieron a la comisaría del pueblo y después a la morgue. El tío no dejó que Marina fuera a reconocer los cadáveres y él mismo se encargó de ese trámite. Cuando salió de la morgue tenía el rostro transformado, al borde del llanto o de pegar un grito. Volvieron a Buenos Aires después de firmar los papeles y de conseguir una ambulancia para trasladar los cuerpos.

Fue algo casi natural. El día del entierro, Pablo se quedó en casa de los tíos, y Ariel pasó la noche con Marina en la casa que había sido de los padres. Durmieron en el cuarto de Marina, rodeados de muñecas y osos de peluche, los mismos testigos anacrónicos que los acompañaban cada vez que tenían sexo en la casa, y se conformaron con una cama chiquita que en cualquier momento se iba a romper en pedazos con sus sacudones.

Se habían conocido hacía seis meses en la disco Averno. Ariel había llegado con tres amigos alrededor de las dos de la mañana. Habían estado en un bar tomando cerveza y esnifando unas líneas de coca en el baño hasta que uno de los amigos, Joaquín, recordó que tenía entradas para esa disco de jóvenes burgueses, donde la bebida era cara y las mujeres sólo se dejaban arrastrar de ahí si en la puerta los esperaba un Alfa Romeo o un auto parecido.

Pasaron sin problema a pesar de que el patovica de la entrada miró con lupa cada una de las invitaciones. Finalmente, los dejó pasar. La disco estaba repleta de gente saltando en las pistas y empujándose frente a las barras en busca de bebidas. Una ola humana arrastró a Ariel y a Joaquín lejos de sus otros amigos. Joaquín sacó entonces del bolsillo una tarjeta mágica, un pase para

el sector VIP. Subieron al primer piso, dejando atrás otro control de los guardianes pasados de anabólicos. Caminaron entre la gente y los reservados como si fueran perros de presa oliendo sangre. Vieron un grupo de chicas sentadas en sillones alrededor de una mesa ratona. Eran cinco y tenían encendida una vela y cantaban algo que no se escuchaba, apagado por el sonido de la música. Se acercaron y descubrieron que las chicas estaban cantando el *Feliz cumpleaños* a una de ellas.

Joaquín y Ariel se agacharon y se agregaron al coro, tomando del hombro a las mujeres que tenían más cerca. El espíritu de la mesa era tan alegre o tan alcoholizado que no les molestó la irrupción de los dos tipos desconocidos, al punto que, cuando terminaron de cantar el *Feliz cumpleaños*, algunas de ellas pidieron que los chicos le dieran un beso a la cumpleañera. Estaban ebrias.

La cumpleañera le dio un rápido pico en los labios a cada uno de los chicos. Las mujeres aplaudieron, rugieron y zapatearon. Ariel y Joaquín aprovecharon para sentarse entre ellas. Uno a cada lado de la joven que los había besado.

—¿Cómo te llamás, hermosa? —le preguntó Ariel acercándose a la oreja de ella. Por primera vez olió ese perfume que lo iba a enloquecer en los meses siguientes.

—Marina —le gritó para que él la oyera.

Una de las chicas había ido hasta la barra y volvió con una botella de *champagne*. Se sirvieron caóticamente en las copas. Ariel y Joaquín, que también tomaron, se sentían con toda la suerte del mundo.

Marina llevaba una minifalda blanca que se le subía y que dejaba ver casi completas sus piernas bronceadas. Joaquín se le había adelantado y como distraídamente había apoyado su mano en la rodilla de Marina. Ariel entonces pasó su brazo por la espalda y concentró su vista en el escote de la blusa ajustada de la chica. Tenía unas tetas altivas que despertaban las ganas de disciplinarlas a base de pellizcos y mordidas.

—¿Cuántos años cumplís? —le preguntó, más que nada para poder acercar su cara al pelo de ella.

—Veinticuatro. Vos parecés muy chiquito. ¿Cuánto tenés?

—Veinte.

—Sos un niño.

Una de las chicas se paró y le dijo a Marina si la acompañaba al baño. No estaba mal la amiga. Era más baja que Marina, pero tenía un jean ajustado que le marcaba un culo generoso. Las dos mujeres se fueron juntas y ellos se quedaron con las otras tres. La que estaba a su izquierda tomó la mano de Ariel y le miró la palma como haría una gitana. Se acercó a él y le dijo al oído:

—Tu línea de la vida es corta. Vas a morir pronto.

—¿No me darías un beso antes de que muera?

Ella no se hizo rogar y le comió la boca con energía. Cuando se separaron, Ariel buscó con la mirada a Joaquín para hacerle un gesto cómplice, pero su amigo ya no estaba ahí.

A los pocos minutos apareció la amiga de Marina, sola. Ariel se puso de pie y fue hacia los baños. Los vio parados delante de la pista de baile. Joaquín había apoyado una mano en la cintura de Marina y con la otra le acariciaba el pelo. Ella le hablaba y él movía afirmativamente la cabeza, pero era imposible que la oyera con la música sonando a todo volumen.

Ariel se acercó y puso sus manos en los hombros de la pareja. Joaquín seguía concentrado en acariciarle el pelo. Ella le sonrió al verlo aparecer. Ariel bajó su mano por la espalda y detuvo su camino al llegar al culo. Marina acercó su cara a la de él y le dijo al oído:

—Tu amigo me quiere coger.

—Yo también.

Ella se rió a carcajadas. Joaquín aprovechó para besarla y Ariel bajó la mano hasta acariciarle el culo. Marina retrocedió un paso, lo suficiente para cortar el beso y la caricia. Se acercó a Ariel y lo besó. Ahora era Joaquín el que aprovechaba para pasar su mano por el cuerpo de la chica.

—Me gustan más tus besos que los de tu amigo.

—¿Qué hacemos?

Marina los tomó de la mano y volvieron hacia donde estaban sus amigas. La que le había leído la mano le hizo un gesto para que se sentara a su lado, pero él no quería separarse de Marina. Quedó sentado entre las dos. La chica pasó medio cuerpo por encima de él para poder hablar con Marina. Le apoyó las tetas en su pecho y dejó

una de sus manos muy cerca de la bragueta. Cuando volvió a su lugar le acarició distraídamente el bulto.

—Dice Sol que nos vayamos los cuatro a su departamento. ¿Quieren venir vos y tu amigo?

Las otras tres chicas se quejaron cuando se pusieron de pie. Marina gritó:

—Es mi cumpleaños y merezco todos los regalos del mundo.

Ya en el taxi, Ariel se sentó delante. Por el espejo retrovisor vio cómo Sol besaba a Joaquín y cómo éste la abrazaba con una mano mientras la otra se perdía en las piernas de Marina. No podía ver qué le estaba haciendo, pero sus ojos se cruzaron con los de Marina, que le sonreía con cariño.

Cuando llegaron al departamento, por las ventanas entraba la luz nocturna de la ciudad, que bañaba de plateado el pequeño living y la habitación, aún más pequeña. Ariel empujó sobre el sillón a Marina y comenzaron a besarse. Joaquín y Sol fueron hacia el cuarto y cerraron la puerta.

Marina le desabrochó el jean y metió una mano dentro del bóxer. Ariel estaba sentado y ella se había arrodillado sobre el sofá. Ariel aprovechó para levantarle lo poco que le quedaba de su minifalda. Desde que ella se había puesto de pie para ir al baño en la disco que él sólo pensaba en ver ese culo al natural. Marina dejó de acariciarlo para desabrocharse la blusa y empujar su mini al suelo. Él se quitó la camisa y el jean. Los dos quedaron en ropa interior. Ariel se arrojó sobre las tetas y, al segundo, el corpiño estaba también sobre la alfombra. Mientras le chupaba los pezones sintió que ella empezaba a gemir. Marina le lamió una oreja y le preguntó si tenía condones.

No. No tenía. Marina se puso de pie y fue hacia la habitación sólo con su bombacha puesta. Entró sin golpear. En la penumbra se veían fragmentos de los cuerpos desnudos de la otra pareja.

—Sol, ¿me das un forro?

—¿Uno sólo?

—Dame dos.

Ariel vio a Sol levantarse desnuda de la cama e ir hacia su cartera. Se agachó y revolvió entre sus cosas y le pasó una cajita de condones. Marina volvió con Ariel, pero no cerró la puerta, ni

tampoco lo hizo Sol. Antes de sentarse en el sillón, Marina se sacó lo único que le quedaba puesto. Apenas tenía una línea delgada de vello púbico. Ariel acercó su mano y la acarició. Marina se quedó quieta y él jugó con el sexo de ella. Recorrió los bordes, subió por la línea de vello y descendió hasta penetrarla con un dedo, luego con dos. Ella se arrodilló y comenzó a chuparle la verga. Desde su lugar, Ariel podía ver cómo Sol montaba sobre Joaquín mientras gemía cada vez más alto. Joaquín la tomó por la cintura y la hizo dar vuelta. Sol apoyó los codos sobre la cama y levantó el culo para que Joaquín pudiera penetrarla. Sol y Joaquín quedaron de frente a Ariel y sintió la mirada de los dos sobre él y Marina que le seguía chupando. Entonces, Ariel dejó de observar a la otra pareja, tomó de la cabeza a Marina e hizo que se subiera encima de él. Ahora era el cuerpo de Marina el que quedaba a la vista de los otros dos. Joaquín y Sol podían ver cómo Marina lo cabalgaba cada vez con más ímpetu. Ariel ya no veía a su amigo y a la otra chica, pero sintió los gemidos prolongados de Sol mientras acababa unos segundos antes de que él hiciera lo mismo. Marina acabó por primera vez esa noche un poco más tarde.

A la mañana siguiente, Ariel y Joaquín se fueron del departamento. Joaquín y Sol no volverían a encontrarse. En cambio, Marina y Ariel no dejarían de estar juntos en los meses siguientes.

Hasta la muerte de los padres, Ariel y Pablo no se llevaban mal. Se habían visto algunas tardes en el negocio de fiestas, que tenía un salón que se alquilaba para cumpleaños y bautismos, y un sector abierto al público todas las tardes con juegos. Había simuladores de autos de carrera, de motos y de aviones, las últimas versiones de juegos de fútbol, y hasta un par de PlayStation 3 conectadas a sendos plasmas de cuarenta y dos pulgadas. El negocio era el lugar de encuentro de Ariel con Marina, que venía de la facultad. Él llegaba siempre antes para gastar unas fichas en los simuladores de aviones de guerra y Pablo estaba enfrascado en otro juego. Cuando Pablo levantaba la vista de la pantalla, lo saludaba con un gesto que intentaba pasar por adulto. A Pablo le gustaba que lo trataran como un grande. Al terminar sus partidos iba hasta donde estaba Ariel y se saludaban estrechándose la mano y, a la vez, con un beso. En la

escuela, le había contado Marina una vez, era bastante vago. Había repetido y estaba en primer año. Decía que no quería hacer la escuela secundaria y que sólo quería estudiar guitarra. A Ariel le parecía un excelente proyecto de vida. Él había terminado los estudios y no le habían servido para nada.

A veces Pablo iba al negocio con algunos amigos. Había uno, anteojudo, flaco y altísimo para su edad, que venía y saludaba a Ariel con un golpe en la espalda. Patricio, que así se llamaba, tocaba el bajo en un grupo de rock y seseaba al hablar. El otro amigo de Pablo era Ronny, un dark pálido y triste que nunca lo miraba.

Otro trío era el que Pablo hacía con sus dos primos mellizos: Nahuel y María Lucrecia. Tenían catorce años —como él— y no usaban camperas de cuero, como Pablo, pero les gustaba el rock. Luz —así llamaban todos a María Lucrecia— ya dejaba presumir una adolescente infernal que iba a ensombrecer la justa fama de su prima mayor. Nahuel y Luz se parecían muchísimo, se vestían de manera similar, y para agregarle un toque de confusión a todo, Nahuel usaba el pelo por debajo del hombro y Luz lo usaba muy cortito dejando la nuca al desnudo, un vello apenas visible que a Ariel le recordaba el pubis de su novia.

Pablo y Ariel hablaban dos palabras hasta que llegaba Marina. Al hermano le daba dos ruidosos besos en las mejillas, le tiraba del pelo y lo pellizcaba mientras Pablo la insultaba y se alejaba de la pareja, que se iba casi inmediatamente del lugar.

Pablo volvió de la casa de los tíos dos días después del funeral. A Marina le pareció que Pablo debía empezar a acostumbrarse a las nuevas circunstancias.

Esa noche, Marina cocinó pollo al horno con papas. A Pablo le llamó la atención que su hermana cocinara, pues de eso se encargaba Elisa, la empleada doméstica, pero más le sorprendió ver que Ariel no pensaba irse del departamento. Comieron en la cocina mientras miraban un programa en la tele chiquita. Pablo casi no abrió la boca. Cuando terminaron de cenar, Marina y Ariel fueron al living a ver una película en el plasma y Pablo se metió en su pieza. A las dos horas pasó hacia la cocina, se tomó un vaso de coca y

volvió a su cuarto. Sin mirarlos les dijo chau. Ariel le dijo a Marina que le parecía que ella tenía que hablar con el hermano y explicarle que él se iba a quedar unos días. Pablo iba a entender. Pero Marina se encogió de hombros y le dijo que no valía la pena, que se iba a dar cuenta solo.

Al otro día, cuando despertó, Pablo y Marina ya se habían ido. Ella tenía una clase en la facultad. Elisa, la empleada, estaba encerando el living. Fue a la cocina, calentó café y volvió a la habitación. Cerca del mediodía, Elisa le pidió permiso para limpiar el cuarto. Pasó al living y se puso a ver un partido de básquet. A los diez minutos se aburrió y empezó a hacer zapping de un canal internacional a otro. Como no entendía ni inglés, ni francés ni el español que hablaban los gallegos, terminó viendo una telenovela chilena.

Pablo y Marina llegaron a la vez. Los tres y Elisa comieron juntos. Marina se quejaba de un profesor, de los exámenes que se le venían, intercambió información hogareña con Elisa y le preguntó a Pablo por la escuela, que sólo contestó con monosílabos. Después del almuerzo, Marina y Ariel fueron a hacer unos trámites y él aprovechó para hablar del hermano. Le dijo que lo veía mal, que se notaba que le molestaba su presencia. Marina creía que estaba equivocado, que Pablo se comportaba así porque todavía no había podido acostumbrarse a la ausencia de los padres.

Así pasaron casi dos meses. Se habían acostumbrado a tener sexo de noche. Parecían un matrimonio con hijos. Con un hijo. Cogían sólo cuando se encerraban en la habitación de Marina. Habían trasladado la cama matrimonial, la que había sido de sus padres, a su pieza, que quedó casi sin espacio para moverse. Hubiera sido más fácil cambiarse de habitación, pero Marina no quiso. Si cerraban la puerta, ya quedaban bastante lejos del cuarto de Pablo, que estaba del otro lado del living.

Una madrugada, después de que se apagaran sus gemidos, sintieron un ruido en el living. Prestaron atención, pero no volvieron a sentir nada. Al rato se quedaron dormidos.

Habrían olvidado rápidamente el episodio si no hubieran oído el mismo sonido a la noche siguiente después de haber cogido. Y dos días más tarde, luego del ya habitual ruido del living, sintieron, o

creyeron sentir, un leve, sutil, casi inexistente chirrido de una puerta. La puerta de la habitación de Pablo que se cerraba.

Los fines de semana, Pablo comenzó a irse a casa de sus primos mellizos o a las de sus dos amigos. Sin Pablo, sin la señora de la limpieza, sin el recuerdo presente de los padres, toda la casa de Marina, los fines de semana, era una enorme cama donde coger: la cocina, el living, el baño, el cuarto de planchar..., todas las habitaciones menos la de sus padres, y no había dudas de que Marina se mostraba más excitada que nunca cuando tenían sexo en la cama o en la alfombra del cuarto de Pablo.

Un lunes, tal vez un martes después de un fin de semana largo, Pablo cenó con ellos y habló un poco más de lo habitual. Contó cómo Luz había sido castigada por la tía cuando llegó un sábado a la una de la mañana sin avisar. La tía le había pegado a su hija dos cachetadas y Luz había amenazado con irse de la casa. *¿Adónde te vas a ir con catorce años, malcriada, si no te sabés lavar la bombacha?*, había preguntado a los gritos la tía. *Con Marina*, había sido la respuesta de Luz.

—Luz no sabe lo que dice —fue el único comentario de Marina, y Pablo volvió a su mutismo.

Marina y Ariel fueron al living a ver la tele. Se sentaron en el sillón grande, como siempre, y oyeron cómo Pablo se encerraba en su cuarto y prendía su televisor. Mientras Ariel hacía zapping, Marina murmuró:

—Luz en casa... Lo único que nos falta para que esta casa se convierta en un asilo de parias y escapados.

Marina seguramente no lo pensó, pero Ariel intuyó que esa frase no sólo descalificaba a Luz sino también a él, que se había quedado a vivir allí. ¿Cómo no pensar que ella lo veía como un intruso?

Detuvo el zapping en una película que recién comenzaba. Trabajaban David Duchovny y Brigitte Bako. Parecía —y lo era— una de esas películas de erotismo frígido y aburrido donde lo único admirable eran las generosas tetas de la chica. Marina se había apoyado en el regazo de Ariel y miraba desde allí la tele. Tal vez se estaba aburriendo, o tal vez el cuerpo desnudo de Brigitte Bako o los músculos trabajados de Duchovny la habían excitado, lo cierto

es que giró un poco la cabeza, le bajó la bragueta, buscó la verga y comenzó a chuparle, algo poco usual en ella, que odiaba tragar semen y siempre escupía hasta la última gota. ¿Qué habría pasado si Pablo hubiera aparecido en ese momento y hubiera visto a su hermana lamiendo una verga a la luz del televisor? Ella parecía ajena a todo mientras le pasaba la lengua a lo largo antes de volvérsela a meter en la boca. Ariel no duró mucho: le acabó en la boca y Marina hizo un esfuerzo sobrehumano para no tragar ni escupir ahí mismo. Se puso de pie con los carrillos llenos, los labios apretados y húmedos y una muy delgada gota que corría por una de las comisuras de los labios. Fue tan sólo ponerse de pie, apenas acomodarse la ropa cuando apareció Pablo por la puerta y los miró. Marina le sonrió con la boca cerrada, le guiñó un ojo y salió casi corriendo hacia el baño. Pablo se dirigió a la cocina sin que un solo gesto delatara su estado de ánimo.

En la semana siguiente nada cambió. Tampoco Luz había cumplido con su amenaza de abandonar el hogar paterno. El miércoles Pablo cumplía quince años, y Marina había decidido agasajarlo con una fiesta en la casa. Pablo dejó hacer e invitó a los mellizos, y también a Patricio y a Ronny. Elisa había dejado preparada una torta de chocolate y coco, y Marina había comprado una impresionante cantidad de sándwiches, salchichitas, papas fritas, masas finas, gaseosas, cerveza y sidra.

La música estaba a todo volumen. Cantaba Amy Winehouse mientras los cinco amigos no paraban de comer, tomar y hablar de la banda de rock que podían llegar a armar. Ignoraban a Marina y a Ariel como si fueran empleados que sólo cumplían el deber de llevar y traer platos con sándwiches y salchichitas calientes. Los jóvenes no hablan con los viejos, se dijo Ariel. Al pensar que esos nenitos lo veían como un anciano sólo porque él tenía veinte años le daban ganas de romperles la cara. Sólo los mellizos, cada tanto, le dirigían la palabra. Ariel no podía parar de mirar a Luz, vestida con una minifalda roja de cuero; se perdía en sus larguísimas piernas, el ombligo al natural y la montañita de sus pechos. Pero ni los amigos de Pablo, ni Pablo, ni, por supuesto, el mellizo de Luz parecían notar que había una chica entre ellos.

Marina (la anciana Marina, con sus veinticuatro años a cuestas) también se había vestido para el crimen: tenía un vestido negro con *strapless* y muy corto que apenas le tapaba las ligas rayadas de sus medias de microrred.

Todos, los siete, estaban un poco mareados. Las gaseosas permanecían llenas en la mesa mientras las cervezas bajaban con rapidez, producto de la ansiedad adolescente por tener la primera borrachera. Ariel y Marina también habían bebido mientras picaban algo en la cocina, donde se habían refugiado ante la indiferencia del resto.

En toda la casa sonaba la voz cautivante de Amy repitiendo «You know

I'm

no good», uno de esos temas que dan ganas de bailar y beber cerveza, bailar y besarse. Ariel tomó a Marina por la cintura y le dio un largo beso interrumpido por la voz de Luz, que pedía permiso para entrar en la cocina.

—¿Quedan salchichitas? —preguntó.

—Hay que poner a hervir. Sacalas de la heladera y echalas en la olla que está en el fuego —le indicó Ariel.

Luz pasó por delante de ellos, fue hasta la heladera, separó un paquete entero de salchichas de copetín y las echó a la olla. Ariel le miraba las piernas, el culo, las tetas, esa franja desnuda de la cintura, su carita de nena virgen y no podía evitar querer llevársela a la cama. Marina sin duda notaba que Ariel estaba concentrado en mirar a su prima, y para hacerlo volver a ella le acarició el pelo y la cara. Maquinalmente, Ariel estiró el brazo y le acarició un pecho por encima de la camisa. Luz estaba demasiado atenta a sus salchichitas para darse cuenta de lo que sucedía a un metro de ella. Ariel acercó un poco más el cuerpo de Marina y le pasó una mano por debajo de la minifalda. Recorrió con sus dedos el borde de la liga y con toda la palma de la mano acarició la piel que quedaba libre entre su pierna derecha y el diminuto slip. Los ojos seguían al cuerpo de Luz: hubiera querido tocarlo, sentir su ropa interior en sus manos como ahora sentía la de Marina, penetrarla con sus dedos, morderla. Luz se apoyó en la mesada esperando que hirviera el agua, pero por más que disimulara y mirase los inexistentes

detalles del plato que tenía en una mano, no iba a poder, tal vez, evitar verlos de reojo. Luz, era muy probable, no podía evitar ver cómo se besaban. Luz, seguramente, podía ver sus cuerpos refregándose. Luz debía de estar viendo cómo Ariel le bajaba la parte superior del vestido sin hombros ni corpiño y dejaba al aire las tetas de Marina. Esas tetas que le habían parecido arrogantes y que él había intentado dominar en todos esos meses a fuerza de apretarlas, pellizcarlas, morderlas, chuparlas. Ariel le frotó una teta. Luz veía cómo la otra mano de Ariel bajaba el slip de Marina. Luz escuchaba, por debajo de la voz de Amy Winehouse, la respiración entrecortada de Marina. Luz miraba cómo Marina le bajaba la bragueta, cómo surgía su verga tiesa como Luz nunca había visto. Una verga que Marina acercaba a su sexo mientras Luz contemplaba olvidada del agua que hervía, de la música que sonaba, de los demás que esperaban la comida en el living. Luz miraba y Marina cerraba los ojos para recibir la verga de Ariel.

—¡Putas, putas, putas! —fue el grito que de pronto cubrió todos los sonidos.

Marina y Ariel se separaron. Ariel se sintió ridículo al tratar de guardar en el pantalón la verga erecta. Pablo se abalanzó sobre su hermana e intentó golpearla, pero los otros chicos habían salido corriendo hacia la cocina con el primer grito y lo detuvieron. Marina y Luz lloraban.

Nadie probó la torta de cumpleaños. Pablo se encerró en su cuarto y gritó que no quería hablar con nadie. Marina convenció a los amigos de su hermano de que era mejor que se fueran. Los chicos obedecieron y se despidieron de ellos dos cabizbajos, como dándoles el pésame.

—Va a ser mejor por esta noche que te vayas —le dijo Marina a Ariel.

A él le pareció una estupidez, pero se puso la campera y se fue a un bar con billares hasta que empezaron a subir las sillas sobre las mesas y a lavar el piso. Eran las cuatro de la mañana. En la calle hacía frío. Caminó sin rumbo durante más de una hora hasta que se sentó en el banco de una plaza. Ya había amanecido y comenzó a sentir que se le helaban los huesos. Ahí sentado, sin nada que hacer,

sin lugar donde ir, se dio cuenta de su situación. De cómo en esos meses Marina, su casa, sus actividades, habían ido ocupando su vida. Él, antes, no había necesitado nada de eso, pero ahora le era imprescindible. Porque hasta el momento de la muerte de los padres, Ariel podía seguir su vida como hasta entonces: con o sin Marina, con o sin trabajo, yendo de acá para allá o quedándose siempre en el mismo lugar. Pero ahora no. Siempre había pensado que, de alguna manera, había ocupado la casa de Marina, que se había apoderado de su mundo. No era así. Ella le había dado todo y ahora él necesitaba no perder lo que ella le había dado.

Eran alrededor de las nueve de la mañana cuando volvió a la casa. Marina estaba sola en la cocina tomando un café. Le sirvió una taza. Dos detalles lo enfurecieron: Marina tenía el pelo mojado, se había bañado y cambiado. También había limpiado el living y la cocina, como si así pudiera borrar las huellas de la noche. Dijo lo que él sabía que ella iba a decir:

—Hablé con Pablo..., está mejor. Me pidió que no te quedes a vivir con nosotros. Quiere que te vayas.

—¿Y vos? —preguntó, aunque ya sabía la respuesta.

—Va a ser mejor que no nos veamos más. No podemos seguir —y añadió—: Pero no es necesario que te vayas ahora a la mañana. Yo tengo una clase a las diez pero vuelvo a la una. Si querés te ayudo con tus cosas.

¿Sus cosas? ¿No sabía Marina que no tenía nada? Al menos sabía que no tenía plata, porque antes de irse a la facultad puso sobre la mesa unos billetes, lo suficiente para un par de semanas. Marina lo indemnizaba. Lo despedía como novio y lo indemnizaba. ¿No resultaba todo demasiado estúpido?

Fue a sentarse al sillón del living y como un autómata prendió el televisor. Tenía la sensación de que no había pasado ni una noche desde la muerte de los padres de Marina. Como si todo no hubiera sido más que un sueño y al volver a la realidad se encontraba con que no tenía nada de lo que había imaginado. Pablo lo había hecho todo bien. Seguramente lo había planeado desde el día que descubrió que se iba a quedar a vivir con ellos. Pablo supo cómo separarlos. Todo formaba parte de su plan para terminar con él. Habían sido enemigos y recién ahora lo descubría.

En ese momento Pablo salió de su habitación hacia la cocina o el baño. Lo vio sentado y no le dijo nada. Fue Ariel el que se acercó y le gritó como un loco:

—Mirá, pendejo. Vos no me vas a separar de tu hermana. ¿Entendiste, pelotudo?

Si se hubiese asustado, si hubiera demostrado temor o enojo y se hubiera puesto también a gritar, a pedir por su hermana o insultarlo... Pero no, lo miró como si los dos estuvieran en planetas distintos, como si hablaran lenguas incomprensibles para el otro. En un tono que le pareció de indiferencia, pero que en realidad era como un ruego, le pidió:

—Déjame pasar, déjame en paz. Andate, dejanos tranquilos.

Ariel lo empujó. Le dio un cachetazo. Pablo se tambaleó. Luego Ariel le arrojó una trompada con tal furia que le erró a la cara y le pegó casi en la nuca. Pablo se cayó al suelo. Ariel le gritaba: *Tu hermana es mía, ¿entendés?* Le pegó una patada. Pablo se arrastró un metro o dos. Le iba a pegar otra vez cuando vio que Pablo sangraba por la nariz. Ahí mismo Ariel se arrepintió de haberlo golpeado. Se tiró sobre el sillón. Pablo se puso de pie.

—Ya vas a ver —le dijo con la cara llena de sangre y se metió en la habitación de los padres.

Ariel se había quedado sin fuerzas para nada. Pablo, pensaba, había ido a buscar un revólver. El padre debía guardar un arma en el ropero. Pablo lo sabía e iba a matarlo. Le iba a disparar y a herir, y esa actitud asesina haría que Marina no sólo le perdonara los golpes contra su hermano sino que también despertaría su compasión y reviviría su amor hacia él. Deseaba verlo llegar a Pablo, que le apuntara al corazón y le hiciera un agujero en el estómago de un disparo. Nada deseaba más en ese momento que una buena bala.

Pablo debía haberse caído de una silla (¿el arma estaría guardada sobre el ropero?), porque Ariel sintió un grito apagado y una silla que rebotaba contra el piso. Decidió apurar el trámite e ir en busca del disparo que lo redimiera ante Marina. Fue a la pieza de los padres. Ahí estaba Pablo: el hijo de puta se había ahorcado con su propio cinturón. Se había sacado los zapatos, el pantalón, había atado una punta del cinto a la lámpara, había hecho un nudo

corredizo en la otra y se había ahorcado. Quedaba ridículo ahí colgado con la piernas flaquitas tiesas en el aire.

Mientras lo descolgaba y lo apoyaba sobre la cama, sin preocuparse por las huellas que estaba dejando y que la maldita policía iba a usar en su contra, pensaba qué bueno hubiera sido que Pablo se hubiera matado antes de que él lo golpeará, que se hubiera matado unos días antes, antes de todo lo ocurrido. Porque así Marina se habría apoyado en él para sobrellevar el dolor. Él se habría quedado con ella en su casa, haciéndola olvidar tantas muertes. Habrían vivido juntos. Habrían tenido sexo siempre, sin preocuparse por nada. Y habrían sido muy felices.

Por el camino del río

Clara Navales

Para R. S., al otro lado de la sierra

Era el año de los milagros, eso al menos decían todos, y mientras subía la cuesta imaginó que al otro lado de la sierra, en la costa en la que siempre soñaba, los barcos que salían a faenar sacaban de sus redes objetos extrañísimos, parecidos a escafandras muy antiguas y verdes de herrín, de los que nadie sabía su uso. Era el año de los milagros, y tierra adentro se hablaba de agüeros, de señales, aunque él sólo veía que, mes a mes, la sequía agostaba los campos, cubría el pueblo con un polvo gris de regusto acerbo. También en su casa decían que todo, poco a poco, iba a mejor. «Este año la huerta está dando más tomates», decían, «este año tu hermano ha pegado un estirón», «este año, tu padre», repetía su madre, machacona, «parece que respira más hondo, airea más», aunque los tomates eran muy chicos, su hermano crecía pero se le veía escuchimizado, y su padre exhalaba un hálito inaudible, cada vez más lento.

Pero aquella tarde de julio, de regreso del taller, era su cumpleaños y no quería pensar en esas cosas. Ni en los problemas con el casero. Tampoco en la sierra, tan alta que parecía a punto de desplomarse sobre él. Para quitarse de encima esa tristeza que pesaba quintales, en vez de sentarse a estudiar, le dijo a su hermano que se iban al río, y los ojos negrísimos del niño se iluminaron. Cruzaron el pueblo casi desierto, pasaron el naranjal, la quebrada, y llegaron al río, donde botaron los barcos pirata. Mientras el

hermano se entretenía dirigiendo hasta un recodo, con varas, aquellos barquitos que él le construía con listas de madera birladas de otras leñeras, le contó, como tantas otras tardes, que un día él capitanearía un barco como éstos —el hermano se pidió ser el pirata del parche y el loro—, y juntos recorrerían mares lejanos, abordarían bergantines, rescatarían a una princesa bellísima, de ojos verdes, envuelta en muchos velos, y de regreso, mientras recordaban las aventuras, contemplarían embobados el botín: montañas de perlas, sables y pistoletas, cofres a rebosar de oro. Entre los tesoros él añadía catalejos, astrolabios, para que su hermano preguntara qué eran; entonces él se lo explicaba con detalle, y lo que no sabía, se lo inventaba. Pero esa tarde su hermano no preguntaba, y él se fue quedando callado. Tiempo atrás, también le contaba que ahora, como ya no quedaban veleros de éstos, y mucho menos piratas, si uno quería capitanear su propio barco, uno moderno, o aprender a construirlos, tenía que hacer alguna carrera, ingeniería o algo así, y que para eso había que estudiar mucho, que todo era cuestión de codos, que si uno se empeñaba lo conseguía. Pero ahora callaba, no le salían las palabras. No veía cómo decirle que, a veces, por mucho que uno se empeñe, no consigue lo que quiere. No, eso no podía decírselo; eso, uno lo masca, a palo seco, y se lo traga.

Lo sacó de sus cavilaciones un barquito que a su hermano se le escapaba corriente abajo, y al fijarse en el cauce tan menguado comprendió que, aquel año que la gente decía que sería tan bueno, incluso el río, ese mar estrecho y sin mareas, se secaría. Aquí todo se encogía, se mustiaba. Todo menos Irene, su princesa de ojos verdes. Pensar en ella era lo único que le alegraba.

A la vuelta, el pueblo había despertado. Solían evitar la farmacia, en la que debían ya un monto considerable, pero esa tarde no se veía con ánimos de dar un rodeo. Para colmo, el farmacéutico charlaba en el umbral de la farmacia con un vecino, pero cuando el hombre alzó la cabeza, él lo saludó muy serio, el mentón alto, casi altivo. Esa pequeña osadía le animó; algo en él había cambiado, o quizá sólo había estado dormido.

Al enfilarse la cuesta vio bajar en su dirección a un grupillo de antiguos compañeros. Desde que trabajaba y sólo se examinaba de

cuando en cuando por libre, apenas le dirigían la palabra. Deseó que, en vez de ellos, fuera Irene la que se acercara. Si se la encontraba de sopetón, al doblar una esquina, o si la veía venir de lejos, las sienes empezaban a palparle. Sin embargo, cuando llegaba a su altura, él, incapaz de sostenerle la mirada, la desviaba hasta su cuello, hasta un trozo de su brazo, hacia su tobillo; y con la vista fija en el cuello, en el fragmento de piel del brazo, alelado, musitaba un «hola» y la veía alejarse, o mejor dicho, veía alejarse su nuca, su hombro, su tobillo. Eso, sólo verla, casi le bastaba.

Lo que ahora veía, sin embargo, era a sus antiguos compañeros, que bajaban bromeando, y de pronto, cuando ya los había dejado atrás, oyó que se burlaban de su camisa recosida. No se lo pensó. Se volvió, los llamó y les soltó que a ver si se atrevían a decírselo a la cara. Tampoco se lo pensó cuando uno de ellos soltó una risita y él, sin esperar más, se le echó encima. Ni cuando, ya enzarzados, le daba con todas sus fuerzas hasta propinarle el derechazo que lo derrumbó. Pero cuando vio al otro en el suelo, rodeado de sus amigos, sangrando del pómulo y jurándole que ya se las vería con quien ya sabía, comprendió que se había metido en un lío. Entonces cogió a su hermano y se fueron a casa.

Corría el mes de agosto y en el pueblo todo estaba remansado. Pero no dentro de él. «Este chico», decían en casa, «está y no está. A saber qué le tiene tan sorbidos los sesos». Y por las tardes, sentado a la mesa, olvidado de los libros, ocioso, contemplaba por la ventana el horizonte de campos ocre y cielo despejado. Allí, si fijaba la vista, comenzaba entonces como un aleteo, unas motas blancas que poco a poco ascendían, se compactaban y se arremolinaban hasta convertirse en nubarrones cargados, ocultando el sol por completo. Y estallaba la tormenta: el recuerdo de la pelea, el pasmo por la rapidez con que lo habían hecho a un lado, la añoranza de lo que habían compartido. Y por su mente desfilaban, como una manada de reses desatadas, la algarabía de los recreos, los nervios antes de los finales, los cigarros en lo más alejado del patio, y, después, lo que con toda naturalidad había seguido a eso: la jarana que organizaban en el cine del pueblo de al lado; el quitarse el frío a base de porrazos; la emoción de aquel hurto sin sentido; las noches

al raso cuando, como ellos decían, «se tiraban al monte»; las competiciones por ver quién se emborrachaba más, por quién, idiotamente, la hacía más gorda; los ritos inconfesables que al final siempre acababan confesándose; los besuqueos, los avances con chicas oscuras en lugares aún más oscuros, llevados todos por una ansia torpe pero firme, para nada oscura, al contrario, muy clara, que guiaba sus manos por el menor resquicio para recorrer grupas, corvas, llanos, para sobar pechos y lo que allí encontraran, para amasar muslos, insistir, entreabrirlos, hurgar en los límites, traspasarlos, y tantear, apretar, explorar, al fin, volúmenes, canales, al fin, culos, rajas, con los que después, a solas, alimentaban aquel apetito jamás saciado.

Y él, el muy iluso, que había creído que todas esas cosas unen para siempre... Los odiaba. Los odiaba por eso, y por el miedo que le habían metido en el alma.

Y noche tras noche, desde el día de su cumpleaños, esperando que de un momento a otro la amenaza se cumpliera, le había dado vueltas. Hasta que supo qué hacer, y dijo adiós a su mar de piratas y tesoros, de barcos modernos y de ingenierías. Y un día, cuando caían las sombras, miró encorajinado la sierra, que se erguía como desafiándole por detrás del campanario, y se dijo que no habría otra noche en vela, otra noche mano a mano con la incertidumbre.

Mientras se dirigía a donde el casero, del miedo ya no quedaba ni rastro. Pensaba a ratos en Irene, esa chica hosca, rarita, decían algunos, de andares pausados, tez muy blanca y ojos verdes como la aceituna. Pensaba con rabia en la timidez, o no sabía qué, que de pronto, desde hacía bien poco, en realidad desde que dejaron de ser unos críos, le impedía no ya tocarla, sino tan sólo acercarse a ella, hablarle, abordarla. Ya estaba ante el portalón. Llamó a golpes, dispuesto a enfrentarse con lo que debió haber arreglado hacía tiempo. Mientras esperaba a que le abrieran, tuvo la impresión de que, si miraba por encima de su hombro, vería a su familia agolpada detrás de él, su hermano delante de todos, alentándolo y, al mismo tiempo, asustados, recelosos, igual que en la fotografía cuarteada que colgaba encima del aparador. No se amilanó. Cuando entró y con aquel malcarado cerró el trato que de una vez por todas desvanecía las cuitas de su madre y las amenazas, pero que

posponía sus planes al menos por unos años, que lo obligaba a trabajar más horas, sintió sólo cierto alivio, y en la boca, una acritud seca, como si le hubiera entrado ese polvo que se depositaba encima de todo ese verano.

En la noche cerrada, regresaba a zancadas hacia casa, desasosegado, como si, para quedarse en paz, necesitara aún repartir unos cuantos golpes, hacer alguna locura. Para tranquilizarse, se dijo que el mundo no se acababa ahí, que había otras cosas, por fuerza tenía que haberlas, y lo primero que se le ocurrió fue la nuca de Irene, con su pelusilla en el centro cuando se apartaba el pelo. Si se la encontraba, fantaseó, si ahora, por una de éstas, se cruzaba con ella... Todavía podía desviarse un poco, pasar cerca de su casa.

Para allá se iba cuando, tras atravesar la plaza y torcer por un callejón, la vio. Tanto le latieron las sienes que a duras penas logró refrenar el paso. El aire se adensó mientras pensaba que quizá, quizá, sí iba a ser el año de los milagros. Y esta vez no podía fallar, esta vez le diría algo. La esperó, no desvió la mirada. Nervioso, se dio cuenta de que iba directa hacia él. Irene, en efecto, se paró y le dijo, la cabeza gacha: «Me dijeron que te peleaste con uno de tu clase, bueno, de tu...». El iba a replicar algo cuando ella alzó la cara y le miró, y él empezó a ver en sus ojos verdes cosas que nunca, en ningún sitio, había visto. Esos ojos, en un lenguaje que no había tenido que esforzarse por aprender, esos ojos le sonreían, le decían que sí, que ella también, sí. Y no pareció sorprendida cuando, en un arranque, él la cogió de la mano y le dijo «vamos». Y de la mano la llevó, pasadas las últimas casas, por el camino del río. Sentía un mareo que lo volvía ligero, que agrandaba las piedras que pisaba y el cricrí de los grillos. La miraba con el rabillo del ojo, y cada vez que el tirante del vestido se le caía y descubría el hombro, se hubiera parado para morderlo.

Al llegar al naranjal, la sangre le bullía, un latigazo le espoleaba cada vez más abajo, más adentro. La atrajo hacia él. La abrazó con fuerza, apretando sus caderas a las de ella. Le buscó la boca con desespero, abriéndole los labios con la lengua, y, buscando, sus manos se embalaron hombros abajo por encima del vestido, se detuvieron en la cintura, dudaron, y empezó a besarle el cuello, a

mordisquearlo, a rodear con sus piernas uno de sus muslos, a subir con las manos por sus costillas para palparle los pechos a través de la ropa, buscando, buscando no sabía qué, por dónde empezar, tantas trabas y velos, y, aturdido, se refugió en la nuca, esa nuca con su pelusilla que tan bien conocía. En ese momento notó que ella, lentamente, le acariciaba el pelo.

Oyó que susurraba. Se inclinó para acercar el oído a su boca y el aliento de ella le cosquilleó en la oreja. Irene hablaba del río. «El río, ¿lo oyes?», decía ella mientras le besaba un labio, lo rozaba, se apartaba, volvía a besarlo, al tiempo que le daba vueltas a un botón de su camisa, se lo desabrochaba y con una mano le acariciaba el costado. Sintió por primera vez el tacto cálido de su mano, mientras recordaba las tardes de calor, la poza. El río, no lo oía. «Cuando nos bañábamos, ¿te acuerdas?», decía ella, y le besaba el otro labio, y volvía a apartarse, enervándolo, para besarle después la boca entera. No le veía los ojos, sólo la boca, carnosa como una fruta abierta, que le hablaba y le besaba. Y de repente, como un fogonazo, volvieron los trajes de baño, el olor a limo, las madres de los críos más pequeños en la orilla, todo el mundo alborotando, chillando, los cuerpos al sol, centelleantes, chapoteando en el agua. «Sí, claro que me acuerdo», dijo él, y la voz le salió ronca. Ellos dos nadando alejados, cada uno en una punta, atisbándose por encima del bullicio. «No podía dejar de mirarte», murmuró él, y notó que se soltaba, que le volvían las palabras, y, con las palabras, la imagen de ellos dos desoyendo las llamadas de los demás, esquivándolos, siguiendo las evoluciones del otro, las distancias cada vez más cortas, «el agua te resbalaba por la espalda, el pelo se te pegaba a los hombros». Ella se apartó, se cogió el vestido por los bajos, se lo subió por la cintura hasta quitárselo, y se echó sobre la ropa, todavía con las bragas, tapándose los pechos, de pronto pudorosa. «Luego te acercabas y decías muy bajito, asustada, para que no te oyeran, “ven”, y jugabas a escurrirte», dijo mientras se arrodillaba y, conteniendo la impaciencia, le apartaba los brazos, descubría sus pechos blanquísimos. Los rozó con suavidad, erizándolos, y después descendió, rodeó el ombligo y le fue bajando, centímetro a centímetro, las bragas. Recorrió el pubis, lo acarició con una calma que le dolía. «Yo te seguía», dijo, y contempló a Irene, a esa Irene

recuperada y nueva, que le devolvía al menos un pedazo de sí mismo, reconciliándolo con algo intuido vagamente, «y me lanzaba detrás de ti»: y era el perseguirse, el nadar muy juntos, el deslizarse el uno debajo del otro, el contemplarse distorsionados bajo el agua, el rozarse como por descuido, el deseo a flor de piel, disuelto en los miles de gotas de agua, que los envolvía, los atraía sin remedio. «Te deseaba tanto», le dijo casi sin aliento; «soñaba que te alcanzaba, que por fin te atrapaba». Se inclinó para besarle los pechos, dulces, jugosos, que temblaban y se hinchaban. La sujetó luego por las caderas y aspiró su olor, allí tan intenso. Las manos de Irene le apremiaban contra ella. Se irguió; la abrazó, la estrechó, y cuando penetró, tuvo la impresión de que, pegados por fin, fundidos, se sumergían en unas aguas densas, submarinas. Y comenzó entonces el entrelazarse de los cuerpos, el descubrirse, asombrados, el acompasarse, el no saber quién sentía, quién gemía, quién gozaba, el deseo que los arrastraba, en medio de la noche, cada vez más lejos de la orilla. Hasta que le palparon muy fuerte las sienes y, aferrado a ella, con los ojos muy abiertos, pero ciego, se desbordó. Al despertar, una claridad se insinuaba en el cielo. Sintió una emoción dulce, apacible. Hacía fresco, y se apretó más contra ella.

Real Dolly

Juan Bonilla

Seguro que todos ustedes tienen una opinión ya hecha sobre el asunto Marlene Moureau. Seguro que muchos piensan que se ha inventado todo eso del secuestro para ir a las televisiones y recuperar un poco de la fama que una vez tuvo. Muchas cosas sin explicar, sin duda: si fue víctima de un secuestro express, ¿cómo es que nadie pidió rescate?, si la secuestraron unos fans sólo para estar un rato con ella, ¿para qué iban a noquearla y dejarla abandonada en un parking? Muy raro todo, estoy de acuerdo. Pero aquí tienen, no otra versión de los hechos, sino la real. Me la quiero sacar de encima porque no sé qué va a ser de mí después de esta noche.

Resulta que vimos a una nena maravillosa que se ganaba la vida presentando uno de esos programas de noticias que tergiversan la realidad y montan sonidos falsos sobre imágenes verdaderas para reírse un poco de todo. La nena fulguraba en un club de baile, y Sandy me dijo: ¿sabes quién es? Y yo asentí. Y él: ¿te apetece follártela? Qué dices, le dije. Yo sé dónde podemos, me dijo. Y por qué no, al fin y al cabo era mi cumpleaños y nadie me había hecho ningún regalo, y pensé, siempre hay una primera vez para todo, un primer cumpleaños en el que no recibes ningún regalo si no te lo haces tú mismo, una primera visita al burdel. Así que vamos. Un pequeño chalet estacionado en una colonia racionalista de los años treinta, en el que treinta muñecas hiperreales aguardaban que eligieras alguna de ellas para llevarte a uno de esos lugares en los que, por arte de magia, el alma se te sale del cuerpo convirtiéndose

en una especie de escudo del cuerpo, protegiéndote la piel. Todas eran dobles perfectas de hembras famosas y actuales —las hembras legendarias del cine no tenían demasiada clientela: la necrofilia sigue siendo un placer minoritario, y nadie quería hundirse entre los muslos de Marilyn Monroe ni de la Raquel Welch de los buenos tiempos, hace un millón de años. Presentadoras de televisión, actrices, cantantes, atletas, modelos. No importa que su destino cantado fuera el minucioso olvido y que en diez o quince años nadie las recordara: en el presente formaban la cohorte regia de las más deseadas, y todas vendían su alma por un plato de lentejas. Pero las muñecas también envejecían: ése debía de ser el lema secreto del burdel para retirar a alguna de sus chicas del mercado cuando la mujer a la que copiaba era expulsada de las páginas de actualidad. Era caro pasar un rato con cualquiera de ellas, pero merecía la pena: cuatrocientos euros la sesión, sí, pero salías de allí como si la imposición de una mano de gurú en tu pecho hubiera conseguido despertar el ave milagrosa de kundalini en tu interior. ¿Por quién me decantaría? Si una cantante, me apetecía hincarle el diente a la rubia Britney Spears, si deportista, a la explosiva tenista negra Venus Williams, una de las pocas que no sería olvidada con el paso del tiempo. Todas ellas eran asombrosamente humanas, y estaban hechas de silicona, látex y vinilo, con un esqueleto de metal, y sensores estratégicamente enterrados en sus cuerpos para que reaccionaran a los estímulos del usuario. Pero describirlas como criaturas de látex, vinilo y silicona, con un esqueleto de metal extraordinariamente preciso que permitía que se mantuvieran en pie o adoptasen y mantuviesen cualquier postura, resulta tan pobre como afirmar que el amor de nuestra vida es un conjunto asombrosamente diseñado de piel, glóbulos rojos, huesos, oxígeno, un viejo idioma agonizante en el que ya se ha dicho todo lo que importaba, un gusto exquisito por los zapatos, un curriculum —cuánto nos duele— de amantes que no eran más que los atletas de un triunfal equipo de relevos que se sucedieron —unos más raudos que otros— para que la amada llegase a nuestras manos. Eran algo más que eso. Y estaban dotadas de unos sensores reglados por un ingenio situado en algún punto de su interior que las capacitaban para, activando los circuitos adecuados —sus terminaciones

nerviosas—, responder a los estímulos de sus usuarios, adivinar sus necesidades, mover las caderas con la velocidad precisa, apretar los glúteos o, colmo de la eficacia, emitir distintos tipos de gemidos cuando intuyesen, por la temperatura de quien las utilizaba y la agitación de su respiración, que se acercaban a la cima.

Vayamos pues, ahora que la noche se tiende sobre el cielo como un paciente anestesiado en la cama de su verdadero amor.

La sala donde nos atendió una mujer de unos cincuenta años de exquisitos modales que no pareció reconocer a Sandy porque nos preguntó quién nos había hablado de aquella casa, era aséptica como la de la consulta de un dentista. Hilo musicalmo, paredes blancas sólo interrumpidas por los parques de abstracciones de unos garabatos enmarcados con mucho paspartout. Para echar un vistazo al catálogo había que pagar cincuenta euros, y Sandy sacó un billete —me dedicó un guiño y dijo: es tu cumpleaños, no me he olvidado, yo pago el vistazo— y lo entregó, y la mujer, después de preguntarnos si nos apetecía tomar alguna bebida, a sabiendas de que la boca se nos haría agua en cuanto pasásemos las páginas de la oferta, nos dejó a solas con el catálogo, del tamaño de una revista dominical, encima de la mesa de cristal, junto a una campanilla que debíamos tocar cuando hubiésemos alcanzado la cumbre de una decisión. ¿Quieres echar un vistazo o vas directo por la presentadora del bar?, me preguntó Sandy, para luego advertirme: yo también la voy a escoger a ella. Un homenaje a trois, ¿eso es lo que tienes en la cabeza?, déjame ver el índice onomástico por lo menos, respondí yo, nada tenso, haciéndome efecto la bolita de mascarar que me había dado Sandy para ponerme a tono con la experiencia mística a la que me arrimaba, después de que pasáramos por un cajero. Y pregunté: ¿tú lo tienes claro, de verdad? Sin duda, me dijo, me apetece la Pocahontas de la tele, a ti te da lo mismo, la primera vez lo flipas igual con una que con otra, pero si quieres un consejo, mira esto, y como si el lomo del ejemplar del catálogo estuviera vencido de tanto abrirse por la misma página, Sandy encontró lo que buscaba. Valquieresón. La dama que ocupaba la página, con sus trenzas, sus gafitas de azafata de teleconcurso para toda la familia, sus tetitas al aire, cada una una cúpula coronada por su pezón, sweet home, y esa sonrisa y luego el

vestidito... Detén la descripción traicionera. Sería mejor que vieran la foto, pero no puede ser, no tenemos los derechos. La muñeca que ocupaba aquella página era la vedette a saber, Marlene Moureau:

—Esto es una foto de ella, la de verdad —titubeé yo, y enseguida cogí el catálogo y empecé a revisar las fotos de las demás. Me parecía un truco muy poco digno imprimir fotos de las personas clonadas en látex y silicona, todas en vivas posturas lascivas, pero Sandy me dijo: no seas necio, son fotos de las muñecas, así son. Y abrió la página donde se ofrecía a Pocahontas, y también parecía una foto de revista de desnudos.

Al final del catálogo había una serie de imágenes de vestuarios que el cliente podía elegir, podías escoger por ejemplo a Britney Spears vestida de criada, a Miss Mundo en plan sadomaso, o a cualquiera de las muñecas ofertadas disfrazada de cualquiera de las posibilidades que te ofrecían. Sí, bueno, dije desconfiado, ya me convenceré cuando llegue la hora et labora de la verdad: pero elijo a Marlene, claro que sí, ¿se le dará bien el francés?, y la quiero con este bikini carioca y me la tiro porque me toca. Sandy hizo sonar la campanilla para enterar a la señora de nuestra elección magistral. Muy buen gusto, ambos, opinó la dueña. Y se me olvidó pedir el bikini, pero daba igual.

En unos minutos estarán listas las chicas, dijo y me gustó que se refiriera a ellas como si fueran reales (entiéndanme, reales eran, claro, quiero decir, de carne y hueso). ¿Quieren algo de beber? Dijimos que no al unísono. Ella recitó un precio y Sandy y yo echamos mano de nuestras carteras —en sitios así mejor no utilices la Visa, te aviso— y entregamos los billetes necesarios a la dueña, que se marchó con un: en unos minutos estarán listas vuestras chicas. Le pregunté a Sandy por qué Pocahontas, a lo que me respondió con un simple: hoy no tengo ganas de echar a trabajar la imaginación. ¿Cómo así? La imagen aún reciente de la muchacha bella en el bar le facilitaba el trabajo a la fantasía de Sandy, sólo tenía que pegar dos fotogramas con una elipsis: una noche en el bar coincide con una muchacha, y en el plano siguiente ya están en la habitación de un hotel. No la toques ya más, que así es la cosa.

La habitación en la que entré precedido por mi sombra, más impaciente que yo, no era amplia, y estaba iluminada lo suficiente

como para que apenas se apreciara el ser —o la nada— que me aguardaba sentado y sonriente y tal y como lo había visto en la foto del catálogo, el cuerpo del deleite, salvo por el detalle del rotulador, que no estaba allí conectando sus dientes y sus dedos. En la habitación el hilo de la música era menos tenue que en la sala de espera: la luz me supo a helado de vainilla. Había una ventana que daba al jardín trasero del chalet por donde entraba el hemofílico lengüetazo de una farola. Hola, dijo la muñeca cuando corrí las cortinas. Alguien debía controlar mis reacciones con un mando a distancia (seguro que han tenido esa sensación, quedas congelado porque un dedo ignoto aprieta el botón de pausa) porque me quedé allí, quizá boquiabierto, todo ojos (*i am eye*, ay), mirando a Marlene que me sonreía y me miraba como si dentro de ella hubiera alguien. ¿Había alguien? Pensé que era de carne y hueso, quiero decir, que el truco estaba en hacer creer a los clientes que las muñecas eran de látex y silicona y lo que quiera que se empleara en su fabricación, pero en realidad te las tenías con una hembra de verdad, todo lo parecida que se pudiera a la estrella mediática que fuera. Pero una sola palabra suya no bastaba para sonarme, era muy poco para confirmar esta hipótesis. El dedo ignoto se apiadó de mí y volvió a darle al botón de play, así que me acerqué a Marlene, que seguía con aquella postura relajada, tetitas deliciosas al aire, gafitas redondas, piernas abiertas de mar en mar. De repente movió uno de los lánguidos brazos tan deliciosamente torneados y llevó dos dedos a uno de sus pezones donde posó las yemas de los dedos mientras su sonrisa se hacía más picara. Y sus ojos no dejaban de clavarme aquella mirada. Y giró un poco la cabeza cuando yo di la vuelta observándola, aun tan pudiinmundo, aunque ya con cierta flama flamenca calentándome el pecho. Del otro lado de la pared me llegaron unos gemidos: no de un cliente, sino de una de las muñecas, tal vez de Pocahontas, ya cabalgada por su John Smith camino del coitocircuito. Me intrigaba demasiado cómo podía funcionar aquella máquina como para no preguntármelo sin dejarme absorber aún por su espléndida belleza, así que le toqué un muslo con mano de masajista que aprieta el punto donde su paciente le ha señalado una molestia. Luego el masajista empezó a propasarse y el tacto de aquella piel era suave fénix, hizo brotar de

las cenizas de mi perplejidad el ya indomable deseo: la mano transmitió órdenes a la boca que quiso morder la carne ofrecida, aunque no fuera carne, y acerqué la cara al muslo para mordiolisquearla, y ella, con un gemidito, me obligó a seguir un poco hacia arriba, las manos ya buscando bajo su espalda para encontrar las musculosas nalgas. Olía a fragancia de rosas, y mi cara bajó a su coño sin que las manos dejaran de dejar huellas digitales en sus glúteos, y su coño olía a coño delicioso y juvenil, y hasta se humedeció un poco, jalea harta es, y allí mi boca dijo ego te absorbo, y sus gemidos se multiexplicaron, entre uno y otro gemido intercalaba sí sí, emperatriz, y, no sé si por probar su resistencia, mordí la vulva, cosa que no recomiendan las páginas de sexo de las revistas dominicales en reportajes titulados Cómo satisfacer a tu pareja o Cómo practicar el cunnilingus, gran idioma. Y la muñeca se quejó, soltó un ay tan humano que me asusté y dije, hasta aquí hemos llagado, y pedí perdón y la obedecí cuando, girada su cabeza hacia la mía entre sus muslos, dictó: sigue. Así que sí, seguí practicando la lengua mientras me desabroché los pantalones, y vi que ella giraba de nuevo su cabeza hacia el techo, los brazos extendidos hacia atrás ahora como si fueran alas, hasta que —tal vez estaba programada para percibir en la temperatura del rostro enterrado entre sus piernas que había llegado el momento de cambiar de postura— dijo: llévame a la cama. La voz, con acento francés, era lo menos humano de la muñeca. La llevé a la cama, su peso no era humano, y eso, que fuera tan ligera, por alguna razón, me lastimó. Un pequeño peso para el hombre, pero un gran peso para la humanidad. Ya no había marcha atrás ni coitus incorruptus, sobre todo porque cuando me dispuse a penetrarla, su voz me ordenó: ponte condón. ¿Temía quedar embarazada o era una cuestión de higiene? Había condones en la mesita de noche, y para darle más realismo a todo un ejemplar de una novela de Ken Follet, buen apellido para lo que se acercaba. Condontiero fui, pues, la besé en la boca, busqué su lengua, estrujé sus pechos. Y le di la vuelta, cuatro patas pueden más que dos. En su espalda traté de arañar su piel ilusoria, y quedaron marcadas unas rayas, y otra vez me sobrevino la conficción de que era una hembra de verdad haciéndose pasar por muñeca. Era Dolly cuando firmaba su entrada

en el burdel. Era doliente después cuando despertaba por la mañana tratando de olvidarse de lo que había tenido que hacer de noche.

Me zambullí en ella como si en efecto dentro de ese cuerpo de muñeca que con movimientos exactos se acompasaba a los míos, hubiera alguien ahogándose, alguien que sacaba el brazo por encima de la piel erizada del mar, y gritara Hell o quizá sólo Helio. Cerré los ojos para verla mejor. Y nadé, nadé, hacia esa voz que se desahogaba, nadé a sabiendas de que cuando alcanzara el brazo, yo también me estaría ahogando ya sin poder volver a la orilla, a sabiendas de que el brazo que se agitaba allí entre las olas del mar lento de Marlene, era mi propio brazo en señal de socorro, me corro.

¿Y luego? Cómo se abandona un cuarto —de hora— compartido con un perfecto dibujo animado. Un beso en la frente para buscar el premio de afectos especiales, sería exagerado. Un volveremos a vernos, incurrir en mera astrología. No mirar atrás, imposible el ademán. Sujeté sus mejillas y la miré a los ojos: mi rostro se reflejaba deformado en sus pupilas gustativas. ¿Quién eres?, le pregunté en un susurro, cediendo al petrarquiado que triunfaba en las estanterías de poesía, con un no sé qué estrangulándome el alma, que había pasado de residir en la base de mi pubis a la sala de rehabilitación ubicada en mi nuca digas nunca jamás. ¿Te ha gastado lo que te he hecho?, preguntó, o eso entendí, en su mecanizado español afrancesado. Vuelve a verme, me sugirió. Y cerró los ojos: cerrojos. Como si durmiera y yo hubiese vuelto, después de mi breve temporada de príncipe, a ser un sapolíneo hombre vulgar.

Ni siquiera me quedé a esperar a Sandy, trastornado como estaba. Aquella primera vez salí del burdel de muñecas con un agujero en el alma y el cuerpo satisfecho como si acabara de aprender las primeras lecciones para dominar el arte de flotar. Me sentía raro, pero supe reconocer que esa extrañeza procedía de la plenitud que me embargaba y no de la vergüenza de pedirme a mí mismo explicaciones para que justificaran lo que acababa de hacer. Tal vez ello me empujó a reconocer en el pasado unas cuantas viñetas que demostraban que, desde antiguo, había padecido siempre cierta propensión a quedar fascinado por los maniqués y

las muñecas.

¿Cómo guardarme de aquellas tardes gastadas en el cuarto de mi hermana, observándola mientras mantenía conversaciones con sus muñecas? ¿Y no me recordaba nítidamente a mí mismo, adolescentauro con las manos en los bolsillos, mirando hechizado a los maniqués de las tiendas de ropas de la Calle Serrano, sobre todo cuando se acercaba el verano y empezaban a lucir coloridos bañadores y bikinis que publicaban sus vertiginosas curvas? ¿Y aquella vez en el cine que sentí un vértigo nuevo cuando, viendo Marnie la Ladrona, Sean Connery despoja a Tippi Hedren de su blusa y ésta, absolutamente aterrada, se petrifica, con los ojos muy abiertos, convertida en estatua, en muñeca, en autómata, mientras el hombre se sacia en ella?

Pisando charcos de luz de farola, imaginaba a Marlene en el cuarto, esperando al siguiente, y la imaginaba dándose una ducha libre o mejor grecorromana: humana. Mal rollo. Se me pasaban los efectos de la bolita mascada, y ahora bajaba el cerro de la plenitud para tener luego que subir el de la rutina: el mismo cerro con distinto collar.

Sandy me llamó al día siguiente. ¿Qué fue, mano, te huiste? Callé mis sensaciones, no quería que se burlara de mí y me dijera algo del tipo: te tiras a una muñeca y encuentras el *om sweet om*. Pero no había podido pegar ojo, había navegado toda la noche en páginas donde aparecía la Marlene real (el adjetivo es incorrecto, la dolly también era real) y me había reprochado a mí mismo las prisas, no haber disfrutado más, haberme quedado mucho más rato, haber ido lento, y cerraba los ojos y me veía tortugateando por todo su cuerpo.

Se me puso el cuerpo malo, efectos de la droga y el ron, y vomitararé la negra copla de los excesos. Y me reconcomía, porque cuatrocientos euros son muchos euros por un rato, justo la tercera parte de mi soldada como profesor de literatura que explica desde el Cantar del Simio Cid a los lamentos de la bronteosauria galardonada con el último premio nacional de literhartura. Y había investigado en la página de real doll —echen un vistazo, www.realdoll.com— y me había enterado de que encargar una muñeca a la medida de tus ansias salía, sin sumarle el envío desde

Amsterdam, por unos 15 000 euros. ¿Y si robaba a la Marlene del chaletito de la colonia racionalista? Sólo parecía estar la dueña, y salí de la habitación después de gozar a mi Marlene, sin que nadie me reclamara: alto ahí, y estuve unos minutos esperando en la sala de los garabatos sólo para decirle a la dueña que le dijera a mi amigo que no me había podido quedar a esperarle. Podía haber salido con la muñeca bajo el brazo —o quizá es que estaban preparadas para esas vicisitudes y tenían un dispositivo que las hacía alarmar la de dios es cristo si las sacaban de la habitación— y entrarla en el coche. Un flipe, respondí a Sandy, verdaderamente, y le conté mi sospecha de que fueran mujeres de verdad, dobles de las famosas, a las que se contrataba para que se hicieran pasar por muñecas, lo que sin duda, a la luz del día, sonaba demasiado inverosímil. Tuve que colgar porque llegaba tarde a clase y quedé en ir a casa de Sandy, pero llegada la hora no me apeteció. Y me encerré en casa, amustiado, y terminé, después de otras tres o cuatro horas internetándome en la vida y milagros de Marlene, tomándome un par de ansiolíticos que me depositaron en la inconsciencia, no sin antes demorarme-desmoronarme-demondorarme masturbándome pensando en ella (más vale paja en mano que ciento violando). ¿Ella la muñeca? ¿Ella la verdadera de la que ya tanto sabía, la cadena de novios que había tenido y presentado en las revistas, su escueta filmografía, sus lucimientos en programas de sábado noche, su participación en un reality show? Lo mejor de todo, no sé por qué eso me parecía una buena noticia, es que casi todas las noticias eran demasiado antiguas. Había perdido actualidad, que es la sangre de la que viven los que se dedican a lo que se dedicaba ella. Ya no salía en las revistas. ¿Estaría tramando algo? Esa gente es capaz de cualquier cosa por encontrar un hueco en un programa de cosquilleos: se saben casos de intentos de suicidios, abortos, embarazos, secuestros que sólo buscaban un lugar en uno de esos programas. O se había retirado de la circulación, porque ya había ganado lo suficiente como para seguir ejerciendo en la pinupoteca del famoser o no ser. Y si era así, eso significaba que a lo mejor el burdel la sacaría pronto del catálogo, y puede que en esos casos subastaran a las muñecas, y puede que yo fuera el único apostante. Tendría que preguntarle eso a la dueña del

burdel, o quizá a Sandy, aunque no quería que él viese cómo me había perturbamultado la experiencia.

Maldormí y al día siguiente no trabajaba, mi día liebre que casi siempre resultaba gato ingrato: plan para hoy y hambre para mañana. Me quedé en casa haciendo números —me quedaban doscientos veinte euros en la cuenta y faltaban seis días para el cobro—. Implora et labora un adelanto, un préstamo, me decía el demonio que me habitaba —y ya me había habituado a él—. Nunca antes había padecido semejante obsección. Siempre nos quedarán los libros: no para distraer la atención y fugarse a otros mudos que están en éste, sino para venderlos. Páginas Amarillas, sección compra-venta de libros, un montón de posibilidades. Debía de tener unos ochocientos ejemplares, pero nunca he sido coleccionista así que nada de piezas valiosas —en todo caso alguna de ellas multiplicaría su valor cuando pasasen muchos años: primeras ediciones de autores de ahora que a lo mejor conseguían ser alguien en el ancho futuro donde nadie será nada—. Salvemos los libros que nos llevaríamos a una isla desierta, me dije, después de telefonar a cinco o seis libreros —sólo uno mostró interés suficiente, los demás no tenían prisa y proponían pasar a verlos demasiado tarde para mis urgencias. Esta segunda edición de Rayuela, del año 65, la salvamos, dijo el curandero que hay en mí. Tres tristes tigres, también, le respondió el barbero. ¿Y esas cincuenta novelitas de Aira?, preguntó el barbero. Quedémonos con Cómo me hice monja, dijo el cura, y dejemos que sobre las demás sople el viento de los libreros. El Libro del Desasosiego se queda donde está, de la estantería de poesía sólo conservaremos Partes de Guerra y Buzón Vacío, porque están dedicados. Oh qué difícil, véndelo todo, no salves nada, o quédate sólo con uno, o di un número y atente a las consecuencias. Digamos 25 libros. No, son demasiados. Digamos 10. Ya van 6. Risa en la Oscuridad, Sartor Resartus, Gargantúa y Pantagrúel (menos mal que van en un solo tomo) y Don Quijote, en el que salimos nosotros, dijeron al unísono barbero y cura. ¿Vas a vender Moby Dick en la edición de Aguilar?, preguntó uno de ellos. Vale, nada de Aira entonces, respondió el otro. ¿Vas a vender Me acuerdo de Perek?, preguntó uno. Es verdad, que sean once los salvados, nuestro equipo de fútbol, respondió el otro.

Cuando el librero, un tipo que parecía que venía a hacer un exorcismo en vez de a comprar una biblioteca, recitó su precio me dije: ¿esta biblioteca sólo da para un polvo con Marlene? 500 euros ofrecía. Argumenté: hay 800 libros, ¿no puede pagar 1 euro por cada uno de ellos?, y me taladró el ladrón con una risa. Conseguí que soltara 600 —y si le sumaba lo que me quedaba en el banco tendría para dos sesiones con mi dolly aunque luego tuviera que mendigar para llegar a fin de mes.

Podía haber salido de casa con el condón puesto, así iba de caliente.

No quiero ver el catálogo, vengo con la decisión traída: Marlene. Y la dueña, que me había recibido como si no me recordara, enarcó las cejas —dos líneas trazadas con rotring— y dijo sobreinterpretando la meretriz su papel de mera actriz secundaria de mi mal fario: lo lamento señor, en este momento Marlene está ocupada, pero hemos ampliado el catálogo, señor, puede consultarlo sin recargo. Menos mal que no llevaba el condón puesto.

Prefiero esperar, dije. ¿Quién osaba usarla? ¿Otro enamorado? ¿Un ejecutivo de paso por la ciudad? Pero qué diablos estás haciendo, me dije, escarbas tu propia tumba con esta obsesión, toca la campanilla, pide el catálogo, elige a otra, un esclavo saca otro esclavo, sálvate ahogándote.

Y bien, la ocasión la pintan calva, no es eso, pues ¿quién es esta muñeca tan apetitosa con aspecto de Miss Skinhead?

Oh, es una modelo internacional muy reputada, señor, Gabriela Svenson, nada menos, recomendada cien por cien, y si le gusta el peligro nada mejor que ella, pues entró en el Libro Guinnes de los récords por ser la mujer por la que más hombres se han suicidado. ¿Una record woman (o sea, una mujer de recuerdo: memories ara records, los recuerdos son las mejores marcas)? Pues sea, saquémonos del tarro a Marlene y suicidemoniémonos con esta sana devoradora de ahorros, que al haber sido cazada en el sector internacional del catálogo costaba 100 euros más.

Los gemidos en el pasillo que llevaban a la habitación de Gabriela no me afectaron, lo más mínimo, ni siquiera que Gabriela Svenson no se dignara decir hola cuando ingresé en su habitación.

Estaba de pie, desnuda, ante el espejo, clavada en sus propios ojos su fría mirada violetal y extraordinaria, las manos entrelazadas en la nuca para que se marcaran bien las líneas de sus brazos, las piernas un poco abiertas, tensos los gemelos por la altura de los tacones. ¿Si la apeaba de allí se le destensarían los gemelos? Sería una buena prueba para tasar la perfección de la dolí. Sus sensores no se activaban hasta que no te acercabas a medio metro. Fue entonces, ya al alcance de mi mano, cuando giró su cabeza y bajó la mirada hacia mi bulto, y oí su voz de locutora radiofónica de madrugada que se dirige a una pandilla de vampirados por lo esotérico: ¿vas a follarme o no? Y dicho esto, soltando las manos enlazadas, se convirtió en un ángulo recto, el torso paralelo al suelo, los brazos apoyados en el espejo, la mirada buscando de nuevo los ojos del azogue, y aquellas dos cúpulas que se movieron como si fueran tetas de verdad.

Me quité zapatos y pantalones y me posicioné no sin antes oír su mandato: ponte el condón. Sus órdenes eran deseos para mí. Había unos condones en la mesita de noche junto a un libro de Maúlo Coelho en portuguest (el lector siempre es un invitado). E hice lo que tenía que hacer después, y ella me zahería moviéndose violentalentosamente, y en su boca todos los gastos eran dardos, eso es lo que sabes hacer, vamos, más adentro, ni me estoy enterando... Y yo obedeciendo. Nací necio. Pero me rebelé, y dije: te vas a enterar. Y ahí estaba el truco, en no seguir sus consignas. La agarré —no del pelo, ciertamente— y la tiré en la cama donde me la tiré: el tiro me salió por su culote (su voz cambió de repente, ya no era dómíne, oh sí, así sí, emperador, dámelo todo). Soy hombre, duro poco, y es externa la noche. Ni me despedí de ella, insatisfecho con su actuación y más con la mía. Otra vez pasillo rumbo a la sala de estar, y seguían los gemidos tras las puertas. Una alarma de destrucción masiva estalló en el centro de mi pecho: vamos, entra en la habitación de Marlene, ráptala, es el momento, y como si no hubiera cámaras de vigilancia o yo fuera, en efecto, otro, lo hice, giré el pomo y allí la pomada, mi amada montando a un godo gordo que se había puesto en la cabeza una de las medias de mi franchute y gemía mientras ella, manos arriba, movía sus caderas sobre la panza del cliente. Qué es esto, qué es esto, decía el caco, quién es

usted, y yo le quité de encima a Marlene, le di una patada en los huevos, y puse rumbo a la calle. Nunca es uno el primero en nada. Ya antes habían ocurrido sucesos semejantes. Y volverían a pasar. Pero allí estaba la dueña a la que le habían crecido en la espalda dos cabezas de cancerberos que si no alcanzaban los dos metros del suelo sería por milímetros. ¿Dónde cree que va, amigo?, preguntó ella sin elevar la voz, para no asustar a los demás clientes. Tranquilícese, señor, deje a la muñeca en el suelo y no pasará nada, dijo la ronca voz de una de las cabezas que avanzó un poco tras la dueña, la adelantó y ya no fue sólo una cabeza sino todo un armario. Llevaba una corbata bonita, eso es verdad. Si da un paso más le rompo el cuello a Marlene, dije, y Marlene gimió y empezó a decir, qué me haces, sí, sí, hazme gosar. El otro cancerbero interrumpió una risita que le brotó de las entrañas, y para disculparse adelantó también a la dueña, se puso junto a su compañero. Tras mí se abrió una puerta, un cliente se asomó a ver qué estaba pasando, y pocos segundos después salió de su habitación el gordo godo, sin la media de Marlene ya en la cabeza, en su cara rastros de haber tomado demasiado el sol en Napalm Beach. La dueña, desde detrás de sus guardianes, avisó: no quiero llamar a la policía, señor, entregue a la muñeca y le dejaremos marchar como si no hubiese pasado nada. Erostrato hecho, debí decir, o trasto hecho. Pero antes de dar al traste con el rapto de amor, un último beso con lengua en la boca de Marlene, y eso bastó para que los gorilones se lanzaran sobre mí por delante y el gordo godo por detrás, y qué pena que la realidad no sea de cartoon piedra y uno pueda hacerse el invisible de repente o dar un salto fantástico para que chocaran esas dos masas.

Me encerraron en una habitación donde me dieron a elegir: te partimos la cara y luego llamamos a la policía y les decimos que te pusiste tonto y no quedó más remedio y si quieres luego nos vemos en el juzgado para que todo el mundo sepa en qué clase de vicios te gastas la paga o no te partimos la cara, sueltas quinientos euros y te vas por dónde has venido y por donde no has de volver. ¿Admiten tarjeta de crédito?, pregunté.

Ya sé, ya sé que hay una canción de Serrat sobre un menda que se enamora de una maniquí, y rompe el escaparate donde está

encerrada y se fuga con ella. Ya sé, sí, he visto la película de Lubitsch sobre la muñeca humana, he visto Metrópolis de Fritz Lang, he leído el cuento de Hoffmann, he adjuntado toda la bibliografía posible a mi pasión para darle alas, sentirme mejor otorgándole prestigio a mis temblores. Pero en algún momento —la profesión va por dentro— también quise poner a prueba si esa pasión no era más que expresión de una impotencia: la que me llevaba a conformarme con la muñeca cuando lo que de veras deseaba era el cuerpo de la vedette. ¿La muñeca perfeccionaba a la vedette deseada? ¿Cómo saberlo sin haber accedido a ésta? ¿Y cómo se accede? No hacía falta investigar mucho para saber que muchas de esas hembras de portada de revista, una vez que se les ha pasado el hervor de la actualidad, se ven obligadas, por mantener el alto tren de vida que llevan, a prostituirse. Precios astronómicos sólo al alcance de ejecutivos de banco que acaban de cobrar sus stock options, o futbolistas que quieren gastarse pronto la prima por la última victoria fuera de casa. Pero ¿pertenece mi dulce Marlene a ese equipo de damas medias que ponen alto precio imposible a un encuentro ocasional? ¿Cómo se puede averiguar una cosa así? Dándole vueltas al asunto se me ocurrió una opción distinta. Hacerme pasar por productor de un programa de televisión interesado en entrevistar a Marlene. Estaba seguro de que picaría si acertaba a decir una cifra generosa. ¿Tendría que contactar con una agencia que le llevaba el negocio de la venta del alma, o podría acceder directamente a ella? Debería haber sido fuerte y haber ejecutado mi plan solo, debería haber gastado todo el tiempo que hiciera falta en hacer las averiguaciones pertinentes sin ayuda de nadie. Pero no supe: la impaciencia es ciencia exacta. Le conté a Sandy mis desvelos, y en vez de carcajearse de ellos para reducirlos a cenizas y a continuación ofrecerme el número de teléfono de algún amigo psiquiatra, sentenció: maravilloso, déjalo de mi mano, y de madrugada, después de que viéramos juntos un partido intrascendente de la liga inglesa y nos soplásemos un par de botellas de vino y nos dijésemos adiós como si hubiésemos puesto en marcha una empresa que nos pasaportaría al cielo de las subvenciones estatales para cuales, grabó un mensaje en mi contestador: ya tengo el número de la vedetterea mourrocotuda,

mañana la llamo.

El plan era el siguiente: concertar una cita con Marlene, poner a su disposición un coche para trasladarla al plató donde tendría que acontecer la entrevista ficticia —se nos había ocurrido que podía ser en una suite de hotel, no teníamos mucho dinero pero tampoco había por qué escatimar—, decirle que le pagaríamos 6000 euros por la entrevista —yo dije primero que 15 000, total, era dinero inventado, qué más daba, y Sandy me dijo que por muy inventado que fuera había que ser verosímiles, y que Marlene no estaba en la cresta de la ola y se iba a pensar que había gasto encerrado si nos pasábamos de generosos con la plata—, hacerla beber un refresco o dos envenenado con unos cuantos miligramos de sosiego químico que difundiera por sus venas una placidez encantadora que la dejase a nuestra disposición, y cuando quedase a nuestra merced, improvisar antes de abandonar el hotel aquel. Sandy perfeccionó la cosa, muy atento a los detalles, como si no fuera la primera vez que hacía algo así. No dejaba de sorprenderme. Hizo el presupuesto, porque gastos había, a qué engañarse, había que alquilar un coche grande, en cuanto a la habitación de hotel, ¿a nombre de quién la reservaríamos?, ¿qué haríamos si Marlene decidía acudir acompañada? Había que inventarse un plató, alquilar una cámara, cosas así. Todo esto la tarde en que Sandy había hablado con Marlene y había concertado la cita. La vedette parecía encantada de que se acordaran de ella. Sandy inventó que era el productor de un nuevo programa titulado: Cuerpos Gloriosos. Cada semana entrevistaríamos a alguien que hubiese alcanzado la fama gracias a las pajas que había inspirado en la población. Estoy seguro, dijo Sandy, que hubiera aceptado venir sin pasta de por medio, hace mucho que no la llaman para que luzca palmito, y está deseando hacerlo: seguro que piensa soltar alguna bomba en la entrevista para asegurarse que la van a llamar de otros programas.

Había quedado en que iríamos a recogerla el viernes al mediodía. Tendría que ponerme malo para presentar un justificante en el instituto donde daba clases. Pero ¿cuál era el plan? No lo tenía muy claro. Aún no era más que una tomadura de pelo a alguien que fue famosa y seguía siendo muy deseable, pero ¿puede considerarse eso un secuestro? Si le dábamos el bebedizo que la hipnotizaba,

estaríamos cometiendo seguramente otra infracción, ahora ya más grave, pero ¿cuál era la pena si nos cogían? Si se nos ocurría ponerle una mano encima al cuerpo de la bella durmiénteme, dime que me quieres, entonces sí que iríamos a parar a la cárcel, en el caso, improbable, de que nos echaran el guante. Por supuesto nos drogamos a conciencia antes de poner en marcha el plan. Sandy me sorprendió presentándome una producción de la obra —pues era eso, una obra artística lo que íbamos a cometer— sobresaliente. Había conseguido que un amigo suyo, librero de viejo, le prestase las llaves de un almacén —le había dicho que estaba grabando un corto y necesitaba hacer unos cuantos planos de aquellas hileras de estanterías, y aquella luz amarilla que entraba por las altas ventanas. En cuanto al coche, había alquilado uno con su nombre: nadie tenía por qué saber para qué lo iba a emplear, y era menos que probable que Marlene fuese a fijarse en la matrícula del auto en el que se subía. En el maletero del coche llevaba una nevera con bebidas, un trípode, una cámara y unos micrófonos. ¿Has hecho esto antes?, le pregunté mientras me subía el primer galope de éxtasis al cerebro. Pregúntamelo cuando secuestremos a la Pocahontas de la discoteca de la otra noche, nuestra siguiente obra.

Espectacular Marlene, con traje ceñido que se le interrumpía a medio muslo y dibujaba sus curvas excelentes, el pelo engominado, los ojos para comerle el coño, la boca una fruta tropical que daba sed a la vista. Y tan simpática desde el principio, y sola, aguardando a la puerta de la cafetería en la que nos había citado. Que sea rápido, dijo Sandy al volante, que no te vean hablar con ella, podrías haberte maquillado. Quizá un pasamontañas habría sido excesivo. Pobre Marlene, después dirían los nacionalistas recalcitrantes de las tertulias de televisión que se había inventado lo del secuestro porque ya nadie la contrata y necesitaba de un número fuerte para volver a la actualidad. Al menos nos alegra saber que ingresó unos cuantos millones porque dos o tres programas la contrataron para que diera su versión de lo ocurrido. Recordaba poco, unos chicos simpáticos, un coche grande y azul metálico, una carretera que se alejaba de la ciudad, unas naves, un sopor, un desmayo, y un despertar lento, fangoso, en el parking de un centro comercial céntrico. Había tratado de buscar el camino

que llevaba a esas naves, pero no había sido capaz: hay decenas de zonas así alrededor de la ciudad, hay miles de naves parecidas, Sandy sabía lo que se hacía, condujo hacia el lugar de destino por el camino más largo, nadie se fija en el camino que se sigue si no sospecha que pasa algo raro. Y la conversación dentro del coche era tan alegre, qué bien que hayas dicho que sí, hemos pensado en hacer una entrevista muy personal, distinta, a partir de lo que vayas contando irán entrando imágenes de tu carrera que ya hemos comprado a otras televisiones, ¿quieres beber algo? Tenemos de casi todo. Pidió un poco de agua, perfecto para nuestros intereses. Su botella estaba lista y marcada. Antes de llegar a la nave, ya estaba en coma. No iba a hacer falta grabarla, aunque Sandy insistió en que mejor sí, tendríamos un recuerdo.

La experiencia no fue satisfactoria. Resultaba muy difícil maniobrar con un cuerpo tan hermoso y grande. Y luego estaban las putas prisas, el miedo a que Marlene despertara. Sandy me dejó solo dentro de la nave. Acaricié aquí y allá, subí el ceñido vestido, atreví un par de dedos bajo su tanga, pellizqué sus nalgas y me defraudó un poco su tacto blando. No, no era lo mismo que con la muñeca. La muñeca resultaba mucho más humana: supongo que la conciencia juega su papel en este caso, y por mecánica que sea la conciencia, siempre es más satisfactoria que la ausencia total de la misma. La necrofilia no es lo mío. A pesar de que todo el rato me repetía, vamos, es Marlene, mírala, cuántas veces te pajeaste pensando en ese cuerpo, no conseguí una erección. A los veinte minutos me salí a buscar a Sandy: un fracaso, nene, le dije, creo que nos pasamos con la dosis. Pues no he traído pala para enterrarla, me dijo. No seas idiota, tenemos que irnos antes de que despierte. ¿Pero te la has tirado o no?, quiso saber. No he podido, reconocí, no hago más que pensar en la dolly. Los coleccionistas pobres, como bien saben, consideran que no hay nada peor que un facsímil de una obra que ambicionan. Pero a veces no queda más remedio que conformarse con él. Es o el facsímil o la nada. No tenía demasiado claro si la Marlene real era el facsímil de la Marlene muñeca, o al revés: no creo que se den muchos casos de facsímiles que mejoren la obra que facsimilan. Por otra parte, siempre me quedará la duda de si no desperdicié la ocasión de aquella cita engañosa con la vedette

para tratar de cortejarla. Quién sabe, a lo mejor hubiera tenido posibilidades. Cuando todo pasó, cuando dejamos a Marlene en el parking de un centro comercial, nos fuimos a mi casa a seguir pisando nubes. Sandy desapareció en algún momento, y yo estuve en la estratosfera todo el fin de semana. El despertar fue terrorífico. Y lo peor era saber que iba a tener que ahorrar para poder alcanzar de vez en cuando a la Marlene de Real Dolly, si conseguía disfrazarme con suficiente eficacia como para que no me reconocieran en el chaletito de la colonia racionalista al que en cuanto acabe esto me acercaré, con mi pelo largo y mis barbas nuevas, los cuatrocientos euros necesarios para marlenear un rato, y la decisión innegociable de que esta vez salgo de allí con ella, o ella ya no sale viva, si se puede utilizar ese adjetivo.

Sé, porque me lo ha dicho Sandy, que, después de lo del secuestro express y las apariciones en televisión de la Marlene real, se le ha multiplicado la clientela a la dolly Marlene, por eso he tomado precauciones y he telefoneado a Real Dolly para pedir cita con mi muñeca.

Los autores

ALBERT ANDREU

(Barcelona, 1974). Se licenció en historia en la Universidad de Barcelona (UB), donde se interesó por los estudios de género y la cultura popular a través de la representación y el discurso cinematográfico. Ha colaborado en la revista *Orientacions* y en el volumen *Calçasses, gallines i maricons: homes contre la masculinitat hegemónica* (2003). Formó parte del grupo de estudios cinematográficos Film-Historia (UB) y trabaja desde 2000 en el mundo editorial. Uno de sus relatos se publicó en el volumen *Cuentos eróticos de San Valentín* (2007).

JUAN BONILLA

(Jerez de la Frontera, 1966). Es autor de los libros de relatos *El que apaga la luz* (1994), *La Compañía de los Solitarios* (1999), *La noche del Skylab* (2000), *El estadio de mármol* (2005) y *Tanta gente sola* (2009, Premio Vargas Llosa de relatos), así como de las novelas *Yo soy, yo eres, yo es* (1995), *Nadie conoce a nadie* (1966) —llevada al cine en 1999 en una película protagonizada por Eduardo Noriega, Paz Vega y Jordi Molla—, *Cansados de estar muertos* (1998) y *Los príncipes nubios* (2003, Premio Biblioteca Breve). En el curso 2000-2001

disfrutó de la beca Valle-Inclán en la Academia de España en Roma, y en 2002 recibió la beca de residencia de la Ledig House de Nueva York. Como poeta, ha publicado los volúmenes *Partes de guerra* (1994), *El belvedere* (2001), *Buzón vacío* (2005) y *Cháchara* (2010).

ABILIO ESTÉVEZ

(La Habana, 1954). Se licenció en lengua y literatura hispánicas y cursó estudios de filosofía en su ciudad natal. En la actualidad reside en Barcelona. Ha escrito cuatro novelas unánimemente aclamadas por la crítica: *Tuyo es el reino* (1997, Premio de la Crítica Cubana y, en Francia, Premio al Mejor Libro Extranjero 2000), *Los palacios distantes* (2002), *El navegante dormido* (2008) —traducido a más de ocho idiomas— y *El bailarín ruso de Montecarlo* (2010). Es también autor de *Inventario secreto de La Habana* (2004), del volumen de cuentos *El horizonte y otros regresos* (1998), de las prosas poéticas *Manual de tentaciones* (1999) —Premio Luis Cernuda 1986—, y de varios textos teatrales, entre ellos los monólogos *Ceremonias para actores desesperados* (2004).

BRENDA LOZANO

(Ciudad de México, 1981). Estudió literatura latinoamericana en la Universidad Iberoamericana. Narradora y ensayista, colabora en *Letras Libres* y *Día Siete*, entre otras publicaciones. Ha sido becaria del programa mexicano Jóvenes Creadores del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes. Sus obras han sido antologadas en diversas ocasiones. Publicó su primera novela, *Todo nada*, en 2008.

CARLOS MARZAL

(Valencia, 1961). Estudió filología hispánica en la Universidad de Valencia y fue codirector de la revista *Quites* (1982-1992)

. Poeta reconocido y premiado, es autor de los libros de poemas *El último de la fiesta* (1987), y cuatro años después, *La vida de frontera* (1991), *Los países nocturnos* (1996), *Metales pesados* (2001, Premio Nacional de la Crítica y Nacional de Literatura) y *Fuera de mí* (2004, Premio Fundación Loewe); todos ellos agrupados en *El corazón perplejo* (2005). Posteriormente ha publicado *Ánima mía* (2009).

Editor del volumen *Sentimiento del toreo* (2010), ha reunido sus escritos teóricos en *Poesía a contratiempo* (2002), sus aforismos en *Electrones* (2007) y sus apuntes sobre arte en *El cuaderno del polizón* (2007). Es autor, además, de la novela *Los reinos de la casualidad* (2003) y de los relatos *Los pobres desgraciados hijos de perra* (2010), su volumen más reciente.

ELENA MEDEL

(Córdoba, 1985). Es autora de los libros de poemas *Mi primer bikini* (2002, Premio Andalucía Joven 2001), *Variaciones* (2004), *Tara* (2006) y *Un soplo en el corazón* (2007). Sus poemas han sido traducidos a diversos idiomas e incluidos en antologías de Ignacio Elguero, Luis Antonio de Villena y Javier Lostalé, entre otros. Colabora regularmente con diversas revistas y periódicos. Ha editado y prologado el volumen erótico *Todo un placer: Antología de relatos eróticos femeninos* (2005). Es una de las coordinadoras de La Bella Varsovia.

EDUARDO MENDICUTTI

(Sanlúcar de Barrameda, Cádiz, 1948). En 1972 se trasladó a Madrid, donde obtuvo el título de periodismo y donde vive desde entonces. Colabora regularmente con la prensa escrita. Sus obras, publicadas por Tusquets Editores, merecedoras de premios como el Café Gijón y el Sésamo, han sido traducidas a diversos idiomas y han cosechado un gran éxito de crítica y de público. Es autor del volumen de relatos *Fuego de marzo* (1995) y de más de doce novelas, entre ellas *El palomo cojo* (1991) y *Los novios búlgaros* (1993) —que inspiraron sendas películas homónimas dirigidas por Jaime de Armiñán y Eloy de la Iglesia—, *California* (2005), *Ganas de hablar* (2008) y, la más reciente, *Mae West y yo* (2011).

CLARA NAVALES

(Valladolid, 1973). Se licenció en filología hispánica en la Universidad de Barcelona (UB). Ha residido en Nápoles y en la actualidad vive en Valladolid. Colabora regularmente en varias publicaciones italianas, y algunos de sus cuentos han sido incluidos en diversas antologías. Es autora de los libros de poemas *Caballos del alba* (2000), y de los volúmenes de relatos *Puerto franco* (2005) y *Parque Bellini* (2009).

SERGIO OLGUÍN

(Buenos Aires, 1967). Estudió Letras en la Universidad de Buenos Aires. Trabaja como periodista desde 1984. Fundó la revista *V de Vian*, y fue cofundador de la revista de cine *El Amante*. Ha colaborado en los diarios *Página/12*, *La Nación* y *El País* (Montevideo), y es jefe de redacción de la revista *Lamujerdemivida* y responsable de cultura del diario *Crítica de la Argentina*. Editó, entre otras, las antologías *Los mejores cuentos argentinos* (1999), *La selección argentina* (2000), *Cross a la mandíbula* (2000) y *Escritos con sangre* (2003). En 1998 publicó el libro de cuentos *Las griegas* y en 2002 su primera novela, *Lanús*. Le siguieron *Filo* (2003) y las narraciones *El equipo de los sueños* (2004) y *Springfield* (2007), traducidas a varios idiomas. Su obra más reciente es *Oscura monótona sangre* (2010, Premio Tusquets Editores de Novela).

ANTONIO OREJUDO

(Madrid, 1963). Doctor en filología hispánica, durante siete años fue profesor de literatura española en diferentes universidades de Estados Unidos. En la actualidad es profesor titular en la Universidad de Almería, y ha pasado un año como investigador invitado en la Universidad de Amsterdam. Es autor de cuatro novelas: *Fabulosas narraciones por historias* (1996, 2007), *Ventajas de viajar en tren* (2000), *Reconstrucción* (2005) —traducida a varios idiomas y saludada en su versión alemana como «la novedad editorial española más imponente del año» (*Frankfurter Allgemeine*

Zeitung)— y *Un momento de descanso* (2011), su novela más reciente.

RAFAEL REIG

(Cangas de Onís, Asturias, 1963). Vivió en Colombia durante su infancia, y estudió filosofía y letras en la Universidad Autónoma de Madrid. Dio clases de literatura en Nueva York, donde se doctoró, y en varias universidades norteamericanas.

Es profesor de la escuela de creación literaria Hotel Kafka, y colabora en diversas publicaciones. Es autor de las novelas *Esa oscura gente* (1990), *Autobiografía de Marilyn Monroe* (1992), *La fórmula Omega* (1998), *Sangre a borbotones* (2002, Premio de la Crítica de Asturias y seleccionada por la Fundación Lara), *Guapa de cara* (2004) y *Hazañas del capitán Carpetó* (2005) —algunas de ellas traducidas a varios idiomas—, del ensayo literario *Manual de literatura para caníbales* (2006) y del volumen *Visto para sentencia* (2008), que reúne sus artículos de prensa. Recientemente ha publicado *Todo está perdonado* (2011, Premio Tusquets Editores de Novela).